



COLOMBIA CUENTA

Colombia

QUINTO
CONCURSO
NACIONAL
DE CUENTO

HOMENAJE A
MANUEL MEJÍA VALLEJO

RCN

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN
NACIONAL

CUENTOS
GANADORES
2011

cuenta



Ministerio de
Educación Nacional
República de Colombia



QUINTO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO

25 333 participantes

estudiantes hasta
séptimo grado **8 783**

10 900 estudiantes de octavo
a undécimo grado

estudiantes
universitarios **3 462**

2 188 docentes

mujeres (escritoras) **14 805**

hombres (escritores) **10 528**

32 departamentos

municipios **846**

5 243 instituciones
educativas

del sector oficial **3 300**

del sector privado **1 943**

898 del sector rural

4 345 del sector urbano

instituciones de
educación superior **278**

683 evaluadores

jurados internacionales **3**

35 ganadores

1 CATEGORÍA ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO



SANTIAGO
LONDOÑO ACEVEDO
BOGOTÁ 21



MARÍA JULIANA
RIAÑO ALONSO
BOGOTÁ 27



MARÍA JOSÉ
OJEDA FRANCO
CHÍA 31



CRISTHIAN JAVIER
GONZÁLEZ RODRÍGUEZ
IBAGUÉ 35



LAURA
FRANCO RINCÓN
BUGA 41

2 CATEGORÍA ESTUDIANTES DE OCTAVO HASTA UNDÉCIMO GRADO



JOSÉ LUIS
MARTÍNEZ BASTIDAS
BOGOTÁ 79



NICOLÁS
MARTÍNEZ BEJARANO
BOGOTÁ 85



MARÍA ALEJANDRA
BARRERA BARRIOS
BARRANCABERMEJA 91



PAMELA
WILLIAMSON
MEDELLÍN 99



FELIPE
BERNAL CASTILLA
BOGOTÁ 105

3 CATEGORÍA ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR



JAVIER DARIÓ
MARTÍNEZ DUARTE
BOGOTÁ 145



JUAN FERNANDO
OSORIO LÓPEZ
MEDELLÍN 151



JOSÉ OLASCOAGA
ORTEGA
MONTERÍA 157



JUAN SEBASTIÁN
TORRES PARDO
BOGOTÁ 161



JUAN CAMILO
BOTÍA MIÉNA
CÚCUTA 167

4 CATEGORÍA DOCENTES



ALFREDO ALONSO
HINCAPIÉ DAZA
BOGOTÁ 207



DAVID ELIÉCER
ARIAS MARÍN
PALMIRA 213



FABIO
SILVA
BOGOTÁ 219



LEÓN
SIERRA URIBE
RIONEGRO 225



WITTON
BECERRA MAYORG
PAIPA 231

GANADORES 2011



DANIEL FELIPE
HUERTAS RAMÍREZ
FÚQUENE 47



SOFÍA
ROJAS LOPEZ
BOGOTÁ 53



MANUEL LEONARDO
PACHÓN GÓMEZ
BOGOTÁ 59



MARÍA ALEJANDRA
BARRÍOS CONTRERAS
BUCARAMANGA 65



MARÍA JOSÉ
FLOREZ TOVAR
VALLEDUPAR 71



ALEJANDRO
TABARES ARANGO
BELLO 113



JUAN DAVID
CAICEDO OSPINA
BOGOTÁ 119



NICOLÁS MAURICIO
RESTREPO CAICEDO
PASTO 127



TANIA ALEJANDRA
PARRA SUÁREZ
SAN JOSÉ DEL FRAGUA 131



VALERIA
SILVA ESPEJO
CALI 137



ALEXANDER
GIRALDO JARAMILLO
MEDELLÍN 171



LEONARDO JESÚS
MUÑOZ URUETA
MAGANGUÉ 177



JOSÉ ELKIN
DAZA CÁRDENAS
NOBSA 185



ALEXANDER
AFANADOR ACOSTA
PUERTO BOYACA 193



MARGERIS
CAMPO PENALOZA
IBAGUE 199

PATRICIA ESCALLON DE ARDILA, Gestora
MARÍA FERNANDA CAMPO SAAVEDRA, Ministra de Educación

COMITÉ TÉCNICO

MAURICIO PERFETTI DEL CORRAL, Viceministro de Educación Preescolar, Básica y Media,
Ministerio de Educación Nacional

CONSTANZA ESCOBAR DE NOGALES, Directora Responsabilidad Social, RCN Televisión

MÓNICA LÓPEZ CASTRO, Directora de Calidad de Educación Preescolar, Básica y Media,
Viceministerio de Educación Preescolar Básica y Media

JOSÉ FRANCILIDES GARZÓN, Jefe de la oficina de tecnología y sistemas de información
ministerio de educación nacional

MARÍA DEL PILAR CAICEDO, Subdirectora de Fomento de Competencias, Viceministerio de Educación
Preescolar Básica y Media

BORIS DEL CAMPO MARÍN, Jefe de la Oficina Asesora de Comunicaciones, Ministerio de Educación Nacional

LUCÍA LEÓN MORENO, Coordinadora Programa para el Desarrollo de Competencias,
Viceministerio de Educación Preescolar Básica y Media

NATHALY JANICE SOLANO HOYOS, Programa para el desarrollo de Competencias Comunicativas,
Viceministerio de Educación Preescolar Básica y Media

FABIÁN MAURICIO MARTÍNEZ, Programa para el desarrollo de Competencias Comunicativas,
Viceministerio de Educación Preescolar Básica y Media

JOHANSSON CRUZ LOPERA, Asesor de contenidos

CRÉDITOS EDITORIALES

CÉSAR CAMILO RAMÍREZ, Director editorial

CONSTANZA PADILLA RAMOS, Editora

ROCÍO DUQUE SANTOS, Jefe de arte

CAMILA CESARINO COSTA, Diseño carátula y páginas interiores

BEATRIZ OSUNA, Ilustraciones de la Categoría 1

JOHN JOVEN, Ilustraciones de la Categoría 2

ROGER ICAZA, Ilustraciones de la Categoría 3

LEWIS MORALES, Ilustraciones de la Categoría 4

ISBN: 978-958-705-610-5

IMPRESIÓN,

IMPRESO EN COLOMBIA / *PRINTED IN COLOMBIA*

INFORMACIÓN DEL CONCURSO <http://www.colombiaaprende.edu.co>
NACIONAL DE CUENTO RCN- <http://www.canalrcn.com>
MINISTERIO DE EDUCACIÓN EN: <http://www.rcnradio.com/>

Estimados lectores	MARÍA FERNANDA CAMPO SAAVEDRA, MINISTRA DE EDUCACIÓN	11
La importancia del lenguaje en la educación	FERNANDO MOLINA - GABRIEL REYES C.	13
Pensar la calidad de la educación	ASOCIACIÓN COLOMBIANA DE UNIVERSIDADES (ASCUN)	15

CATEGORÍA ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO p. 18	1	Andrés y el paraguas	21
		Mi hermanita	27
		Desde otro punto de vista	31
		El peladito que perdió su casa	35
		El Pueblo de Abajo	41
		Pepelino	47
		El último viaje	53
		El hambre de Niviayo	59
		Agua de coco y pastel de manzana	65
		Mi abuela y su quiosco cuentero	71

CATEGORÍA ESTUDIANTES DE OCTAVO HASTA UNDÉCIMO GRADO p. 76	2	El péndulo	79
		Sueño causado por el vuelo de una abeja alrededor de una granada un segundo antes de despertar	85
		Mi ella, ella, mi antología preferida	91
		Mi nombre es Mark	99
		Monólogo de Paula, la mujer que me persigue	105
		Yo y mi juego con Dios	113
		Marioneta	119
		El anochecer de la soledad	127
		Visita inesperada	131
		¿Vida?	137

CATEGORÍA ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR p. 142	3	El camino de Dante	145
		Los padres de la patria	151
		Una taza	157
		Cómo no hacer un cuento: cuento de cuentos	161
		Las estatuas	167
		Me olés	171
		Acuérdate del tahine	177
		La última cena	185
		El testigo	193
		Serenata con mariachis a la hora de los funerales	199

CATEGORÍA DOCENTES p. 204	4	Suicida	207
		Aún brillaban las estrellas	213
		El pescador de meros	219
		La gambeta	225
		En un día de éstos, espuma y nada más; otra vez	231

Acta del jurado		239
QUINTO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL, HOMENAJE A MANUEL MEJÍA VALLEJO		



Estimados lectores

MARÍA FERNANDA CAMPO SAAVEDRA

Ministra de Educación

Con el orgullo de recibir durante 2011 más de 25 mil cuentos escritos por estudiantes y docentes de todas las regiones del país, presentamos esta edición de *Colombia cuenta*. En este libro reconocemos el potencial literario de los colombianos y el impacto que ha logrado el Concurso Nacional de Cuento en sus cinco años de realización.

Desde el inicio, este proyecto ha estado orientado por el firme propósito de contribuir al mejoramiento de la calidad educativa. Indudablemente, la lectura y la escritura son caminos certeros para alcanzar este propósito. Un país que lee y escribe es garantía de mayores oportunidades, igualdad y desarrollo. Por esto hemos construido un escenario en el que estudiantes y docentes tengan la oportunidad de expresar sus emociones, reflejar su realidad y dar rienda suelta a su imaginación. Un escenario para leer y escribir, ese es el Concurso Nacional de Cuento.

Con más de 155 mil cuentos participantes en las cinco versiones realizadas, podemos demostrar que Colombia tiene mucho qué contar. Nuestro país está colmado de historias extraordinarias que merecen ser conocidas, y qué mejor manera que a través de la

escritura. Reconocemos que es una tarea ardua y exigente, por eso en el marco del Concurso adelantamos un proceso de formación para docentes y estudiantes en el que les brindamos las herramientas necesarias para que incursionen en la escritura y cualifiquen su experiencia con la misma.

Para el Ministerio de Educación Nacional, la edición de Colombia cuenta nos permite poner en manos de miles de colombianos uno de los resultados del Concurso Nacional de Cuento y al mismo tiempo resaltar la importancia que tiene para el país el trabajo comprometido entre los sectores público y privado. Si queremos lograr transformaciones significativas en la educación, es fundamental labrar caminos conjuntos que nos permitan contribuir al fortalecimiento de las competencias de nuestros estudiantes, y esto es lo que buscamos continuamente en el Concurso.

Los cuentos que presentamos provienen de diferentes departamentos del país, sin embargo, tienen un común denominador, la pasión por la escritura. Justamente, esta publicación, además de reconocer el talento literario de los ganadores de nuestro Concurso, busca que aquellos que aún no se atreven incursionar en las letras conozcan el universo literario y descubran a ese posible escritor que llevan dentro. Definitivamente, estos cuentos son el reflejo del alcance que tienen la lectura y la escritura en la vida del ser humano, pues son las llaves que le permiten acceder a otras realidades, a él mismo y, sobre todo, a la posibilidad de crear y recrear el mundo.

Los invitamos a leer a 35 estudiantes y maestros colombianos que decidieron contarnos sus historias, las cuales, una vez más, dan vida al Concurso Nacional de Cuento. ■

La importancia del lenguaje en la educación

FERNANDO MOLINA

Presidente RCN Radio

GABRIEL REYES C.

Presidente RCN Televisión

El Concurso Nacional de Cuento es un proyecto pedagógico iniciado en 2007. Es decir, este es el quinto año de una alianza fértil y dinámica entre RCN Radio, RCN Televisión y el Ministerio de Educación Nacional. Cada uno ha puesto su conocimiento, capacidad técnica, experiencia y equipo humano al servicio de nuestro objetivo común: aportar al mejoramiento de la calidad de la educación en Colombia.

En RCN tenemos claro que la educación es quizás el factor más determinante del desarrollo social de un país. Si aspiramos a tener una sociedad más equitativa, a que nuestros niños y jóvenes desarrollen su potencial y progresen en la vida, los sectores público y privado nos debemos unir para ayudar a que los colombianos tengan acceso a más y mejor educación.

Creemos también que de todos los retos relacionados con la educación, el desarrollo del lenguaje es uno de los más importantes. Un niño que no descubra el placer de la lectura, que no aprenda a expresarse bien, que no desarrolle sus competencias comunicativas, difícilmente podrá desenvolverse en la sociedad y quedará rezagado el resto de la vida.

A través del Concurso hemos querido motivar a los jóvenes para que escriban, y para que lo hagan de manera creativa. Creemos

que al invitarlos a explorar su imaginación y a plasmar su creatividad a través de la escritura, estamos promoviendo su desarrollo. Así lo demuestra la participación masiva de estudiantes y docentes. En las cinco versiones del Concurso, ya superamos los 155 000 participantes.

El hecho de ser un concurso virtual, de paso acerca a la comunidad educativa, a los jóvenes, maestros y padres de familia a la tecnología, tan importante para el desempeño de todos en la sociedad. Sin embargo, a lo largo del año, más allá de tener activa a nuestra comunidad virtual, el Concurso está presente en las regiones apoyando a la comunidad educativa en la tarea apasionante de enseñar a escribir. A la fecha se han realizado 350 talleres de escritura creativa y 70 brigadas tecnológicas, hemos beneficiado a cerca de 28 000 maestros y estudiantes de todo el país.

Si bien las cifras nos alegran y los cientos de testimonios de docentes beneficiados nos producen gran satisfacción, nos emociona sobremanera compartir con ustedes los cuentos de los 35 ganadores de 2011. ■



Pensar la calidad de la educación

**ASOCIACIÓN COLOMBIANA DE UNIVERSIDADES,
ASCUN**

Pensar la calidad de la educación pasa por consideraciones de naturaleza diversa. Tres de ellas son esenciales para un desarrollo progresivo y sostenible: primero, las que corresponden a la inversión en educación como prioridad para el desarrollo; segundo, las que son de corte normativo, mediante las cuales se aseguran lineamientos para garantizar la democratización y la cobertura en igualdad de condiciones; y, en tercer lugar, las de corte académico que, a través de una investigación pertinente, hacen que los currículos se actualicen constantemente y estén a la altura de los mejores del mundo para que los ciudadanos colombianos se desempeñen en distintos campos con criterios de alta competitividad. A esta tercera consideración se apunta también con la formación permanente de quienes tienen en sus manos la responsabilidad de la enseñanza.

El Concurso Nacional de Cuento ha promovido procesos de formación de docentes y estudiantes, ha tenido una amplia cobertura, con participación de todas las regiones del país, y ha posibilitado distintos procesos de investigación a partir de los recursos invertidos y los cuentos participantes. Es decir, el Concurso ha contribuido de manera significativa con las tres consideraciones antes mencionadas.

Los logros obtenidos en calidad y cobertura se deben en gran medida a las alianzas interinstitucionales, las cuales confluyen para aportar a ese gran propósito nacional del mejoramiento de la calidad. Ello ha permitido la movilización de recursos económicos y humanos por un logro común: hacer que muchos colombianos y colombianas de diferentes edades fortalezcan las más importantes destrezas para el desarrollo intelectual, el ejercicio ciudadano y la potenciación de la subjetividad; esto es, la lectura y la escritura, emparentadas ambas con la formación humanística tan solicitada hoy en el mundo contemporáneo.

Para la Asociación Colombiana de Universidades, ASCUN, que ha venido apoyando las propuestas pedagógicas de los talleres de escritura para estudiantes y ha contribuido con la realización de las jornadas de actualización de docentes en las distintas regiones del país, realizados en el marco del Concurso, ha sido una oportunidad sin igual para poner al sistema universitario en conversación con los demás niveles educativos. Del mismo modo, lograr la participación articulada, voluntaria y responsable de más de treinta y dos universidades en la evaluación y selección de los cuentos participantes en las cinco versiones del Concurso, ha significado altos estándares de calidad en este proceso y un aprendizaje colectivo de trabajo en red, siempre pensando en aportar lo mejor de cada institución.

La educación superior, a través de esta alianza, ha colaborado con el Concurso con la investigación, el soporte teórico, la discusión y el recurso humano para robustecer este proyecto y, así mismo, ha permitido demostrar que en la articulación de los niveles educativos está una de las estrategias más poderosas para que haya crecimiento coherente, sostenido y hermanado en la consecución de logros nacionales comunes en términos de educación.

Sirva esta experiencia como un ejemplo para otras iniciativas y proyectos, para que otras instituciones del sector continúen sus alianzas y estrategias de trabajo conjunto, de manera que la calidad, la cobertura y la pertinencia de la educación sean el mayor logro de un esfuerzo colectivo.

Agradecemos al Ministerio de Educación Nacional, a RCN Televisión y RCN Radio por permitirnos apoyar esta iniciativa. Felicitamos a todos los participantes, en especial a los ganadores de la versión 2011, y agradecemos a las universidades, docentes y estudiantes por ayudarnos a cumplir con los objetivos y actividades realizadas en el Concurso. ■



IBAGUÉ

CRISTHIAN JAVIER GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

El peladito que perdió su casa

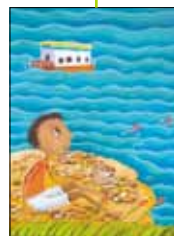
35

CHÍA

MARÍA JOSÉ OJEDA FRANCO

Desde otro punto de vista

31



BOGOTÁ

SANTIAGO LONDOÑO ACEVEDO

Andrés y el paraguas

21

BOGOTÁ

MARÍA JULIANA RIAÑO ALONSO

Mi hermanita

27

ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO

FÚQUENE

DANIEL FELIPE
HUERTAS RAMÍREZ
Pepelino

47

BOGOTÁ

SOFÍA ROJAS LÓPEZ

El último viaje

53

VALLEDUPAR

MARÍA JOSÉ FLÓREZ TOVAR

Mi abuela y su quiosco cuentero

71



BUGA

LAURA FRANCO RINCÓN
El Pueblo de Abajo

41

BUCARAMANGA

MARÍA ALEJANDRA
BARRIOS CONTRERAS

Agua de coco y pastel
de manzana

65

BOGOTÁ

MANUEL LEONARDO PACHÓN GÓMEZ

El hambre de Niviayo

59



Andrés y el paraguas



SANTIAGO LONDOÑO ACEVEDO
BOGOTÁ

Soy un adolescente diferente, intelectual, lector y escritor. Pienso que si no leemos, no aprendemos. Gracias a mi madre nació mi amor por las letras y el arte de escribir para que otros comprendan que lo más hermoso en la vida se aprende enseguida y de las experiencias, transformando lo negativo en positivo. Me

gustan las anécdotas de la vida real, expreso todo a través del papel. Me motivan los conceptos nuevos, explorar temas diferentes, estoy agradecido con Dios por lo maravilloso que me brinda cada día.

Grado séptimo, Centro Educativo Distrital El Jazmín, Bogotá, D. C.

Andrés y el paraguas

SANTIAGO LONDOÑO ACEVEDO

—**A**ndresito, no te olvides de llevar el paraguas.

—Oh, mamá, no va a llover —dijo Andrés—, me voy ver ridículo llevando un paraguas a la escuela cuando el sol está brillando. Pero igual tomó su paraguas y salió para la escuela.

“¿Por qué no puede ser este el tipo de paraguas que se dobla y se hace chiquito?”, rezongo justo cuando llegaba al final de la cuadra, “¡es demasiado grande para esconderlo debajo de mi abrigo!”.

—Hola, Andrés, ¿tienes miedo de que llueva? —lo abordó un grupo de amigos al entrar a la escuela.

—En la televisión dijeron que iba a llover —se defendió Andrés.

—Seguro que sí —respondió su amigo Carlos con una sonrisa burlona—, pero es la clase de lluvia llamada luz del sol. Los demás niños se rieron.

Durante el descanso el cielo aún estaba despejado. Andrés se sintió aliviado porque ya nadie se acordaba de lo del paraguas. Sin embargo, después del almuerzo, Carlos apareció en el patio con el paraguas en la mano.

—Pensé que ibas a necesitar esto —le dijo a Andrés—. ¡Ahora mismo en el cielo hay una nube justo sobre nosotros!

Carlos empezó a reír con tanta fuerza que los demás compañeros se acercaron y empezaron a burlarse también. Andrés estaba enojado y se mordió el labio para no decir nada.

Pero Carlos no dejó de molestarlo. Se subió a los escalones del edificio y empezó a llamar la atención de los niños.

—¡Vengan todos y vean al maravilloso Andrés y a su famoso paraguas! —gritó—. ¡El programa está a punto de empezar!

Andrés se sonrojó cuando los niños se volvieron para mirarlo y le preguntaron:

—¿Qué tiene de especial tu paraguas?

De pronto, Andrés recordó lo que su madre le había dicho: “Trata de aprovechar una situación desagradable y hazla agradable. No dejes que nada ni nadie te desanime”.

“Está bien”, se dijo a sí mismo. “¡Les seguiré la corriente!”.

A continuación, se puso de pie e hizo una profunda reverencia ante el público.

—Señoras y señores —inició su presentación—, este parece ser un paraguas común y corriente, pero en realidad es muy especial. Miren, se los mostraré.

Andrés tomó el paraguas cerrado por el mango y con la cabeza alta se paseó con actitud imponente, en medio del círculo que habían formado los niños.

—Es un elegante bastón —continuó—, solo personas muy importantes lo usan.

Después ubicó el mango del bastón cerca de su cara y apuntó el otro extremo hacia el cielo:

—Ahora es un telescopio —dijo entusiasmado—, puedo ver con él a Júpiter, Marte y todos los astros, aún de día.

—¡En guardia! —gritó de pronto, cambiando de posición y con su otra mano en alto, hizo amplios movimientos con su “espada”.

Los niños empezaron a aplaudir.

—¡Más! ¡Más! —le gritaban emocionados.

Con grandes y dramáticos movimientos, Andrés abrió el paraguas y lo tomó con la mano derecha, alzándolo sobre la cabeza. Empezó a caminar de puntillas, cuidadosamente, como si fuera un equilibrista de circo caminando sobre la cuerda floja.

Al acercarse a uno de sus compañeros, cerró el paraguas rápidamente y recogió con la punta un pedazo de papel que se encontraba en el piso.

—Como ustedes pueden ver —dijo—, también es un buen recogedor de basura. Sus compañeros se reían con él y no de él.

—¡Muy bien Andrés! —exclamaron—, ¿qué más puedes hacer?

Andresito tomó el paraguas cerrado y marchó cual director de una banda; luego permaneció en el mismo lugar girando el paraguas como si fuera un bastón.

Finalmente, lo abrió, lo dirigió hacia arriba y dijo:

—¡Es una antena parabólica de televisión! Luego lo volvió hacia el piso y se arrastró hasta quedar debajo como si el paraguas fuera una tienda de campaña, y dijo:

—Es una buena tienda de campaña, o un fuerte, si lo desean.

En ese momento sonó la campana y los niños regresaron a los salones de clase. Aproximadamente quince minutos antes de que terminaran las clases, empezó a llover. Para cuando los niños

salieron de la escuela, la luz brillante del sol se había convertido en una lluvia torrencial. Andrés abrió el paraguas y sonrió. Como siempre, su mamá había tenido razón.

Pasó cerca de muchos padres y madres que habían ido por sus hijos a la escuela, llevándoles paraguas e impermeables. En la distancia vio a Carlos, que caminaba a casa bajo la lluvia, con los hombros encorvados y la cabeza inclinada para protegerse del agua. Andrés se apresuró para alcanzarlo.

—Me olvidé de mostrar lo más importante que este paraguas puede hacer —le dijo, invitándolo a caminar bajo el paraguas—. También sirve para que salves a un buen amigo de los chaparrones.

Carlos se enderezó y sonrió agradecido.

—Gracias, Andrés —le dijo. ■





Mi hermanita



MARÍA JULIANA RIAÑO ALONSO BOGOTÁ

Nací en Bogotá. Actualmente vivo en la ciudad de Medellín, estudio en el colegio La Presentación, de Envigado, tengo trece años y para mí ha sido un orgullo ganar el Concurso Nacional de Cuento, nunca llegué a pensar que tendría este talento. Me gusta escuchar música, me encanta que los libros me lleven a otro mundo, que me inspiren sentimientos frente

a lo que estoy leyendo; cuando escribo, me gusta hacer cosas diferentes, que no sean comunes para las personas, pero que aún así sean de su agrado.

Grado sexto, Colegio de la Presentación, Envigado, Antioquia

Mi hermanita

MARÍA JULIANA RIAÑO ALONSO

Mi corazón palpitaba muy rápido, tanto que lo escuchaba, no sabía por qué, pero lo que sí sabía era que alguien estaba en peligro y era muy cercano a mí...

Pensaba en esto cuando, de repente, vi una sombra que se dirigía al baño. La seguí y cada vez que me movía, la sombra también. De pronto, vi que entró al último compartimento del baño, fui hacia allá, abrí la puerta y no vi una sombra terrorífica, sino a una niña tierna y pequeña que estaba llorando. Le pregunté su nombre y ella no respondió, volví a preguntarle y me miró diciéndome:

—Me llamo Alison.

Inmediatamente me acordé de mi hermana, que se llamaba igual. Por un momento pensé que se trataba de ella, pues eran casi idénticas, pero entonces, para salir de dudas, le pregunté:

—¿Cuántos años tienes?

—Tengo nueve años, ¿no te has dado cuenta? —respondió furiosa.

¡No lo podía creer!, mi hermana tenía la misma edad. Asustada como estaba, iba a salir corriendo, pero antes de que pudiera hacer algo ella me dijo con voz siniestra y traviesa:

—Voy a seguirte toda la vida, no te podrás deshacer de mí... todos los días iré a tu casa, tocaré a tu puerta y cuando la abras, siempre te vas a llevar una sorpresa. Como obsequio de parte mía ve a tu casa, entra a la habitación de tu hermana y te darás cuenta de la verdad.

Yo no aguanté más y fui a mi casa a buscar a mi hermana, pero cuando la vi estaba descuartizada, con cada parte de su cuerpo en un lugar diferente.

Desde entonces, cada 4 de abril, “mi hermana” toca a la puerta e intenta matarme... ■





Desde otro punto de vista



MARÍA JOSÉ OJEDA FRANCO CHÍA

Haber nacido casi en el siglo XXI explica que, al principio de mi infancia, no haya tenido mucho apoyo, sobre todo de mis amigas, para leer; más bien quería tener iPods, celulares, computadores o simplemente prefería la televisión. Sin embargo, conocer a una amiga con un gusto impresionante por la lectura hizo que yo también me interesara por los libros y, por alguna razón, por la escritura. Gracias a la lectura, después de un día lleno de problemas, malas noticias, regaños, llantos

y pérdidas logro meterme en un mundo diferente con nuevos amigos y familiares, con nuevas personalidades e historias. Quiero dar las gracias a todos los que me ayudaron, apoyaron, premiaron o simplemente me valoraron (profesores, familiares, amigos y todos los que contribuyeron con el CNC).

**Grado sexto, Liceo Francés
Louis Pasteur, Chía,
Cundinamarca**

Desde otro punto de vista

MARÍA JOSÉ OJEDA FRANCO

Todo empezó hace algunos años, cuando seguía en ese globo y ya no tenía mucho espacio para moverme en él; ese globo lleno de agua. En ese entonces me empecé a mover como por arte de magia, yo no quería, pero al parecer alguna tecnología de esa voz que iba conmigo a todos lados hacía que me moviera sola. Al cabo de una semana o más quedé completamente de cabeza.

Aunque suene un poco extraño, estoy segura de que no era la única niña que tenía miedo de salir. La voz me acompañaba todo el tiempo, una voz que se hacía llamar “mi amor” o “querida” y otra voz que se escuchaba seguido que se hacía llamar “osito” o “pastelito”, o también igual que la primera voz: “mi amor”. Esas dos voces me atemorizaban un poco. Unos días después —ya llevaba algún tiempo de cabeza—, “querida” empezó a gritar: “Ahí viene, ahí viene”. En ese momento, no solo las dos voces que yo oía siempre hablaban una encima de la otra, sino que ahora eran varias y hablaban al mismo tiempo. Preferí cerrar los ojos y dejar que las voces hicieran un escándalo solas. Me dormí.

Desperté en un lugar más bien claro, se veía una luz. Había escuchado hablar de la muerte cuando “mi amor” y “pastelito” hablaban de las personas que habían resucitado y que veían una luz

muy llamativa y querían ir hacia ella. No estaba lista para morir aún, es más, ni siquiera estaba segura de si habría otro paso.

¿Cómo lograr salir de ese globo antes de morir? Miré bien hacia esa luz y vi una forma, bien parecida a la mía, pero mucho más grande, que gritaba: “Puje, puje”, y otra voz un poco más lejana y más bien parecida a la de “querida” o como la llamaban las demás voces, “Natalia”.

La forma gigante me miraba y me decía: “Ven para acá”, y trataba de agarrarme la cabeza. Recordé que en la conversación de “osito” y “mi amor” habían dicho que las personas veían a seres queridos o simplemente a personas que les decían “todavía no es hora”, sin embargo, esta voz, la cual se hacía llamar “doctor”, me decía: “Ven para acá”. No tenía salida, una fuerza hizo que empezara a resbalar, cerré los ojos y había mucha luz, cada vez más, si no cerraba los ojos no volvería a ver nada, nunca más. Salí del globo. No sé exactamente si fue un descanso o una molestia lo que sentí, pero al salir de ahí una fuerza, un algo frío y caliente entró por mi boca, por mi nariz, fue hasta mi barriga y se devolvió, lo mismo pasó muchas veces, tantas que en este mismo momento sigo haciéndolo y no he parado desde ese día.

Recuerdo que ese día, o unos días después, me enseñaron que para mí “querida” era “mamá” y “pastelito” era “papá”. Aprendí que muchas de las voces se hacen llamar “tía”, “tío”, “abuela” o “abuelo”. Y no me van a creer, hace unos días salí del mismo globo, o de uno parecido, otra voz a la que llamo “hermana”. ■



El peladito que perdió su casa



CRISTHIAN JAVIER GONZÁLEZ RODRÍGUEZ IBAGUÉ

Nací el 23 de enero de 2000 en Ibagué, Tolima, pero desde los ocho años vivo en el municipio de La Dorada, Caldas. Escribir es la oportunidad que tenemos todos de contar lo que vemos, escuchamos y sentimos, logrando que el lector viva los sentimientos de la historia. Mi cuento es el reflejo de los niños y familias

colombianas a quienes las inundaciones les han destruido sus casas. Me siento muy feliz de haber participado en este concurso y le dedico el triunfo a mi familia.

Grado sexto, Gimnasio Palma Real, La Dorada, Caldas

El peladito que perdió su casa

CRISTHIAN JAVIER GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Una mañana, y como todos los días, el peladito salió de la casa a trabajar con su carretilla para conseguir el dinero con el que su madre compraba lo necesario para vivir; normalmente el vecindario lo contrataba para botar basura y escombros de cemento que quedaban de la remodelación de sus casas; tiraba los escombros a orillas del río Magdalena, en un sector llamado Korea, caracterizado por la venta de drogas alucinógenas y la presencia de consumidores de las mismas; esta situación tenía al peladito un poco desconcertado, ya que mientras él trabajaba, los otros jóvenes de su misma edad se dedicaban a robar y a consumir droga.

Cuando el peladito llegaba a tirar los escombros, observaba que los drogadictos permanecían trabados, porque bajo el efecto de la droga perdían muchas veces la noción del tiempo y en ocasiones alucinaban, diciendo que veían duendes. El peladito miraba fijamente a ver si podía ver los tales duendes, pues a su edad, ¿quién no quiere verlos?

Un día, los drogadictos le aseguraron al peladito que si consumía hierba podría ver a los duendes; los viciosos los describían como enanitos orejones, con los cachetes colorados y con esas palabras al peladito no le quedaba duda de la existencia de estos

seres. Ingenuamente, el peladito quiso fumar marihuana, pero se acordó de las recomendaciones de su mamá y no lo hizo. Él le comentó a su madre lo que decían los viciosos del barrio y ella sabiamente le advirtió que la historia de los duendes era una estrategia para inducir a los niños a la droga.

Un día, el peladito observó cómo los escombros que botaba le iban ganando espacio al río y tuvo una idea: construir una casa en ese sitio, así que le dijo a su mamá que le iba a dar una sorpresa muy bonita; esas palabras alegraron a su progenitora, pues el temor que ronda a todos los padres del sector es que sus hijos empiecen a consumir drogas. Para esos días el peladito empezó a ir a otros barrios de la misma población, llamada La Dorada, a buscar escombros, pues tenía afán de rellenar la orilla del río; cada vez que iba al río se encontraba con los drogadictos, de quienes escuchaba sus historias fantasiosas, algunas producto de las frustraciones vividas y otras de las alucinaciones que producía la droga.

Un día el peladito se encontraba agotado, sentado en su carretilla a la orilla del río, momento que aprovechó Carlos, uno de los drogadictos, para ofrecerle marihuana, diciéndole que le proporcionaría energías y fuerzas, pero otro vicioso, apodado el Santo, le dijo:

—No le ofrezca nada al muchacho, que él está para cosas grandes, él es muy trabajador. A partir de ese día, las palabras de elogio de aquel vicioso hicieron eco en la mente del niño y comenzó a ilusionarse con ser alguien importante en la sociedad.

Un día, la mamá le dijo al peladito:

—Arturo, me tengo que separar de ti porque donde vivimos nos pidieron la casa, debido a que llevamos varios meses sin cancelar el arriendo. Mi trabajo va ser de interna en una vivienda y no te puedo llevar.

Con lágrimas en los ojos, la madre dijo una frase que al niño lo dejó más confundido que nunca:

—Vivir es tan difícil, hijo.

—¿Por qué mamá? —le preguntó el niño.

—No tenemos qué comer —le respondió la mamá—, no tenemos casa, no tenemos a dónde ir, no podemos estar juntos, entonces, ¿para qué vivimos?

Y el peladito se puso a llorar y se sintió rendido ante la vida y se quiso morir junto a su madre, para no separarse de ella.

En ese instante Arturo quiso culpar a los demás de su desgracia, pero la madre le dijo al niño que la culpa era del papá, que los había abandonado, dejándole la responsabilidad de crianza a ella; pero el peladito, en medio de la confusión que le había generado tal situación, aceleró sus planes y sacó de sus entrañas unas palabras alentadoras diciéndole a su mamá:

—Siempre voy a estar a tu lado para acompañarte, cuidarte y ayudarte, te voy a construir una casa.

Entonces el peladito fue a la orilla del río y vio que los escombros, por el efecto de la lluvia y el tiempo, habían creado un lote propicio para construir allí la casa, por lo tanto se animó mucho y fue corriendo a buscar unas guaduas y madera, materiales con los que la hizo; con tejas de segunda, que iban botando en las obras de construcción, fue organizando el techo de la humilde vivienda, una vez protegido del sol y de la lluvia llevó a la mamá hasta la orilla del río. Ella, al ver la casa, quedó sorprendida y lloró de emoción, entonces trastearon la camita, una silla, las ollas, una pequeña estufa de gasolina y poco a poco la fueron arreglando.

La felicidad solo duró unos años, pues una creciente inesperada del río Magdalena comenzó a desbarrancar la orilla, en un sector cercano a la casa del peladito. Sin dar tiempo, en una madrugada

de Viernes Santo, quince casas del sector, entre ellas la del peladito, fueron arrastradas por el río, quedando solo el recuerdo de lo que un día fue su única casa propia. Ese mismo río que le dio su orilla como lote, se le llevó su casa.

El peladito y su madre se refugiaron en un albergue comunal, allí Arturo es recreacionista, en las tardes dialoga con los niños a quienes les cuenta la historia de los duendes y juegan a tratar de verlos; la alcaldía lo contrató, pues la experiencia vivida al lado de los viciosos le sirvió para explicarle a los niños los peligros de la vida. Actualmente, el peladito sigue soñando con comprarle una casa a su mamá, en un sector que no tenga riesgo. ■





El Pueblo de Abajo



LAURA FRANCO RINCÓN
BUGA

He tenido la fortuna de haber nacido en un hogar sano, de buenas costumbres, en Guadalajara de Buga, Valle del Cauca, la Ciudad Señora de Colombia. Ciudad que aún conserva cierto encanto en sus calles. Me apasiona la lectura y siempre me ha gustado el estudio porque sé que este va a ser el motor con el que voy a salir adelante en mi vida. Tuve una niñez feliz como ninguna, con ese patio de tierra de la casa de mi abuela donde todos los días jugaba, me ensuciaba y me imaginaba toda

una historia. Soy una persona alegre, amigable y positiva. Me encantan los cuentos de terror, suspenso y amor. Además de leer y escribir, me gusta dibujar, pintar, cantar, actuar y bailar. Lo principal es que espero seguir escribiendo y triunfando con mis escritos, para que todos los puedan conocer, leer y disfrutar.

Grado séptimo, Colegio Comfamdi Buga, Valle del Cauca

El Pueblo de Abajo

LAURA FRANCO RINCÓN

A sus dieciocho años, Juan se sentía feliz y lleno de vida. En su ego permanecían agazapadas las palabras de las adolescentes del pueblo que lo veían como un joven agradable, de buen talante y, sobre todo, bien parecido.

Había nacido en aquel apacible lugar de la altiplanicie, de preciosos amaneceres y habitantes gentiles, pero reservados. Algo lo intrigaba desde niño y era aquel secreto que los mayores ocultaban con tanto celo y que tenía relación directa con un lugar cercano. En alguna ocasión se atrevió a preguntarle a su abuela por qué los habitantes del pueblo jamás mencionaban ese lugar y cambiaban de tema si algún extraño indagaba más de la cuenta. De ese sitio podía verse solamente una parte en la mañana de Navidad, luego del nacimiento del Niño Dios, al asomarse al borde de la roca saliente sobre el precipicio; el resto del año permanecía oculto por espesas y negras nubes, siempre escondido en la profunda garganta de aquel interminable cañón que se perdía en el infinito.

A regañadientes, su abuela le contó que en tiempos lejanos, los habitantes del llamado Pueblo de Abajo habían vivido con ellos, pero por haber cometido algunos un pecado inconfesable fueron expulsados de la comunidad, razón por la cual fundaron ese pue-

blo. Fue una explicación no muy clara que, por el contrario, causó más confusión en el inquieto espíritu de Juan.

Esa misma mañana optó por visitar al hombre más viejo del pueblo, un anciano de largas barbas plateadas y del que se decía que podría tener más de ciento cincuenta años. La pregunta fue la misma.

El anciano le respondió que su inquietud lo llevaría a tener graves problemas y su vida jamás sería la misma.

Esta advertencia solo avivó la curiosidad de Juan; precisamente era el 31 de octubre, recordó que en su pueblo jamás se celebraba la fiesta de los niños o *Halloween* y que lo que él sabía de esta fiesta lo aprendió en otras poblaciones en las que había visto disfraces, máscaras y un ambiente de carnaval. Después de la visita se dirigió a la roca saliente a mirar hacia el abismo. Otras veces había observado que al lado de la roca partía lo que parecía un antiguo camino, ya casi totalmente devorado por la maleza. Sus cavilaciones se vieron interrumpidas por pisadas de caballos. Asombrado, fijó su mirada hacia el punto del ruido y al momento apareció ante él la joven más hermosa que había visto en su vida, es más, ni siquiera imaginaba que existiese una criatura tan perfecta. Al observarla con más detenimiento se percató de que podría tener su misma edad, su vestimenta sencilla y pulcra contrastaba con el burdo rejo con el que tiraba de los animales. Ambos se miraron con una timidez marcada con algo de admiración y temor.

—Vivo en el Pueblo de Abajo —afirmó ella—, me enviaron con estas dos bestias a llevar algunas vituallas a la finca de mi abuelo y me he extraviado.

—Retome de nuevo el rumbo y de seguro llegará a su pueblo —le respondió Juan.

—Eso pensé —contestó ella—, pero me atemoriza que bajando, alguno de los animales se rueda y perezcamos ellos y yo. Por favor, acompáñeme aunque sea un tramo del camino.

En ese momento Juan tenía la mente hecha un caos, por lo que accedió sin reparo alguno.

La mañana discurría. En la medida en que avanzaban observó cómo la vegetación cambiaba del verde vivaz y alegre del principio a un gris lúgubre y frío, como la tarde que amenazaba con tender su manto plumizo de nubes oscuras.

Al llegar al pueblo todos los miraban fijamente, pero en especial a Juan, con evidente desconfianza y desprecio.

—Hasta ahora no sé tu nombre ni tú el mío —dijo Juan a la joven.

—En el pueblo me llaman Rarita, ¿y el tuyo? —respondió y preguntó con delicadeza.

—Juan —le contestó secamente el muchacho.

—Ya casi es mediodía, espérame aquí en esta tienda, voy a entregar los caballos, me demoraré un rato —dijo lacónicamente Rarita.

Juan se sentó bajo la mirada vigilante del tendero y de quienes deambulaban por el lugar. Los minutos pasaron y la joven no regresaba. Cuando el reloj marcó las doce del día, notó con asombro cómo los rostros del tendero y de los contertulios comenzaron a tornarse en formas inimaginablemente monstruosas: sus cabezas crecieron, sus brazos se alargaron y su andar se volvió simiesco, grotesco, en tanto que emitían sonidos guturales, como si salieran de lo profundo de una caverna. Juan se tocó el rostro con angustia, pero no notó nada anormal. Pronto los monstruos lo rodearon, pero su miedo y la agilidad de sus años mozos pudieron más que todas las fuerzas oscuras del mundo y con un solo impulso de sus piernas se levantó y corrió hacia la ventana que daba hacia el solar trasero, lanzándose por ella. Esa pequeña luz de ventaja impidió que los que lo perseguían con garrotes y armas pudieran alcan-

zarlo. Huyó con desesperación por entre corrales, patios y tapias, hasta que en su loca carrera desembocó en el parque principal, escondiéndose bajo una banca caída que le brindó un precario refugio. Allí escuchó cómo los monstruos gritaban:

—¡Atrapen a rostro lindo, que no escape el maldito!

Al caer la tarde observó que los monstruos comenzaron a cubrir sus horribles rostros con máscaras de *Halloween*. De pronto, sintió que alguien o algo lo halaba por un pie. Era una mujer con un rostro espantoso.

—Juan, soy Rarita —le dijo—, traigo dos máscaras, ponte una, yo la otra y unámonos a la persecución, ¡sígueme!

Ambos, con las máscaras puestas, se sumaron a la enloquecida turba. A Juan le pareció irónico que se estuviera persiguiendo a sí mismo. Cuando sonaron las doce de la noche todos se quitaron las máscaras y sus rostros volvieron a la normalidad.

Juan y Rarita se separaron de la multitud; la muchacha lo llevó al camino, entregándole uno de los caballos y diciéndole:

—Regresa a tu pueblo, este no es tu destino.

Juan partió llevando en su pecho una mezcla de terror y nostalgia.

Ya en la tranquilidad de su pueblo, en algunas ocasiones regresaba a la roca saliente y miraba insistentemente hacia el Pueblo de Abajo y su corazón se contraía de sentimiento al recordar a Rarita.

“Razón tenía el viejo sabio, mi vida no será la misma, nunca podré saber cuál fue el gran pecado de esa gente, pero tampoco volveré a creer que soy el más bello del pueblo”, reflexionaba Juan en medio de su melancolía. ■



Pepelino



DANIEL FELIPE HUERTAS RAMÍREZ FÚQUENE

Haber visto sobre una mesa en la casa de su abuelo ganchos de cosedora, clips, una cosedora y una perforadora fue el detonante para activar la imaginación de Daniel. “En ese momento me imaginé cómo sería una guerra entre estos elementos. Me di cuenta de que todos ellos perseguían al papel y de que el papel siempre resultaría ser la víctima; así que decidí convertirlo en héroe”.

Grado sexto, Institución
Educativa Departamental,
Fúquene,
Cundinamarca

Pepelino

DANIEL FELIPE HUERTAS RAMÍREZ

Francisco era un niño aficionado a la astronomía. Su habitación parecía un verdadero observatorio, con planetas colgando del techo, mapas de las constelaciones, libros por aquí y por allá y hasta un modelo del transbordador espacial Challenger. Cerca a la ventana tenía un tablero en el que pegaba recortes del espacio, pues su sueño era convertirse en astronauta de la NASA. Tomó un par de tijeras y seleccionó la página de un libro y se dispuso a recortar la silueta de quien sería el capitán de su nave espacial. En la hoja se veía claramente un artículo sobre la vida en otros lugares del universo. El pequeño hombrecito no media más de diez centímetros y Francisco, que no sabía recortar muy bien, le quitó las orejas; le dibujó dos punticos en los ojos, una pequeña nariz y una boca. Pero su trabajo fue interrumpido cuando oyó el pito que anunciaba la ruta escolar, y salió corriendo de la habitación.

Sobre la cama estaba Pepelino, temblando de miedo, alguien lo había sacado de su hogar, de su libro. Como pudo, trató de ponerse en pie y se sintió frágil y muy solo. Le hacía falta su casa y decidió ir a buscarla: sobre la cama había pedazos de páginas y empezó a tratar de ver si alguna coincidía con él. Encontró un pedazo que formaba parte de su pie derecho y en el que se veía

el número 127. Pero ¿cómo encontraría el libro exacto? Sobre el piso había muchos libros y Pepelino alcanzó a leer sus títulos: *Astronomía*, *Astrología*, *Quirón*. Todo era muy extraño para él y no dejaba de causarle miedo. Dobló un poquito su cabeza y vio sobre el escritorio un libro abierto y un par de tijeras. Se emocionó. Trepó con dificultad sobre una almohada, estiró sus delgados brazos y puso las manos en la orilla del escritorio. Pepelino sintió algo húmedo y blando en sus pequeños y mal recortados dedos: unas gotas blancas, como leche, del frasco de pegante, lo habían dejado adherido. Tras varios intentos desesperados logró zafarse. Llegó al libro que tenía algunas páginas y letras recortadas y, aunque no encontró la página, pensó que era su hogar. Se deslizó por la hoja y trató de acomodarse a ese espacio recortado; se estiraba, giró en sentido de las manecillas del reloj y al contrario, pero su figura no coincidía con la península Arábiga. Debajo de unas hojas encontró escondidos una cosedora, un sacaganchos y un ejército de clips que huían de una perforadora malvada llamada Gar, que tenía dos dientes metálicos. Pepelino vio con horror cómo devoraba páginas enteras y las convertía en pequeños círculos que almacenaba en su estómago de plástico.

La cosedora unía a los papeles como si fuera un cura, y el sacaganchos los divorciaba según la voluntad de los propios papeles, los clips eran muy unidos: formaban largas cadenas, como un tren. Pepelino vio que no eran felices, pues Gar abusaba de su poder, y decidió ayudarlos. Mientras Gar tomaba su siesta diurna, los clips la atacaron sujetándola con gran fuerza; Gar no tuvo tiempo de reaccionar cuando el sacaganchos, con la fuerza de su cabeza, le abrió la boca mientras que la cosedora disparaba ganchos tratando de trabar los orificios de sus dientes metálicos. Pepelino vio que era inútil y tomó varios pósitos y trató de metérselos en la boca, pero

Gar, furiosa, los escupió. Los clips no pudieron contenerla más y entonces Gar agarró a Pepelino por la cintura, amenazando con dejarlo como un colador. Cuando ya parecía que iba a hincarle uno de sus dientes, Pepelino tomó un clip como espada para defenderse de sus mordiscos, pero su débil cuerpo no podía contra la perforadora. De repente, un líquido espeso, caliente y cristalino dejó a Gar inmovilizada. La pistola de silicona lo había salvado. El sacaganchos retiró a Pepelino con mucho cuidado de los dientes de Gar, pero estaba mal herido; un diente había perforado su corazón, y se debilitaba rápidamente. La cosedora, que era una intelectual, pues por ella habían desfilado muchos trabajos, trató de leer los fragmentos del cuerpo de Pepelino y supo que el libro que buscaba estaba sobre la silla del escritorio. Con mucho cuidado los clips hicieron una cadena y sujetaron a Pepelino, a quien empezaban a borrarle las constelaciones que tenía dibujadas. Entre todos buscaron la página 127. Con ayuda de la cinta pegante lo fijaron cuidadosamente. Pepelino estaba en casa y se sintió muy feliz y más porque ahora tenía a los amigos más grandes de toda la galaxia. La cosedora traía un círculo dorado que le puso en el espacio donde le faltaba el corazón; sí, era como una medalla, como un sol que resplandecía por el valor de un hombrecito de papel que les enseñó el valor de la amistad. Por eso, recuerda que cada vez que rompes, cortas o dañas un libro estás dejando sin hogar a un Pepelino. ■





El último viaje



SOFÍA ROJAS LÓPEZ
BOGOTÁ

Escribí este cuento pensando transmitir el sentimiento que causa perder algo, en este caso material, que nunca pensamos que vamos a perder y que de algún modo ha tomado cierto valor sentimental y espiritual, que causa sensaciones que casi nunca encontramos por lo agitado de nuestras vidas cotidianas, pero que aflora en sentimientos nostálgicos cuando por fuerza mayor tenemos que deshacernos de esas cosas que hacían parte de nosotros.

Grado sexto, Colegio Yermo y Parres, Bogotá, D. C.

El último viaje

SOFÍA ROJAS LÓPEZ

¡Ah, renuncio, como así que mi vieja resolvió vender la finca! ¡El pago donde nos criamos y donde pasamos tantos momentos felices!, bueno no había más qué hacer, mi madre y yo tomamos rumbo a traer a la abuela de la finca, que en poco tiempo ya empezaría a ser tierra extraña pa' la familia. Desde que salimos de Saboyá no hice más que pegarme al vidrio de la ventana del bus pa' no dejar que me vieran las lágrimas, todos estos años este viaje lo hacía en mis vacaciones, llena de alegría y ansiedad, pero esta vez no quería llegar a dar la despedida a las personas y las cosas que voy a extrañar toda la vida.

La carretera, siempre en mal estado, parecía no acercarse a nuestro destino, pero al fin divisamos aquella pequeña casita campesina de paredes blancas y tejas de barro; sentí un nudo en la garganta, pero tome valor pa' no llorar delante de la abuela, pues ya hartas dolencias estaba sufriendo, dolencias que la llevaron a tomar la decisión de vender algo que todos pensamos que hacía parte de su ser y de lo cual nunca se iba a separar.

—Sumercé, ayúdeme a bajar las cosas del zarzo —me dijo la abuela.

Una vez en el altillo aquellas cosas no parecían “cosas”, sino pedazos de recuerdos que alguien dejó a propósito, tal vez el abuelo, y que hoy arderían en la fogata que estaba preparada pa’ destruir todo lo que no nos íbamos a llevar a la capital, una ruana envuelta en una bolsa plástica, un sombrero negro lleno de polvo, un rejo retorcido, un tiple viejo, media botella de vino y un par de alpargatas sin estrenar; sí, todos esos trebejos eran del abuelo, quien desde que murió, seguramente venía todas las noches a cuidarnos desde el zarzo, entreverando la música del tiple con el sonido del viento en el tejado.

—¡Abuela, el cuarto del cuero está lleno de chécheres que no sirven ya! —le dije cuando bajé del zarzo.

Ella asintió con la cabeza, pero no habló. Entonces noté que le escurrían lágrimas por sus cachetes tostados por el viento frío, no tuve valor para decirle que no llorara, porque yo también estaba llorando por dentro.

El horno de leña, hecho con tierra y adobe, ya se estaba enfriando, ya mi madre había terminado la última horneada de almojábanas, colaciones y arepas, ceremonia que ocurría cada vez que veníamos a visitar a la abuela e iniciaba con la molienda del maíz para luego amasarlo con mantequilla y huevos, solo que esta vez debió escurrirse una que otra lágrima en la última amasada que se hacía en esa cocina ennegrecida por el hollín. Ya no hubo maíz botarle a las gallinas, la abuela había acabado con todas, solo dejó una vaca que le regalaría a la muchacha que le ayudaba a ordeñar; a eso de las tres me fui pa’l potrero, como cuando iba a apartar los terneros. En el trayecto me llegaron imágenes de mi infancia temprana, cuando un chorro de agua era una cascada, los árboles de payos al lado del aljibe eran un bosque encantado y el burro que rebuznaba en el vecindario era un dragón que se había liberado

de sus cadenas, todas estas fantasías las llevo en mi recuerdo y las extrañaré cuando visite a la abuela en el apartamento de interés social que seguramente comprará cuando se vaya de estas tierras.

Esa noche ya teníamos todas las cosas listas pa' meterle candela, pa' quemar todos los recuerdos de la casa cuando llegó la visita del tío Cediél, internamente sentí placer porque su presencia retrataba la destrucción de todos esos recuerdos imposibles de llevar a Bogotá. Me puse a mirar las estrellas, que parecían más brillantes que cualquier otra noche; cuando terminó la visita, mi madre y mi abuela se negaron a participar en la quema y me encomendaron esa labor; yo tampoco quería ver arder lo que producía tanta nostalgia, así que aprovechando que las dos se acostaron a dormir, empaqué todo en un costal de fique y con mucho sigilo lo volví a subir al zarzo, y a cambio conseguí unas ramas de eucalipto y un colchón viejo para hacer la hoguera y así ellas no sospecharían de mi desobediencia.

Esa noche se hizo corta, dormimos las tres en la misma cama, pues las otras ya estaban recogidas; tan pronto amaneció nos levantamos a terminar de empacar, cada minuto de esa mañana era una lágrima por los recuerdos que golpeaban incesantemente, el perro que había acompañado a la abuela en los últimos diez años cogió camino quién sabe pa' donde, la abuela pidió que la dejáramos sola un momento, entró a la sala y yo no pude aguantar la curiosidad, sigilosamente fui a ver qué hacía. Tomó un pedazo de barretón viejo y levantó una de las tablas del piso, de allí sacó un bolso tejido, revisó su contenido, eran sobres de correo muy viejos. En ese momento se dio cuenta de que la estaba espiando y me dijo:

—Tome hija, eche eso a la candela.

Y luego se puso a llorar. Igual que con las otras cosas, no quemé el paquete. A cambio metí al fogón unos pedazos de papel periódico, y los sobres los llevé al zarzo, solo que esta vez tranquilé la portezuela con varias puntillas de las que se usaban para arreglar la cerca del potrero. Salimos de la casa, mi abuela y mi madre no quisieron mirar las cenizas de la hoguera, iban llorando, igual que yo; el ascenso a la carretera se hizo interminable, arriba, en la loma, estaban los vecinos más queridos y mi tía Lina para despedirnos. Una y otra vez, como poniéndonos de acuerdo, nos volteamos a mirar la finca con sus verdes potreros y las zanjas que hacían más verde el pasto en su contorno, a mí se me salió un adiós con la esperanza de que alguien me respondiera, sentí un murmullo desde la casa, pero fue solo el viento entre los eucaliptos y los pinos que bordean el camino. Tal vez nunca volvamos a poseer un terreno, y tengamos que llevar a nuestros hijos a un parque enmallado, pero nunca sacarán de nuestros recuerdos lo que fue correr y jugar libremente en estas tierras que de niños nos parecieron infinitas, y que en este momento tenemos que dejar con la tristeza más grande que he podido sentir. Vinieron los abrazos de despedida y las promesas de volver a visitarlos a todos, el llanto se acentuó cuando a lo lejos oímos el ruido del bus que nos llevaría Bogotá, una vez nos subimos al bus, un vecino que nos había abordado antes le preguntó a mi abuela que quién se había muerto.

—El alma, se nos murió el alma —contestó ella. ■



El hambre de Niviayo



MANUEL LEONARDO PACHÓN GÓMEZ BOGOTÁ

Nací en Bogotá en el año 2000, vivo en el barrio Lago de Suba y estudio en un colegio distrital con nombre de poeta. Escribí este cuento animado por mi mamá y mi papá, ellos me leían desde que era un bebé y me han inscrito en varios talleres de escritura. Además de leer y escribir me gusta tocar violonchelo, jugar fútbol y compartir juegos de mesa con mi familia. A veces voy a la biblioteca en busca de un buen libro. Fue muy reconfortante cuando llamaron y me dijeron que había ganado el Concurso Nacional de Cuento.

La experiencia de ser ganador, recibir premios y haber viajado a Cartagena me anima a seguir leyendo y escribiendo, espero completar mi propio libro de cuentos. Aunque no sé si llegaré a ser un escritor profesional, leer y escribir ya son parte de mi forma de vida.

**Grado sexto, Institución
Educativa Distrital Gonzalo
Arango, Bogotá, D. C.,**

El hambre de Niviayo

MANUEL LEONARDO PACHÓN GÓMEZ

Niviayo era un niño a quien le gustaba mucho la música, por eso sus padres lo inscribieron en la escuela La gran batuta, mientras ellos emprendían un viaje de negocios.

El primer día, al terminar la clase, Niviayo tuvo necesidad de entrar al baño. Mientras tanto Doris, la encargada de cerrar la escuela, preguntó a los niños en la puerta:

—¿Alguien falta?

Pero como nadie conocía al niño nuevo, y no lo habían visto entrar al baño, respondieron:

—No falta nadie.

La señora cerró muy bien la puerta y todos se despidieron, tenían afán de llegar a sus casas, los más grandes se iban solos y a los pequeños los recogían sus padres.

Cuando el niño salió del baño se sintió solo y se preguntó dónde estarían todos. Recorrió el lugar y comprendió que lo habían dejado encerrado. Corrió hasta la puerta y golpeó y gritó con todas sus fuerzas, pero era demasiado tarde, todos se habían ido. El niño sabía que nadie vendría por él porque sus padres estaban de viaje y le habían dejado todo listo para que pasara aquel fin de semana solo. “Bueno”, pensó Niviayo, “mañana abrirán... no hay nada de

qué preocuparse. Puedo aguantar hambre y dormir aquí en este tapete”. Pero luego recordó que era viernes y el lunes sería día festivo... ¡Solamente abrirían hasta el martes!

“¡Tendré que esperar más de tres días aquí encerrado!”, pensó. No podía aguantar sin comer todo ese tiempo. Trató de tranquilizarse y reflexionar sobre lo que iba a hacer.

—Llamaré a mi mamá —fue lo primero que se le ocurrió decir en voz alta.

Pero al vaciar sus bolsillos para buscar su celular lo encontró con la batería descargada y vio que lo único que tenía era un chicle y unas papas fritas con sabor a pollo. “¿Cómo voy a sobrevivir tres días con esto?”, pensó. Aunque todavía no tenía hambre, como ya estaba a punto de llorar se acomodó en unas sillas e intentó dormir. Al principio no pudo, pero poco a poco el sueño lo cobijó.

A la mañana siguiente, cuando despertó, se comió el paquete de papas con sabor a pollo y un paquete de maní que encontró en la mesita de trabajo de la señora Doris. Se comió todo de prisa, sin recordar que debía permanecer otros días allí. Más tarde volvió a sentir hambre y se reprochó a sí mismo por haberse dejado llevar por el apetito. “¿Ahora qué comeré?”, pensó. Fue al baño y bebió mucha agua del grifo.

Toda la tarde se la pasó intentando salir. Acercó una mesa a la pared y sobre ella puso una silla para alcanzar las ventanas que estaban muy altas, trató de romper un vidrio, pero tuvo miedo de herirse, además, las mallas de alambre gruesas no le permitirían pasar, apenas podía abrir la ventanilla unos pocos centímetros. Allí subido vio pasar a unos niños de su colegio y los llamó:

—¡Eeeeyyy! ¡Carlos! ¡Pedro! ¡Arnoldo! ¡Mario!

Por un momento los niños se detuvieron y él pensó que lo habían escuchado, pero de inmediato siguieron de largo.

Después escribió un mensaje pidiendo ayuda en la hoja de un cuaderno que encontró por ahí, hizo un avión doblando el papel y lo lanzó, pero este cayó dando vueltas sin ir muy lejos. Lo intentó varias veces hasta acabar todas las hojas, pero no le funcionó.

Ya en la noche fue tal el hambre que de un solo bocado se comió un violín. Su estómago tomó la forma del instrumento y su voz sonó como un *pizzicato* de Mozart. Y como el hambre seguía allí se comió un clarinete entero y luego un tambor. Trató de decir algo, pero el sonido de cada instrumento reemplazaba su voz. Por hambre y por curiosidad se comió una viola, su barriga creció y pudo cantar una melodía con el zumbido de sus cuerdas. Sin saber que ya era la hora de acostarse se comió un violonchelo y su sonido lo arrulló y lo durmió.

A la mañana siguiente hizo todo lo posible para no comerse ningún instrumento. Fue fácil porque todavía estaba lleno.

—Es hora de salir de aquí —dijo con la voz de varios instrumentos a la vez.

Y al igual que el día anterior siguió buscando maneras de escapar de su encierro. Pero nada le resultaba. Por el cansancio y el aburrimiento ese día se durmió más rápido. Entre sueños pensó que al siguiente día abrirían la escuela. Cuando despertó se sintió gordo y deformado, pero otra vez tenía mucha hambre y empezó a comerse los instrumentos sin poder detenerse. Llegó a comerse el piano y su voz sonaba ya como una orquesta entera. “Ya van a abrir y me encontrarán como un monstruo”, pensó. “¿Qué voy a hacer?”. Buscó en sus bolsillos y solo encontró el chicle. Durante unos minutos lo masticó recordando que sus padres decían que así se calmaban los nervios. De pronto, hizo una bomba inmensa con el chicle, una bomba monstruosa en la que empezaron a flotar los instrumentos que había devorado y que ahora salían por su boca.

La bomba estalló y los instrumentos quedaron esparcidos por el suelo, pero intactos. Por el esfuerzo y la impresión Niviayo se desmayó en medio de aquel reguero.

Pocos minutos después llegó la señora Doris y abrió la puerta.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó muy sorprendida.

Él le relató cómo se había quedado atrapado y le pidió que lo acompañara hasta la casa para comprobar si su papá y su mamá ya habían llegado.

Niviayo contó muchas cosas sobre su encierro, pero nunca le dijo a nadie lo que había comido. Después fue un violonchelista muy destacado que amaba la música como si esta fuera un delicioso manjar. ■





Agua de coco y pastel de manzana



MARÍA ALEJANDRA BARRIOS CONTRERAS BUCARAMANGA

Nacida el 5 de abril de 1999 en la bella Ciudad de los Parques, Bucaramanga. María Alejandra Barrios Contreras (es decir, yo) desde pequeña se destacó por una gran habilidad de comunicarse con los demás y por tener gran imaginación. Estudió en diferentes colegios donde siempre tuvo facilidad para hacer amigos y para mediar en los conflictos de los demás; de allí nació su idea de escribir, con el fin de ayudar a los otros a encontrar puntos comunes en sus relaciones de convivencia. Más que escribir palabras bonitas,

sus relatos muestran situaciones cotidianas con un toque de imaginación y ocurrencias ingeniosas que despiertan el gusto teatral de los lectores. Con el tiempo (en el futuro) se convirtió en una flamante escritora que a través de la literatura colaboró con la convivencia ciudadana y la identidad perdida de los niños en el mundo.

**Grado séptimo, Institución
Educativa Liceo Patria,
Bucaramanga, Santander**

Agua de coco y pastel de manzana

MARÍA ALEJANDRA BARRIOS CONTRERAS

Canelón, el ratón, salió de madrugada a visitar a su amigo Tallarín, el mandarín, quien le había enviado a llamar de urgencia con Macarrón, el higuerón; el día era caluroso y seco como las arenas del norte de Guarín.

Pasó Canelón por la casa de Miguel, el abeto, y le dijo:

—¡Querido Miguel!, préstame la bicicleta para visitar a mi amigo Tallarín, el mandarín.

—No te puedo prestar la bicicleta, pues la tiene mi prima Cata, la ceiba —le contestó Miguel.

—Gracias por tu ayuda Miguel, me voy a buscar a mi amigo Daniel.

Canelón llegó a la casa de Daniel, el lironero, y le dijo:

—¡Querido Daniel!, préstame la bicicleta para visitar a mi amigo Tallarín, el mandarín.

—No te puedo prestar la bicicleta, pues la tiene mi hermana Patricia, la acacia —le contestó Daniel.

—Gracias por tu ayuda Daniel, me voy a buscar a mi amigo Samuel.

Canelón llegó a la casa de Samuel, el barú, y le dijo:

—¡Querido Samuel!, préstame la bicicleta para visitar a mi amigo Tallarín, el mandarín.

—No te puedo prestar la bicicleta, pues la tiene mi tía Esperanza, la datilera —le contestó Samuel.

—Gracias por tu ayuda Samuel, pero ya no tengo a quien acudir para que me preste la bicicleta.

Samuel lo invitó a tomar un poco de agua de coco antes de ir a buscar a Tallarín. Canelón tomó una, dos y hasta tres agüitas de coco y, de repente, salió.

En la esquina vio la estatua de Simón. Un poco confundido y con timidez se acercó a Simón y le dijo:

—¡Querido Simón!, préstame el caballo para visitar a mi amigo Tallarín, el mandarín.

—Canelón —le respondió Simón—, no te puedo prestar el caballo, pues está hecho de yeso, y jamás va a caminar, pero pregúntale a la Gorda, cruzando en la esquina la puedes encontrar.

Camino y caminó Canelón y al ver a la Gorda le dijo:

—¡Querida Gorda!, préstame el caballo para visitar a mi amigo Tallarín, el mandarín.

—Canelón —le respondió la Gorda—, no te puedo prestar el caballo, pues está hecho de bronce, y jamás va a caminar, pero pregúntale al general, tal vez su caballo puede trotar, pasando la calle lo puedes encontrar.

Corrió y corrió Canelón y al ver al general le dijo:

—¡Querido general!, préstame el caballo para visitar a mi amigo Tallarín, el mandarín.

—Canelón —le respondió el general—, no te puedo prestar el caballo, pues está hecho de madera, y jamás va a caminar.

—Gracias general por la ayuda, pero ya no tengo a quien acudir para que me preste el caballo.

El general lo invitó a comer un poco de pastel de manzana antes de ir a buscar a Tallarín. Canelón comió y comió hasta más no poder y, de repente, salió.

Recorrió algunas calles y pronto se encontró con un gran riachuelo llamado Salomón, al que saludó y, algo mojado, preguntó:

—¡Querido Salomón!, préstame una balsa para visitar a mi amigo Tallarín, el mandarín.

—Canelón —le respondió Salomón—, no te puedo prestar la balsa, pues está hecha de piedra, y no podrá flotar, pero pasa aquel puente y a tu destino te acercarás, con luces de luciérnagas te voy a alumbrar ya que la noche pronto llegará.

Luego de tanto caminar, trotar y correr llegó Canelón, el ratón, a visitar a su amigo Tallarín, el mandarín. Agitado y muy cansado le preguntó:

—¡Querido Tallarín! Dime por qué me has mandado a llamar con tanta urgencia con Macarrón, el higuerón.

—¡Querido Canelón! —le respondió Tallarín—, te he mandado a llamar para invitarte a beber agua de coco y a comer pastel de manzana. ■





Mi abuela y su quiosco cuentero



MARÍA JOSÉ FLÓREZ TOVAR
VALLEDUPAR

Me gusta leer cuentos de fantasía, dibujar, tocar el piano. Me he formado alrededor de cuentos y anécdotas compartidas con la familia y los amigos. Agradezco a mis profesores por darme las herramientas y las bases de este logro. La inspiración de escribir este cuento es precisamente de mis vivencias en vacaciones, en el municipio de Curumaní, en el Cesar. Allí, en el quiosco de mi abuela, Golla Arceo, se relatan estas “aventuras”.

Este triunfo es para toda mi familia, en especial para mis padres, a ellos se lo debo todo, más que una dedicatoria es un homenaje a todos nuestros viejos, en especial a mis abuelos y bisabuelos, por compartir sus anécdotas e historias interminables; en particular a dos grandes mujeres, las hermanas Arceo, en el cielo a Delia, y en la Tierra a Golla.

Grado séptimo, Gimnasio del Saber, Valledupar, Cesar

Mi abuela y su quiosco cuentero

MARÍA JOSÉ FLÓREZ TOVAR

Es costumbre en nuestros pueblos de la costa Caribe transformar las vivencias diarias, los problemas sociales y hasta situaciones de orden público en historias, canciones y cuentos en los que cada persona le pone su sabor o picardía, para hacer de nuestra cultura una de las más ricas y elocuentes del país. Esta forma de divulgar historias ocurre en sitios de reunión de amigos, familias y hasta de desconocidos. Mi experiencia con estas costumbres la vivo en las vacaciones, en dos sitios diarios y únicos: en el patio y en el quiosco de la casa de mi abuela Golla, en un municipio llamado Curumaní, en el departamento del Cesar.

Ese día, como todos los días, nos reunimos en el quiosco a desayunar y cuando estábamos comiendo, se iniciaron las conversaciones, a las que yo llamo “aventuras”, ya que comenzaban con un ritual debate de preguntas y repuestas jocosas de los mayores:

Mi abuela, por un lado, decía:

—Traguen... , que en sus casas no comen como aquí.

—Pásame el suero, o esto sí es vida —decían otros.

—Así es que me gusta, tenerlos reunidos a todos —comentaba mi abuela.

Y, de pronto, aparecía la pregunta clave:

—¿Ajá... Golla, ¿y qué cuento trajo tu hermana Delia del Valle?

—Esa muergana..., un día de estos me va a mete' en problemas —respondió—; ahora anda diciendo que yo me fui de viaje a visitar a mi hija, y que estaba en la carretera esperando transporte y en eso pasó una camioneta cuatro puertas y se paró. Y que me dijeron:

—Súbase señora, que nosotros le damos la cola...

Yo me subí, empezamos a hablar y uno de ellos me preguntó:

—Señora, ¿cómo están las cosas por aquí?

—No muy buenas, señor —le respondí...

—¿Y eso por qué? —me preguntó nuevamente.

—Imagínese que están esos paracos a los que les dicen Águilas Negras, pa'arriba y pa'abajo, ya no se puede salir —le respondí—. Y hay uno de ellos al que le dicen el Jimmy, que carga más cadenas de oro que un perro con mal de rabia. A ese tipo no se le puede ni ver porque te manda a matar... bendita la hora que esos sinvergüenzas llegaron por aquí...

De tanto que hablé, llegó un momento en que les pregunté:

—¿Ajá, ¿y ustedes quiénes son y hasta dónde llegan?

—Señora, mi nombre es Jimmy —me respondió el muchacho con el que estaba hablando— y soy el jefe de las Águilas Negras de esta zona. Recuérdeme cómo me dijo que se llamaba...

A mí que me empezaron a temblar las piernas y ya yo ni escuchaba, cuando de nuevo me preguntó:

—Señora, ¿cómo se llama usted?

A mí no me salían las palabras, lo único que le pude decir fue:

—Ayyy, señor. Yo me llaamaaba... Golla.

—¿Y para dónde va? —me preguntó.

—Ayyy, señor. Dirá usted iba... a visitar a mi hija.

—¿Qué fue lo que dijo de nosotros?

—Ayyy, señor. Dirá usted... ¡Decíaa, ayyy, hijo...! Tan bonitas que te quedan esas cadenas... ¿Por qué no me dejan por aquí...?

Eran tantas las carcajadas de todos los que estábamos en el quiosco, que uno de los mayores pidió agua, porque se estaba ahogando, y mi abuela sonreía mientras se metía un bocado de plátano con suero en la boca.

A mí a veces me tocaba decirle a mi papá que me repitiera las “aventuras” para entenderlas, porque que mi abuela las decía muy rápido, aunque es muy chistosa la forma de expresarlas. En los pueblos de la costa es muy bonito y sano, porque todos se conocen y casi todos se dicen primos, tíos, con respeto, decía mi abuela para referirse a otro cuento:

—Un día mi hermano Luis se fue para Bogotá a visitar a su hijo, eran tiempos de elecciones presidenciales, cuando Galán era candidato y eso había afiches regados por todas partes. A Luis se le quedó la dirección, pero pensó que en Bogotá las calles y las personas eran muy fáciles de conocer... En eso agarró un taxi.

—Señor, lléveme para la avenida Caracas —le dijo al conductor.

—¿Avenida Caracas con qué? —le preguntó el chofer.

—¡Cómo que con qué! —le respondió Luis—, ¡pues con mi caja de ropa y con el saco de plátano que llevo!

—Dígame a dónde lo llevo, señor —le insistió el taxista.

—Llévame a donde los pelaos de Curumaní.

—¿Cuáles pelaos y qué Curumaní? —le preguntó el conductor todo aturdido.

—Ay, señor —le respondió Luis—, no me diga que no conoce a los pelaos, no se me haga el pendejo, ¡ay, el sobrino de Golla!, el que le hace los mandaos a mi hermana, Delia; los que viven en la calle central de Curumaní...

Nuevamente carcajadas por todas partes. Mi abuela continuó:

—Total que a Luis le tocó bajarse y llamar por teléfono al hijo...

Cuando este le contestó, Luis le decía:

—Y entonces, aquí nadie te conoce?

—¿Papá, y dónde es que está usted? —le preguntó su hijo, preocupado.

—Luis miró para todas partes y le respondió:

—Estoy aquí en la esquina, donde Galán tiene la boca abierta.

Todos se reían, pero yo no entendía; mi papá me decía:

—Hija, si todo el país estaba forrado con los afiches de Galán, en ese tiempo Luis estaba más perdido en Bogotá.

En eso mi abuela manifestó, jocosamente:

—¡No joda!, déjenme comer tranquila...

Y así transcurrió todo la mañana durante el desayuno, unos le agregaban, otros le preguntaban y por qué no hiciste esto y lo otro... mientras que mi abuela comía, narraban otros cuentos. Yo me preguntaba, si todo era verdad, ¿cómo se salvó mi abuela de esos paracos? y Luis, ¿seguirá perdido en Bogotá?

Mientras que esos interrogantes retumbaban en mi cabeza, lo que sí tenía claro era que si así de chévere fue estar reunidos con todos los primos y la familia en el desayuno, no me quiero imaginar cómo será el almuerzo. En el sitio preferido de mis vacaciones, en el quiosco cuentero. ■

CATEGORÍA

BOGOTÁ

FELIPE BERNAL CASTILLA
Monólogo de Paula, la mujer
que me persigue

105

MEDELLÍN

PAMELA WILLIAMSON
Mi nombre es Mark

99



BARRANCABERMEJA

MARÍA ALEJANDRA BARRERA BARRIOS
Mi ella, ella, mi antología preferida

91

BOGOTÁ

NICOLÁS MARTÍNEZ BEJARANO

Sueño causado por el vuelo de una abeja alrededor
de una granada un segundo antes de despertar

85

BOGOTÁ

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ BASTIDAS

El péndulo

79

ESTUDIANTES DE OCTAVO A UNDÉCIMO GRADO

BOGOTÁ

JUAN DAVID
CAICEDO OSPINA
Marioneta

119

PASTO

NICOLÁS MAURICIO RESTREPO CAICEDO
El anochecer de la soledad

127

SAN JOSÉ DEL FRAGUA

TANIA ALEJANDRA PARRA SUÁREZ
Visita inesperada

131



BELLO

ALEJANDRO TABARES ARANGO
Yo y mi juego con Dios

113

CALI

VALERIA SILVA ESPEJO
¿Vida?

137



El péndulo



JOSÉ LUIS MARTÍNEZ BASTIDAS BOGOTÁ

Seré breve al referirme a mi vida. Dieciséis años, todos ellos viviendo en Cajicá. Una vida tranquila y común. Breve en general, aunque parezca tanto tiempo, es poco más que un instante. El tiempo, mi gran inspiración. Siempre soñé con detenerlo, con que dejara de correr y que mi existencia no estuviera más definida por las horas y los días. Un sueño de infancia que me acompaña en la adolescencia y me acompañará en la madurez. Un sueño que decidí plasmar en este cuento y que me regaló una de las mejores experiencias de mi vida.

**Grado décimo, Institución
Educativa Departamental
Pompilio Martínez, Bogotá,
D. C.**

El péndulo

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ BASTIDAS

No entendía por qué debía ir a casa de su tío, en vano le había rogado a su madre y no tenía más remedio que obedecer. Le fastidiaba estar con ese hombre un poco chiflado que podía pasar días enteros en su escritorio leyendo y experimentando con esos extraños inventos, con los que además no le dejaba jugar. Aparte de eso, se aburría tremendamente en esa casa de aspecto sucio y descuidado, en la que el único aparato electrónico a la vista era un radio viejo y mal sintonizado que su tío solo callaba para leer.

Para distraerse solía mirar por la amplia ventana de la sala, que permanecía abierta, y observaba las ruinosas casas de tejados rojos y ropa tendida en los balcones. También le gustaba oler el aroma del río que no alcanzaba a ver desde allí y sentir cómo el viento movía la cortina a sus espaldas. Sin embargo, lo que más le atraía era mirar esos raros aparatejos fabricados por su tío e imaginar para qué serviría cada uno. Normalmente se conformaba con verlos desde lejos, pero ese día no fue así.

Los ronquidos de su tío le alertaron, el celoso guardián de los inventos se había quedado dormido. Quién sabe si fue curiosidad lo que lo impulsó o si fue ese extraño deseo que sentimos de hacer lo prohibido, lo cierto es que antes de darse cuenta ya estaba junto al estante de los inventos.

Estiró su mano y cogió un raro cubo verde con dos alambres a los lados y una serie de botones en el frente. Oprimió todas las teclas y, al no ver ningún resultado, lo volvió a dejar. Luego, tomó un largo tubo metálico con varios orificios en forma de triángulo y, tras comprobar que su tío seguía dormido, se dispuso a examinarlo. Lo giró y miró su interior, luego sopló por uno de los extremos para ver si era una especie de flauta, pero ningún sonido surgió de allí. Lo dejó en el estante.

Iba a tomar un artefacto más cuando se percató de un sonido desconocido. Era ese tipo de tic-tac propio de los relojes que suelen pasar desapercibidos por su monotonía. Siguió el sonido y se dio cuenta de que venía del estante de los libros, más exactamente de unos libros rojos casi cubiertos por el polvo. Corrió los libros hacia un lado y encontró allí escondido un pequeño reloj de péndulo que le produjo una extraña sensación al mirarlo.

Tomó el aparato y lo observó minuciosamente, no tenía nada de particular, salvo una esquina que empezaba a pudrirse y una parte de la pintura despegada. Fijó su vista en el péndulo que se movía elegantemente de lado a lado y tuvo la misma sensación que se experimenta al ver una reliquia valiosa. Sin embargo, el péndulo tampoco tenía nada de raro en apariencia, así que decidió desmontarlo para verlo mejor. Justo en el momento en el que sus dedos le impidieron al péndulo seguir con su movimiento, sintió que el aire a su alrededor se detenía en seco y vio cómo las cortinas que un instante antes ondeaban se habían quedado congeladas. Confundido, soltó el péndulo, y el aire volvió a circular. Estaba atónito, era como si ese insignificante péndulo controlara el poderoso misterio del tiempo. Volvió a tomarlo y de nuevo todo quedó en quietud y silencio. ¡Increíble!, en verdad el péndulo controlaba el tiempo, su asombró creció.

De repente, su cabeza se llenó de ideas sobre lo que podría hacer con su descubrimiento, por fortuna su infantil inocencia impidió que se colaran en su pensamiento todas aquellas oscuras ideas que cualquier adulto habría tenido. Guardó el péndulo en el bolsillo y fue a hacer lo primero que le pasó por la mente: comer.

Bajó por las escaleras de piedra y se dirigió hacia la tienda de postres. Al llegar saludó a la inmóvil vendedora, que no respondió, y tomó un provocativo panecillo. Rara vez podía darse lujos como este, así que siguió comiendo de todo un poco. Era extraño, como si al parar el tiempo también su reloj biológico hubiese cambiado, no se sentía satisfecho aun después de haberse comido casi una decena de panecillos y varios vasos de yogurt. Cuando no quiso comer más salió de allí con la conciencia tranquila por haber dejado en el mostrador unas cuantas moneditas que tenía en su bolsillo, aunque estas escasamente habrían alcanzado para pagar unos tres panecillos.

Fue caminando por la calle, mirando las extrañas poses en las que algunos habían quedado al momento de ser congelados. Fue al cine, pero al entrar a la sala cayó en cuenta de que al estar todos inmóviles no había quién manejara el proyector y no pudo ver ninguna película. También fue a uno de esos extraños salones llenos de computadores que se autodenominaban “cafés”, aun cuando el único café en la sala era el del administrador. Sin embargo, las máquinas parecían haber quedado congeladas también, y por más botones que oprimía, nada variaba en las pantallas.

Salió de allí un poco decepcionado aunque aún tenía muchas ideas sobre lo que quería hacer. Iba caminando por una estrecha calle llena de vendedores ambulantes que por primera vez en su ajetreada vida habían parado el ritmo acelerado para quedarse más quietos que una pared. De pronto, observó de reojo una muñeca.

A pesar de que le gustaba jactarse de su rudeza, tenía también cierta sensibilidad hacia la belleza y definitivamente esa muñeca era la más bella que había visto. En un momento invadió su cabeza la imagen de aquella niña de la plaza que veía cada tarde y que volvía a ver cuando se iba a dormir, pues no había noche en que no soñara con ella. Aunque nunca le había dirigido la palabra, esa pequeña era la dueña y reina de su corazón.

Decidió que tenía que regalarle la muñeca a cualquier costo y aunque le habría gustado pagarla, no tenía más dinero. La tomó, pidiendo perdón al vendedor petrificado, y fue corriendo hacia la plaza, donde esperaba que estuviera su amada. La encontró al otro lado del monumento ecuestre, tan inmóvil como este, pero mil veces más bella. Se le acercó y puso la muñeca a sus pies. Tomó una de las flores del jardín y se sintió extasiado con su aroma. Miró los ojos azules de la niña y acarició sus mejillas. Después de esto no pudo resistirse más y la besó. Fue un beso largo, pero insípido, como besar una piedra, nada más distinto a lo que se había imaginado durante tanto tiempo.

Desilusionado y a punto de llorar se fue corriendo a casa de su tío, decidido a poner el péndulo de nuevo en el reloj y devolver así el paso del tiempo. Llegó a la casa y subió rápidamente las escaleras de piedra. Sacó el péndulo de su bolsillo y después de dudarlo un poco lo puso de nuevo en el reloj. Sintió el aire volver a moverse y volvió a escuchar los ronquidos de su tío que se mezclaban con el ruido de la radio mal sintonizada. Se sintió aliviado de que hubiera vuelto todo a la normalidad. Al parecer, también su metabolismo se había normalizado y los panecillos y yogures que había comido empezaron a hacer efecto. El péndulo se movió muchas veces durante el tiempo que estuvo en el baño. ■



Sueño causado por el vuelo de una abeja alrededor de una granada un segundo antes de despertar



NICOLÁS MARTÍNEZ BEJARANO
BOGOTÁ

Nací el 4 de agosto de 1996 en la ciudad de Bogotá. Soy el mayor de tres hermanos. Estudio Dibujo Artístico en la Academia de Artes Guerrero. Mis padres son Sonia Bejarano Alméciga y Carlos Alberto Martínez. Desde siempre he estado rodeado de música, sobre todo de *jazz*, *bossa nova* y clásica, y en mi apartamento los libros ruedan por el suelo y se suben sigilosamente a las paredes.

Escribo, escucho música, dibujo y veo cine. Entre mis escritores predilectos destaco a Ernest Hemingway, Adolfo Bioy Casares, Samuel Beckett, Marcel Proust y Julio Cortázar. Además de las anteriores pasiones también me mueve la filosofía, eje central de mis estudios.

Grado décimo, Colegio Interamericano, Bogotá, D. C.

Sueño causado por el vuelo de una abeja alrededor de una granada un segundo antes de despertar

NICOLÁS MARTÍNEZ BEJARANO

Me había quedado dormido en la hamaca mientras el sol se escondía. No había pasado mucho tiempo cuando, no sé por qué razón, me paré, pero en ese instante una abeja picó mi pie derecho, de inmediato la espanté y volví a la tranquilidad de mi hamaca mientras me volvía a dormir. Al despertar entré en casa y serví un poco de coñac. Todavía tenía sueño; a medida que iba tomando el licor miraba con desdén los conocidos cuadros que reposaban sobre la improvisada biblioteca. Cuando miré la réplica de un Renoir, descubrí que sobre uno de los paraguas descansaba un diminuto punto negro, al instante recordé el incidente de la abeja, pero al mirar mi pie y no ver nada extraño en él, llegué a la conclusión de que había sido un simple sueño y volví al coñac.

Era una noche hermosa, la luz de la luna, difuminada por las nubes, llegaba a las gotas que reposaban en las hojas; me asomé por la ventana para respirar ese aire húmedo que siempre tenían aquellos árboles y vi cómo algunos pájaros sobrevolaban el bosque. Me volví a integrar a la casa y, aburrido, volteeé la cabeza hacia los cuadros, esperando capturar a algún Van Gogh mirando la botella de coñac, o a alguna Mona Lisa organizándose el bigote, pero con decepción descubrí que todos seguían iguales, con sus miradas

perdidas en el infinito. Viré de nuevo la mirada a la ventana para ver los hermosos nevados que descansaban más allá del bosque.

Serví un poco más de coñac, y mientras lo hacía alcé la cabeza hacia los cuadros; quedé maravillado al ver que en uno de ellos Jesús trataba de quitarse el clavo de su mano derecha; lo miré por un tiempo, cuando él me vio quedó inmóvil con una expresión de terror en su rostro y volvió lentamente a su posición original; pero ya era demasiado tarde: ahora de todos los cuadros lo miraban con mal genio al pobre, quien se acomodaba apenado la corona de espinas. Las parejas de los bailes se soltaron y los caballos que relinchaban en el aire cayeron bruscamente; uno de los Van Gogh se tocó la oreja que en el cuadro siguiente perdería; el Platón y el Aristóteles de Rafael bajaron las manos de tan incómoda posición, mientras Sócrates esperaba paciente la cicuta. Ninguno de los presentes sabía qué hacer, unos se sacudían los vestidos y los que no tenían se tocaban el pelo, todos actuaban con timidez, y yo, invadido por la estupefacción, no había notado que había perdido ya media botella de coñac.

Sin más qué hacer, Jesús, que ahora estaba descansando, miró a todos, y sin pronunciar palabra alguna cargó su cruz en el hombro y empezó a andar despacio por un arenoso camino. Al poco tiempo apenas se alcanzaba a ver la vaga silueta de la cruz, los demás personajes tomaron ejemplo y se fueron yendo de uno en uno, agarrando todo lo que podían en sus brazos y desapareciendo por el camino o la puerta, o simplemente se iban por uno de los bordes del cuadro, y así todos, hasta dejar los paisajes que ahora estaban vacíos; y yo, con una inmensa tristeza, tocaba los lienzos que ya no representaban mucho.

Abrí los ojos perezosamente, un dolor punzante azotaba mi pie, y al verlo descubrí una roja roncha que había dejado la abeja. Miré

a mi alrededor y vi que todavía no había dejado el sol de escon-
derse. Me senté en la hamaca y recordé todo, corrí a la casa y abrí
rápido la puerta, todo estaba igual, y empecé a ver todos los cua-
dros detalladamente, todos estaban tal y como eran. Respiré alivia-
do y llené un vaso con coñac, volví la mirada a los cuadros para
asegurarme que siguieran allí, pero con horror vi que Jesús trataba
de quitarse el clavo de su mano derecha. ■





Mi ella, ella, mi antología preferida



MARÍA ALEJANDRA BARRERA BARRIOS BARRANCABERMEJA

Transformando sueños desde el 96. Escribir entonces es desafío cuando se retan los sentimientos... Esto pensaba mientras hacía que "ella" lo enamorara para darle el don de romperlo. Hablar de amor como si lo hubiera conocido se tornaba complicado, eso lo hizo más satisfactorio. Sin clichés ni princesas de largo cabello, sin

bodas imposibles y un sentimiento victorioso les presento mi cuento, ódienlo o disfrútenlo, pero síentánlo. María o Alejandra, somos la misma, igual nos enamoramos de las palabras y nos embriagamos de verbos, muy mía, muy nuestra...

Grado décimo, Colegio Antonio Nariño, Yopal, Casanare

Mi ella, ella, mi antología preferida

MARÍA ALEJANDRA BARRERA BARRIOS

Ella y yo éramos viernes por la noche, sabíamos a leche Klim con pasión. Ella me quería, pero yo la amaba...

Caminábamos por los parques cogidos de la mano, nos besábamos en la oscuridad, en las tiendas de esos tipos gordos que no quieren fiar. Ella odiaba la luz, los taxis; lo recuerdo bien. Luego nos sentábamos en una banca, una de esas infernalmente incómodas. Pero ella las amaba, nada qué hacer. Me contaba de sus perros, del café de la oficina, del champú de aloe vera que tenía que compartir con la vieja puchecona del 204, me hablaba de nuestro amor un, dos, tres, cuatro. Y yo no le ponía atención, lo confieso; pero me encantaba oírla hablar pendejadas. Oír su dulce voz diciendo: “Ponme atención, idiota”. Sonreía, cantábamos y tarará, nos dejábamos llevar por los olores de los carros, de la gente, de las fábricas, nos dejábamos llevar por el olor de una luz apagándose, de los semáforos, de la gente sin alma que va llegando a casa, nos dejábamos llevar por el olor estruendoso de nuestras vacías miradas. Nuestras almas se sumergían en el ruido de la ciudad y se iban de nuestros cuerpos, atravesaban las casas tristes con rejas marrones; y volvían, a veces volvían.

Nos burlábamos de la gente que se veía en el espejo, que comía obleas con más queso que arequipe y de las parejas que se llaman mucho por celular. Yo, mientras tanto, moría en sus ojos y renacía en su ronca risa burlona, surcaba en su pelo, me embriagaba de su olor y le decía:

—Te amo, cariño.

Y ella respondía:

—No te pongas *heavy*, sin enamorarnos, querido, sin enamorarnos.

Y yo pensaba, “¡carajo, soy el idiota más grande del mundo!”, pero le decía:

—Claro, preciosa —y asentaba mi afirmación moviendo la cabeza. Y ella me daba una nalgada y me decía:

—Pártete un brazo o camina por la sombra.

Y se iba, así, tan firme, tan serena, tan ella. Y yo pensaba, “¡maldición, ahora la amo más!”. Éramos infinitos como el espacio, como las horas, como el viento.

Desperté un viernes por la noche y ya no estaba. No estaba su risa, no estaban sus ojos saltones, sus blancos dientes, sus pequitas rosaditas regándose en toda mi cama. Tan solo me había dejado una carta en la nevera; definitivamente había sido ella, me reí y pensé que era otro de sus psicodélicos y excitantes juegos. Así que la abrí con la misma pasión con la cual imaginaba que ella la había escrito, entonces la rasgué con mis dientes llenos de adrenalina y ganas de esas con las que se da un primer beso. Pero no, no estaba jugando, se había largado y se había llevado mi sucia y enamorada alma. Por un momento entristecí, pero luego me di cuenta de que no era tan inteligente como yo pensaba. Me quitó lo menos importante, esa cosa no le servía para nada. Mejor se hubiera llevado el ron o mis manos.

La carta era explícita, era ella plasmada en sus letras y palabras con pésima ortografía, escritas con esa tinta negra de lapiceros baratos. Iniciaba con mi nombre en mayúscula y por un instante la vi en el centro de alguna plaza llena de gente gritándolo. Estaba hermosa, parecía una porcelanita y decía:

—Tururú, apúrate, vamos a ver qué dicen nuestros labios cuando se besan y qué piensan nuestras manos cuando se tocan.

Sus ojos brillantes, sus grandes labios, todo era tan suyo.

La carta terminaba también con mi nombre, esta vez junto al suyo, y recordé los sueños en la arena y todas las veces que escribí con tilín, tolón gotas de lluvia en el empañado espejo de mi cuarto “ella & él”. Indudablemente sabía cómo lastimarme. Manifestó haberse ido en un taxi, una soleada mañana. Pensé en cuál vestido estaría usando y qué brasier se había puesto.

Tenía claro que no podía hacer nada más que recordarla y besar la ausencia de su cuerpo en mi ducha, en los muebles de mi corazón, lo más difícil de amar una sombra es que jamás muere...

Desde entonces la recuerdo sin remordimientos, sin prejuicios, la recuerdo; y si algún día lees esto quiero que sepas que te recordé cada aleteo de libélula.

En su honor voy todos los viernes por la noche a fumar cerca a algún perro vagabundo de esos que le gustaba acariciar. Así conocí a Crack, un sarnoso con cara de caballo y de tía. Crack se sienta a mi lado y sus ojos, al igual que los míos, se pierden entre el humo gris que se azulea cada vez que de mi boca soplo el recuerdo de ella, otra sarnosa con los ojos perdidos.

Una de las tantas noches sin adiós, Crack me preguntó que si a mí también me había botado una perrita; de esas perritas bonitas que usan polvos. Y yo le dije que sí, que me había botado una

perrita al igual que a él. Pero mi perrita era cuento aparte. Y Crack abrió los ojos y me dijo:

—La noche es eterna, nárrate todo lo que quieras.

Yo apreté mi puño, cerré los ojos y le dije que era más bella que las palabras, que era como un suspiro, como el alba, como un ven mi vida hazme el amor, como mil pepitas de éxtasis, que era un cigarrillo el domingo por la tarde, era como mil flores de colores, como gritar mamá se acabó el papel, era como *you rock my world*, ella era como el sol. Que me quedaba corto contándole quién era. Por un momento sentí su olor y entre mi vaga mente apareció. Lúcida, con el esmalte a medio quitar y su largo cabello negro despeinado, en ese mismo momento quise tenerla conmigo para besarle todo su nombre, para hacerle el amor entre las nubes, para darle un besito entre sus ardientes y macabros ojos, para decirle suavcito:

—Preciosa, acompáñame a ser ave, a cantar toda la noche *so happy together*. Qué preocupante, eres un te amo mientras las velas se derriten.

Entonces, abrí los ojos y Crack se había largado al igual que ella.

Un día, dos, tres, no me importa. Perdí la noción del tiempo desde que ella no volvió a dejar sus zapatos rotos en la cocina y yo dejé de decir, “qué cosa contigo, ponlos en el armario”. Reconozco que me hace falta mucho tiempo para olvidarme de ella, pero así mismo me hace falta ella para olvidarme del tiempo, incluso... aún más.

Comencé hace poco a trabajar en uno de esos bares donde van mujerzuelas y camioneros. Canto tres o dos canciones, al fin y al cabo nadie se da cuenta nunca.

Ahora vivo con Crack, tomamos unas cuantas cervezas, nos emborrachamos con el letargo y nos disparamos en la mitad de los sesos con esas cosas que llaman “recuerdos”.

No la puedo olvidar a ella, a mi eterna ella, a su cabello lacio, creo que estoy comenzando a odiarla, la odio porque hace no sé cómo para que no pueda dejar de amarla.

Escribo canciones en las noches que es cuando el recuerdo de ella llega y danza con mi soledad. Escribo de esas canciones que nunca escucharán, de esas parará ella, mi eterna ella. Siempre viendo esas lucecitas que parpadean desde el cielo diciendo: “Ven acércate, respírame calentito”. Con los pies sobre el balcón, ahogándome del olor a maripositas de colores que solo me dejan sus larvas.

Pero hoy, precisamente hoy, todo fue distinto. Hoy sonó el timbre, abrí la puerta y dejé de ponerle punto final a mis canciones. ■





Mi nombre es Mark



PAMELA WILLIAMSON
MEDELLÍN

Nací, o al menos eso es lo que siempre me han dicho. Supongo que nació, puesto que estoy escribiendo esto. A eso de la una de la tarde, un 20 de junio, por obra y gracia de mis progenitores llegué a este mundo. Creo que desde el momento en el que aprendí a interpretar un puñado de rayas y círculos como palabras, mi vida puede contarse a través de los libros que he leído. ¿Qué más

puede interesaros saber sobre mí? No hay grandes historias o increíbles proezas. Una ligera obsesión por la ortografía, un amor desmesurado por los números y unas incontenibles ganas de cuestionarlo todo. Heme ahí, a grandes rasgos. *Memento mori.*

Grado noveno, Colegio de la Compañía de María, Medellín, Antioquia

Mi nombre es Mark

PAMELA WILLIAMSON

Sí, admito que estoy influenciado por un humor negro que dimana del anís, que mi coordinación no es buena, que el alcohol me inunda las venas y las lágrimas, la realidad.

Pero no veo por qué ha de reprochárseme que hable, si lúcido soy igual de masoquista que en sueños étlicos. Así que aquí, en la barra de este bar de una olvidada esquina, entre la desaprobación de todos —incluido quien habla— y el olor a puta barata con *whisky*, les relataré una historia —mi historia— que no vale la pena escuchar.

Mi nombre es Mark; así, a secas. Mark con k, Mark sin apellidos, sin tanto drama familiar, Mark sin determinantes, sin posiciones. Mark sin dolores. Pero en un pasado amargo, que aún saboreo, fui más que esta sombra de hombre borracho y solitario: estuve casi vivo, casi poseí una historia que merece ser contada.

Creo que el universo se rige por algo llamado ley de causalidad, si puedo contar todo esto, alguna vez nació. Pero llegar a este mundo es un verbo que no provoca. Padre decidió que era prudente dejar a Madre el mismísimo día en que mi existencia comenzó y Madre encontró que dejarme a vivir con mi abuelo y entregarse a la demencia era una solución adecuada. No la juzgo, a él tampoco; amé a mi abuelo con frenética devoción. Era un hombre taciturno,

brillante, que prefería el trato con sus libros que con otros seres humanos.

No me quejo de mi infancia, sería injusto decir que alguna vez pasé hambre o frío. Podrían pensar que sufrí de una gran carencia afectiva, mas se equivocan. El viejo no era un hombre malo y aunque pienso que era incapaz de amar, siempre trató de hacer las cosas bien; contrató a un tutor para que me enseñara Matemáticas y a leer. Cuando sintió que ya había aprendido lo necesario, lo despachó poniendo a mi disposición su interminable colección de libros.

Para decepción de mi abuelo, no hallé en las letras el mismo regocijo que él y con el paso de los años, tampoco logré conformarme con la casa que el vacío siempre habitó. Mi naturaleza me impedía sentirme en paz conmigo mismo mientras me mantuviera en aquel lugar y, he de admitirlo, mi mayor pecado siempre ha sido no luchar en contra de mi vil naturaleza humana.

Escapé. No recuerdo cuántos años tenía debido a que nunca compartí esa fútil manía de la humanidad por contar el tiempo que transcurre (como tampoco la de darle nombre y dueño a todo lo que exista), como si alguno de nosotros entendiera verdaderamente lo que es el tiempo. A mi huída proceden lagunas, vanos en mi memoria; un trabajo en un taller, viajes de opio, bailar con mi soledad y mi sombra, vagar por las calles y largos insomnios. No tenía nada que me perteneciera y pertenecía únicamente a ese (des)afortunado grupo de los que no pertenecen a ningún lugar; a pesar de esto no llegué a padecer grandes necesidades: trabajaba aquí y allá para comer y pagar algún hotelucho de mala muerte.

Entre mis ires y venires y mi no querer quedarme, pasé muchas noches envuelto en sábanas desconocidas. Nunca encontré en ninguna mujer una buena razón para querer cambiar mis hábitos y tampoco creo que ellas esperaran más de mí, pero antes de tacharme de machito cabrón debo aclarar que en ningún ser humano

(hombre o mujer) hallé tales razones. Como amigos me bastaron siempre mi soledad, una botella y la incertidumbre del mañana, el no saber dónde despertaré o si tan siquiera lo haré. Los años pasaron, todos riendo y sin tocarme, todos permitiéndome recorrer este mundo a sus anchas y yo simplemente los dejé transitarme, rozarme sin hacerme daño, sonriéndoles. Mencioné que mi gran pecado ha sido siempre no luchar en contra de mi naturaleza, naturaleza que en ese entonces me pedía a gritos silencio. Como si los ecos de mis aullidos hubiesen llegado a los oídos de algún ser en el que no creo, recibí una carta diciendo que mi abuelo había muerto y yo había heredado sus posesiones y su fortuna. Me sentí triste por el viejo y aterrorizado ante la posibilidad de volver a la casa de mi infancia. La vendí y compré un apartamento en un callejón descualquierado y me abstraje en mí mismo. Desarrollé cierta aversión hacia la luz y el ruido y felizmente me privé de todo contacto con el universo que no fuera absolutamente necesario. Ya no había para mí días o noches, todo daba igual, todo eran grises y penumbras, nada de auroras o crepúsculos.

El aislamiento me carcomía las entrañas, me quemaba de adentro hacia fuera volviéndome retazos de un ser humano, convirtiéndome en la temida bestia que siempre anhelé. Y yo gozaba de este amado dolor como nunca antes. Solía pasar días si no semanas enteras mofándome del resto del mundo, de su pobre ignorancia y de sus vanas esperanzas; no mucho me tomaba mirar hacia adentro y ver que yo era también una persona, ignorante, con superfluos deseos y ridículas esperanzas: entonces reía, carcajadas delirantes me recorrían el cuerpo, me sacudían a su voluntad —reía de la ironía del mundo, de mi patética existencia—, volvía de mi éxtasis y caía en un profundo pozo de inconformidades y lloraba amargamente para luego reír de nuevo.

Creo que hubiera podido morir sin salir de este círculo, era cómodo, sencillo; temo que las circunstancias no me lo permitieron, aún mejor, mi abuelo no me lo permitió.

Al principio solo lo veía esporádicamente, en el apogeo de mis desvaríos. Pero cada vez se hizo más frecuente y terminó por transformarse en mi sombra. Hiciera lo que hiciera o a donde fuera, mi abuelo me seguía. Podía verlo sentado en la mesa del comedor o en la cabecera de mi cama, siempre escuchando, siempre mirándome con ojos sin pupilas, ojos color cal. No hablaba, sin embargo, sé que me llamaba. Yo no pertenecía aquí, yo debía seguirlo, dar un salto de fe, sin pensarlo: regresar a mi verdadero lugar.

Mentiría al decir que me sorprendía, pues una parte de mí siempre estuvo al corriente de que no estaba donde debía y de que algún día regresaría al silencio y a la helada noche. La imagen de mi abuelo se volvía insoportable y las ganas de responder a su tentadora invitación, incontenibles. Decidí seguirlo.

—¿Y qué hiciste entonces?

Me sobresalté al oír una voz a mi lado, más irónica que realmente interesada en la respuesta, casi había olvidado en dónde estaba.

—Después bajé las escaleras y entré en el primer bar que se cruzó en mi camino —respondí—, no podría soportar dar media vuelta y regresar a mi encierro; pero menos podría quedarme aquí sentado y escuchar tantas voces que se creen dueñas de todo, tantas luces que ocultan lo que deben iluminar, tanto mundo y tanta... vida; no pertenezco y nunca lo haré.

Ella sonrió, burlándose de mí. Reí con ella.

Pude ver su cara de terror y antes de comprender del todo qué estaba sucediendo, saqué mecánicamente algo del bolsillo interior de mi chaqueta, mi dedo jaló el gatillo, sin que yo se lo ordenara y sin que yo se lo impidiera; ella gritó. No sentí, la bala me atravesó. No hubo luz ni túnel. Nadie vino a buscarme.

Solo paz, paz y, por fin, silencio. ■



Monólogo de Paula, la mujer que me persigue



FELIPE BERNAL CASTILLA
BOGOTÁ

Nací el 1.º de noviembre de 1994. La pasión nos hace excepcionales en nuestro desempeño, siempre lo he creído, es por esto que sé que lo que me falta de talento lo tengo de pasión. Me encanta escuchar buenas historias y me gusta que los relatos sean originales e inteligentes, que sean sinceros y que involucren al lector. “Monólogo de Paula” retoma estos elementos retando a la audiencia a comprender los mensajes que

dejé, e incluso los que nunca puse; abre un cajón, nunca antes visto, que está dispuesto a llenarse con los secretos de cada lector, dibujando aquel refugio al que llamamos literatura. Descubro que hace unos años quería resumir esa pasión a través de la escritura, y hoy me encuentro agradeciéndole a Dios por todos sus frutos.

**Grado noveno, Gimnasio
Vermont, Bogotá, D. C.**

Monólogo de Paula, la mujer que me persigue

FELIPE BERNAL CASTILLA

El rosa pastel es un color melancólico, juzgado por ser débil y triste, aunque presente en las flores, excluido por ser el fantasma del rosa, su hermano ejemplar, catalogado como envidioso, estigmatizado como falso, definido por carecer de pasión y ser opacado por todos los demás, es aquel color que nunca encontró su identidad, porque no era ni rojo, ni blanco, aquel que describe mi ser. “A veces era una, a veces era otra, ahora soy yo”.

En este momento estoy en mi cuarto, acabo de encontrar mi diario rosa pastel cuyo aroma recapitula situaciones del pasado. Recuerdo a Paula y recuerdo a Lucía, un par de mujeres débiles, nostálgicas y bellas; una tarde dividieron su corazón y se convirtieron en dos o en tres. Paula es aquella mujer que está tras de mí, me busca, me oprime, me rastrea y no me deja en paz. Concibo a Paula como la sombra que saluda en la mañana, se despide en la noche y luego se acerca cariñosamente a atormentarme, susurrándome cruelmente al oído. Aquella mujer nació en el otoño de 1942. Empiezo a leer mi diario y dice:

Otoño de 1942, agosto 12, 3:00 a. m.

Es de noche, mi cuarto está cerrado con llave, sin embargo, una mujer acaba de entrar, me está diciendo al oído:

—Querida, gracias por matar a tu hermana, ahora tienes un obstáculo menos para ser la mejor. Por fin eres hija única y puedes sobresalir cuanto quieras, siempre tendrás la atención de todos.

Me dice que se llama Paula, y que prolongará mi sufrimiento un día más. Estoy empezando a llorar, pues aquella mujer me produce mucho miedo. Se está retirando, espero que no vuelva.

De repente, cerré el diario, pues el temor me consumía, había recordado el día en que mi hermana murió. Paula siempre me culpó por eso, ella nunca me perdonó, a diferencia de Lucía, quien desde la trágica muerte de mi hermana prefirió acompañarme y consolarme. Entonces busqué aquella fecha y leí:

Otoño de 1942, agosto 11, 12:00 p.m.

Mi hermana acaba de morir, estoy en mi cuarto, no puedo dormir. Acaba de llegar una mujer que se llama Lucía, que me dice:

—No debes escuchar lo que Paula te dirá, no quiero que enloquezcas esta noche. Paula se acerca a mi oído y me está diciendo en voz baja:

—No dejes de escucharme, tú sabes muy bien lo que acaba de pasar, tu hermana se acaba de quitar la vida a raíz de tu envidia.

Me estoy desesperando, siento que voy a gritar. De repente, hay un silencio, me equivoqué, ya no hay silencio.

—¡Qué perversa eres Paula! —grita Lucía con autoridad, y prosigue—, no te atrevas a culparla, que hasta tú intentaste evitar esa muerte. Tú no estás fuera de este suceso, recuerda que compartimos la misma sangre, y de haber culpa, la compartimos también.

Al fin se callaron, estoy escuchando mi respiración, me siento exhausta.

Mi hermana Verónica poseía múltiples talentos, cantaba, pintaba y tocaba bellamente su violín rojo. Por esta razón mis padres fijaron su atención más en ella que en mí; yo, por mi parte, intenté reprimir mi envidia, pues ella en ningún momento fue ostentosa o presumida. Me amaba tanto como yo a ella, me leía cuentos por las noches y me hablaba al oído dulcemente.

Hoy, 11 de agosto de 1942, mis padres me pidieron que la acompañara al parque, teníamos siete y nueve años, yo era la mayor. Esta vez ella sacó su violín rojo y empezó a tocar con tal majestuosidad que todos allí empezaron a admirar su destreza, pero entonces los celos me consumieron y le pedí cruelmente que se callara, Verónica entristeció su sonrisa y apagó su mirada, luego me miró con amor y se despidió. De pronto, se retiró y corrió al otro lado de la calle sin llegar esta vez a la acera de enfrente, en su lugar, prefirió quedarse en la mitad, donde los carros amenazaban. Le rogué que se devolviera.

—Verónica vuelve, es peligroso.

Pero Verónica no respondía.

—¡Verónica! —empecé a gritar.

Verónica alistó su violín.

—¡Verónica! —comencé a llorar.

Verónica respiró hondo.

—¡Vuelve acá! —le imploré.

Cerró los ojos mientras un hilillo de agua salada recorría fielmente su mejilla. La llamé una vez más, pues el desespero me carcomía, rea de la impotencia, pero la barrera

de carros que aún perdonaba la vida de Verónica no me permitía pasar a salvarla. Entonces, ella contestó:

—Las hermanas se adoran, yo te adoro, y no soy capaz de seguir siendo tu competencia. Te amo mucho más que eso, no voy a opacarte ante nadie, las hermanas no hacen eso, espero que lo entiendas, siempre recuerda que es un asunto de amor.

Se quedó parada en la mitad de la vía, sus manos empezaron a tocar con más vigor y melancolía que nunca, su violín sonaba cada vez más fuerte. De repente, la muerte se la llevó, se silenció el lugar y mi alma también. Esos luceros a los que llamaba ojos se apagaron, nunca volví a escuchar sus cuentos, sus susurros o siquiera sentir su dulce y tierna caricia, tan solo me quedó la macabra zozobra que me visita todos los días. Verónica se quitó la vida por amor a mí, prefirió buscar valentía y coraje en la melodía de su violín, dejándose atropellar en medio de la calle, a verme sufrir debido a ella.

Acabo de cerrar el diario, Paula y Lucía se encuentran a mi lado, Paula me está apuntando con un arma, no nos quiere soportar más. Estoy bajo mucha presión emocional, aún sufro por mi bella hermanita. De repente, reacciono y me doy cuenta de que van a asesinarme en mi propia casa, donde deberían cumplirse mis reglas y no las de otra. Leo la contraportada del diario: escrito por Paula Lucía. Entonces evoco quién soy, mi nombre es Paula Lucía, tengo sesenta y ocho años, soy bipolar y, al parecer, tengo un trauma; en las noches hablo sola y hoy casi me suicido cuando Paula me apuntó con su arma, porque era yo quien la sostenía. Es ahora que entiendo que aquel color rosa pastel, aquella Paula y aquella Lucía guardan su identidad en mí. Jamás seré moldeada de nuevo

por Paula o por Lucía, porque soy las dos. Ya no seré más ese color pálido que dejó su pasión a un lado para vivir en la depresión. No voy a ser aquel tinte que nunca encontró su identidad, porque no era ni rojo, ni blanco. Si Verónica me llamó Paula Lucía alguna vez, lo hizo para enlucir quién era en realidad y esclarecer con determinación a aquella mujer cuya esencia no perfilaba un color definido, ese pigmento que permití que me describiese década tras década. Lo hizo para decirme que yo era la chica por la cual valdría la pena morir, a la que, por amor, no le quiso hacer competencia, aquella que desligué de su identidad y dividí en dos: Paula, la culpa y Lucía, el consuelo.

Así pues, esa chica que enjaulé, relegada por años al olvido, enmudecida en un oscuro y desolado rincón, está aquí, ahora sin culpa y sin consuelo, pues no la tiene y no lo necesita. Por ello, y por todo lo anterior, declaro mi monólogo como su manifiesto, el cual lleva impreso como lema: “A veces era una, a veces era otra, ahora soy yo”. ■





KR 75 MS
CL 85 DIS SUR

Yo y mi juego con Dios



ALEJANDRO TABARES ARANGO BELLO

Después de nacer, me dediqué a imaginar. No he discutido el hecho de la inutilidad continua de mi *hobby*, me gustaría ser profesional en eso, entonces diría que tengo una profesión que me gusta. Cuando se imagina demasiado —aunque lo que se imagine sea inútil— se tiene un terrible deseo de expresar las conclusiones de tus fantasías, así que empecé a escribir. Cuando me aburro de escribir, me siento a tocar el piano. Me gusta tocar *jazz*. Entre escribir y tocar el piano se hallan

mis mejores formas de pasar el tiempo, sin embargo, hago otras como estar en las redes sociales, ver series de TV, leer y estudiar Física. Pero pasemos a detalles menos importantes: nací un 12 de diciembre, año 1994, después de un incendio en mi solar; me llamo Alejandro, vivo en Medellín, y ya no hay mucho más qué decir.

**Grado undécimo, Colegio
Parroquial Jesús de la Buena
Esperanza, Bello, Antioquia**

Yo y mi juego con Dios

ALEJANDRO TABARES ARANGO

Apresado entre la profunda incertidumbre del universo, sobrellevando nimiedades, necesidades, obsesiones que no me pertenecen, ignorando los conocimientos que debería tener, despierto aquí, en un lugar donde hacen prisioneros a los pensadores de mente fértil y carceleros a las masas de mente castrada: en el colegio, más explícitamente presa de las nociones matemáticas que alguna vez fueron tratadas como divinas, ahora lastimosamente dictadas, forzadas y pocas veces enseñadas por un profesor cuyo nombre no quiero quedarme.

Digo despierto porque al perder una buena parte de mi vida discutiendo sobre la hostilidad del creador para con sus creaciones, descubro que aún queda otra pregunta por responder, todavía más profunda que cualquiera que se haya podido formular anteriormente: ¿para qué ha creado Dios el mundo?

En aquel momento, sin dejarme vencer por los suspiros, con un poco de afán, desconociendo si en la historia se asomaron valerosos hombres con la misma pregunta y sin la posibilidad de desacertar, le doy una repuesta: Dios ha creado un mundo para poder jugar con él... un juego parecido a las escondidas. ¡Claro! Dios crea una necesidad dentro del humano asegurándose de que el sentido de su existencia sea encontrarlo a él; se muestra indi-

ferente al ayudar a reparar los desastres causados por el hombre, solo para acrecentar el deseo de este último, una idea brillante para lidiar con el ocio de la eternidad.

Mi ansiedad me exige el momento y el lugar donde debo empezar el juego: aquí y ahora. Escribo este relato para llevar un control del juego, no obstante, solo trazaré los procedimientos claves para el futuro. Cuento con dieciséis años, mis contemporáneos me llaman Alejandro.

Para el inicio del juego empiezo por descartar dos “riesgos” que me parecen estimables: el primero es la posibilidad de que Dios esté dentro de mi corazón. ¿Por qué? Porque si estuviera tendría que sentirlo dentro de mí, lo que no ocurre en este momento, ¡Él no está dentro de mí!; el segundo tiene que ver con mi entorno social, es la probabilidad de que algún ser inanimado o con poco nivel sensitivo (me refiero a todo ser vivo fuera de los animales y de los humanos) pueda ser el escondite de Dios. ¿Por qué? No debería olvidarme de que él participa en el juego, a mi sentencia no disfrutaría el juego impedido de sentir la incertidumbre humana sobre él. Aclaro que no soy totalmente objetivo, descarto las dos contingencias más por opinión que por fría lógica.

A continuación elijo el escondite: escojo una muestra pequeña, hago un delicado proceso de selección dentro de mi salón de clase. Miro el reloj, han pasado treinta minutos desde que empecé este juego, tengo otros diez de clase hasta salir a receso, tengo que ser ágil. Algo desesperado y pretencioso, dirijo mis ojos a mi compañera de al lado, sus cercanos la llaman Daniela, a pesar de su nombre común, es la única que reúne las características de un Dios: perfección física, personalidad persuasiva y desafiante, simultáneamente cuenta con una extensa agilidad mental y un muy envidiable raciocinio. ¿Cuál más podría ser el escondite de Dios sino una descarada personificación de la exquisitez en la raza humana?

Sin más preámbulos, ella es Dios. Suena la campana del receso.

Al dirigirme a ella siento cómo el ambiente se transforma, un poco más feliz, un poco más consolador, deduzco que es por su condición de Dios. A juzgar por la expresión de su cara, parece atónita, al parecer le ha extrañado mi cercanía, nueva entre nosotros dos, me oigo devolver su saludo con una dulce respuesta, adecuada para empezar un juego que me llevaría toda la vida, a ello le sigue una activa conversación. Tal vez se haya dignado a tratarme como un jugador...

Ha pasado el tiempo, mi relación con Daniela se ha vuelto más fuerte, ya con cuatro meses de amistad, mis hormonas empiezan a confundir la atracción por la mujer y por la divinidad, me permito decir que los rumores han empezado a correr alrededor de nosotros dos, Dios muestra su sonrisa al oírlos, parece satisfecho. Intenta presionarme, quiere conocer todo acerca de mí, permanece cerca todo el receso y me pide ayuda en la clase; gracias a ello deduzco que me he convertido en una fachada, con un único objetivo: aparentar ante los otros jugadores para hacer su juego más emocionante. Aún me inquieta pensar si todavía soy un “jugador” para él.

Rosas, chocolates, protocolo similar al del noviazgo han aparecido, se anuncia el final del colegio. Fingimos ser novios desde los rumores, hace cinco meses. El noviazgo no ha sido del otro mundo: un beso ocasional frente a los demás, cogidos de la mano paseando por un parque en el que no encuentro nada interesante qué mirar; este manifiesto no es mi estilo; cuando acabe este juego y me enamore de otra dama, definitivamente no sostendré un amor concibiendo tan ridículas actividades.

A veces pienso que es humana, sobre todo cuando la veo acostada encima de mí, sonriendo, como si yo fuera el único importante en su vida, como si desnudara su alma ante mí; en esos momentos, doy por sentado que me he equivocado con la elección

del escondite de Dios... enseguida río desaforadamente, caigo en cuenta de que además de ser un maestro en el arte de la actuación, trata de confundirme. Es temprano para rendirme.

El Todopoderoso nunca pretendió disuadir al tiempo: hemos llegado al último día de colegio.

Sin demora aparece una carta dentro de mi cuaderno de Física, fijando un sitio y una hora sin razón aparente, dentro de un sobre rosado y debajo de una capa de perfume de mujer; el lugar es claro, la biblioteca, al igual que la hora, 10:30 a. m. Más por aprensión a la información clasificada que por la citación en sí misma, me encuentro en el lugar con tres minutos de sobra en los que la veo llegar con su sonrisa centelleante, sin ocultar sus intenciones. Se aproxima cada vez más, surge una idea nueva: si yo le dijera la verdad, todo esto podría terminar, en mi opinión es la mejor idea que se me puede haber ocurrido; se aproxima, se hace un infierno dentro de mí, demasiado caos para mi gusto. Actuando muy precipitadamente para solucionar la situación, me apresuro a decir mis pensamientos, todos y cada uno de ellos sobre Dios... absolutamente todos. Pasaron segundos, ella sonrió y se apresuró a caer en mis brazos, seguidamente ocurren, sin dejar caer su radiante sonrisa, sus intenciones más profundas...

Pasó algún tiempo después de que el delirio y el placer acabaran, mirando a la ventana me encontraba yo, a mi lado, la dama en cuestión. Ya tenía su respuesta.

Dios hizo un mundo completo para lidiar con el ocio de la eternidad, comparado con la dama que tengo a mi lado, Dios no hubiera disfrutado tanto el placer carnal, imposible de fingir, fui uno con Dios y no sentí nada impactante...

Con la excusa apropiada, desprecio a la dama que está a mi lado, todo su fulgor ha desaparecido, salgo del colegio esperando entusiasmado el nuevo escondite de Dios. ■



Marioneta



JUAN DAVID CAICEDO OSPINA BOGOTÁ

Nací en la capital, pero he vivido en Chía desde que tengo memoria. Desarrollé un gusto por lo fantástico y lo dramático a medida que comencé a escribir y, con el paso del tiempo, en cada uno de mis escritos he sentido la obligación de crear una atmósfera dramática con hechos al margen de lo natural, llena de hechos inesperados. Pienso que ese es el ingrediente secreto de un buen escrito, además de que ayuda

a crear en el lector un signo de interrogación en su cabeza a medida que va leyendo el cuento, lo que hace que quiera entrar más y más en la historia y no dejarla de leer.

Grado undécimo, Institución Educativa Departamental Diversificado, Chía, Cundinamarca

Marioneta

JUAN DAVID CAICEDO OSPINA

Parecía vivir prisionero en su propia mente, despojado de la capacidad de expresar sus emociones. Su cuerpo, una celda sin ventanas, impedía el acceso de una mínima cantidad de luz que iluminara de vez en cuando su corazón, para algún día bombear sangre humana en lugar de pensamientos vagos e ideas sin sentido. El invierno de esos días, para él, era igual que el verano o la primavera; no sentía frío ni calor, alegría ni tristeza. Sus lágrimas eran insípidas, ni dulces ni saladas.

En sus doce años de vida no había pintado en su rostro emoción alguna. Una bola de nieve, una ceniza o una hoja caída en otoño, a sus ojos, a su tacto, a su sentir, eran lo mismo. 4 380 días, 624 semanas, 360 meses, doce años de frialdad y dureza habían sido suficiente tiempo para que Margaret se adaptara a una vida con un hijo sin cualidades ni defectos. Una piedra de cabello castaño, ojos cafés y piel blanca y fría.

Mario parecía tener problemas mentales, pero su dureza espiritual simplemente era una característica neutra de su insípida personalidad.

Comienza otra mañana de invierno en la ciudad de Getsuga. El gran teatro ha reabierto después de treinta años de estar cerrado

por inconvenientes de fuerza mayor. Una nueva obra se iba a presentar durante esa semana, y de Margaret surgió la idea espontánea de llevar a Mario, con la esperanza de despertar en él una muestra de cualquier emoción en su joven, pero apagado rostro.

—Hijo —dice Margaret al oído de Mario, suavemente para despertarlo con delicadeza—, ¿qué te parece si vamos a ver la obra que presentarán esta tarde en el viejo teatro?

—¿Por qué ir? —responde Mario con otra pregunta.

—Solo vamos, hijo —responde Margaret.

—Da igual.

Llegó la hora de la obra y Margaret había apartado los mejores puestos. Emocionada, esperaba a que comenzara, Mario miraba al teatrino concentrado. Por primera vez parecía estar interesado en algo. Esa indiferencia que mostraba normalmente pareció suspenderse en ese instante. La obra, llamada *Hilos, cámara, acción*, comenzó. El joven prestó atención a los actores, quienes artísticamente y de la manera más asombrosa y profesional manejaban a otros grandes humanos de madera y trapo, prendidos de hilos, que se movían al ritmo de vibrantes cuerdas y flautas medievales.

Música, extrovertidos movimientos, muñecos hablando, expresando emociones en un mundo en el que la fantasía se mezclaba con la realidad. ¡Era maravilloso! Todos aplaudían sin cansarse, especialmente Mario, quien quedó encantado al ver tan maravillosa actuación. Su madre, sorprendida, dio un giro de ciento ochenta grados a su mundo, al aparecer por primera vez una sonrisa provenía de Mario.

Margaret no hacía más que prestarle atención, asentir con la cabeza y sonreír mientras Mario describía lo que sintió al ver la presentación. Al salir de la función, a dos cuerdas del teatro, encontraron una tienda de títeres y juguetes. Curiosamente, en la

ventana había una marioneta, la última que quedaba. El pequeño no tardó en pedir a su madre, con los ojos iluminados, que se la comprara, y como era de esperarse, ella le dio gusto a su hijo, encantada de ver surgir finalmente en él una emoción.

No dejaba de jugar con la marioneta, cada vez la manejaba mejor, inspirado en la obra que presenció. Hacía voces, caminaba con ella de aquí para allá y de allá para acá. Todos los días la utilizaba, incluso para hablarle a su madre.

El viernes, al salir de la escuela, se desvió del camino de su casa para ir al viejo teatro. Entró con su marioneta en la mano. El vigilante, un viejo con voz desgastada y rostro pálido y arrugado, lo dejó entrar con la condición de que tuviera en cuenta una advertencia:

—Puedes visitar todas las secciones del teatro. Tan solo procura no entrar por la vieja puerta que está detrás del telón.

—¿Por qué no? —preguntó el niño con curiosidad.

—¡Solo obedece! Sigue antes de que me arrepienta de dejarte entrar —lo interrumpió el anciano levantando la voz.

Mario entró por el pasillo entre confundido y ansioso. Subió corriendo al escenario y, feliz, comenzó a actuar para sí mismo, jugando e imaginando.

—¡Damaas y caballeroos! ¡He aquí al mejor marionetista del mundo! ¡Mario y su marioneta! —gritaba entusiasmado, mientras se reía por el curioso juego de palabras que existía entre el muñeco y su nombre.

El escenario era solo para él. Hacía bailar y caminar al muñeco con gran destreza, mientras se acercaba disimuladamente cada vez más a la puerta mencionada por el extraño vigilante.

—¿Qué dices, marioneta? ¿Quieres entrar por la puerta escondida? ¿Sí? —jugaba el niño—. Está bien. Entremos. Pero que

quede claro que fuiste tú quien quiso desobedecer al viejo de la entrada —se reía, mientras entre cobarde y risueño abría la puerta rechinante y llena de polvo.

Miles de marionetas parecidas a la de Mario se encontraban en estantes ordenados. No sabía si era bueno o malo. Cayó en cuenta de que fueron las mismas marionetas utilizadas en la obra de hace algunas noches. No había gran misterio en aquella bodega. Solamente un montón de muñecos amarrados a sus extremidades con hilos y palos de madera. Mario no hallaba la razón por la cual el anciano de la entrada le prohibió ingresar.

Enloqueció. Tantas marionetas para él solo, eran suficiente razón para querer quedarse allí por siempre.

—¡Niño! —gritó el vigilante, luego de haber sorprendido a Mario en la bodega—. ¡Te dije que no entraras allí!

Mario sintió que una corriente brusca atravesó su cuerpo al ser sorprendido por el anciano.

—¡Sal de ahí de inmediato! —gritaba el vigilante desesperado mientras corría hacia la puerta.

El testarudo muchacho, entre tanto, la cerraba nervioso.

—¡Niño! ¡No cierres la...!

El niño continuó empujando la puerta. Estaba asustado y no quería meterse en problemas con el viejo de la entrada.

—¡No vayas a jugar con ninguna de las...!

Tira la puerta invadido por la desesperación, el miedo y la confusión.

Curioso, como todo niño. He ahí una cualidad más de Mario. ¿O un defecto? Luego de respirar profundamente durante algunos segundos, fue vencido por las ganas de jugar con cada marioneta. Una por una. Ya hastiado de hilos y trapos, dio media vuelta, caminó hacia la puerta y la abrió.

El picaporte estaba en su mano, y en lugar de un telón y un escenario había una pared. No había camino, la salida había desaparecido como por arte de magia, ya era tarde y el pavor corrió por las venas del joven Mario. Su corazón comenzó a bombear sangre humana por primera vez, producto del pánico.

Cerró sus ojos.

Los ladrillos fueron derrumbados treinta años después para presentar una nueva obra en la ciudad.

Margaret, a sus sesenta años, ya había superado la misteriosa desaparición de su hijo. Para recordarlo, quiso ir a ver la obra que iban a presentar esa tarde. Las luces se apagaron. Comenzó el gran espectáculo. Un hombre sale, manejando artísticamente una marioneta de cabello castaño, ojos cafés y piel blanca.

—¡Mario! —gritó Margaret, segundos antes de que su corazón se detuviera al ver a su hijo hecho una marioneta. ■





El anochecer de la soledad



NICOLÁS MAURICIO RESTREPO CAICEDO
PASTO

Nací en San Juan de Pasto un 13 de agosto de 1996. Desde pequeño le tomé amor a la literatura. Cuando escribo suelo enfocarme en diversos mundos mágicos, fantásticos, irracionales y en ciertas ocasiones sin sentido. Actualmente estoy escribiendo un libro sobre batallas del medioevo. En muchos casos me baso en realidades cotidianas

que me parecen dignas de ser transformadas en literatura. Quien lee mi cuento queda transportado al mundo de la soledad. Esta narración fue producto de ciertos sentimientos que se desencadenaron en la antigua casa en la que viví.

**Grado octavo, Colegio
San Francisco Javier, Pasto,
Nariño**

El anochecer de la soledad

NICOLÁS MAURICIO RESTREPO CAICEDO

Desperté, no estaba consciente del día ni de la hora, no sabía cuánto tiempo había dormido, solo sabía que estaba en mi casa, en mi cuarto, la luz era tenue y anaranjada como el atardecer. Estaba seguro de que no estaba solo, alcanzaba a divisar la luz del comedor, sentía un ruido de platos y pequeñas murmuraciones, sin embargo, no veía a nadie caminar en el corredor.

Creía que lo más adecuado sería investigar, encontrar respuestas a mis preguntas, quería averiguar si eran mis familiares los que estaban en el comedor, necesitaba saber lo último que había ocurrido conmigo, cuánto había dormido, qué fecha y qué hora eran. Así que me levanté, no sentía mis piernas, pero tenía control sobre ellas, mi cuerpo estaba lleno de incertidumbre, logré caminar torpemente y con cierta dificultad. Avancé lentamente por el corredor, aún no veía a nadie, comenzaba a oscurecer, estaba a pocos pasos de llegar al comedor, los murmullos se hacían más fuertes.

No había nadie, solo un viejo radio encendido, pero logré divisar por la pequeña ventanilla oscura sombras humanas que se movían en la cocina, de un lado a otro, de forma inquietante. Me dirigí hacia allá, nuevamente avancé por el corredor y por fin llegué, la luz estaba encendida, cuando entré no supe cómo reaccionar ante la sorpresa.

Tampoco había nadie, no pude entender qué eran las sombras, tal vez producto de mi imaginación; apagué la luz, regrese al comedor, apagué el viejo radio, lo más adecuado sería volver a mi habitación. Pellizqué mi brazo varias veces para cerciorarme de que no estaba soñando, me recosté en mi cama con gran dificultad, me relajé, detallé varias veces mi habitación para estar seguro de encontrarme realmente en este lugar; todo estaba muy oscuro, el atardecer había acabado. No supe qué pensar cuando escuché de nuevo los murmullos y percibí las luces del comedor y de la cocina encendidas.

Me levanté otra vez y corrí desconcertado por el corredor; en efecto, las luces estaban encendidas y el radio funcionando, creí que la solución a este pánico sería volver a apagar todo, y así lo hice; cometí un error, ahora la oscuridad era máxima, estaba solo en un corredor oscuro, ya no encontraba mi habitación, lo único que me acompañaba era el viejo radio que volvió a encenderse en la penumbra, cerré mis ojos por un momento, solo quería volver a ver a mi familia, abrí los ojos y de nuevo estaba en mi habitación con el extraño atardecer, los murmullos y las luces en el comedor y la cocina. Esta vez seguí durmiendo para acallar mi soledad. ■



Visita inesperada



TANIA ALEJANDRA PARRA SUÁREZ SAN JOSÉ DEL FRAGUA

Me gusta el arte, oír música, leer y me apasiona la escritura. Nací en San José del Fragua, Caquetá, en 1996. Escribí mi cuento inspirada en la violencia, ya que el ambiente en el que vivía dio lugar a la escritura de todo lo que sucedía y a darle vida a todas estas situaciones. Este gran logro es el comienzo de un largo trabajo que me espera: continuar escribiendo y llevar a cabo todos mis sueños, entre ellos el de ser una gran comunicadora social. Después de haber estado en un ambiente lleno de problemas

como los que padece todo el pueblo colombiano, hoy me gusta compartir en un entorno que llene de ideas mi mente y de inspiraciones mi vida para seguir con esta fusión de letras, con efectos de palabras. Agradezco a mi colegio y a mi profesora de Castellano, Sandra Patricia Palomino, quien me animó a escribir.

**Grado décimo, Institución
Educativa Don Quijote,
Morelia, Caquetá**

Visita inesperada

TANIA ALEJANDRA PARRA SUÁREZ

Era un lunes, un día callado, sin música ni escándalos, contrario a lo que solían ser los sábados y domingos, que son días de mercado y de borracheras en un pequeño caserío ubicado en medio de la selva que exhala aire puro y que permite deleitarse de cerca con la flora y la fauna de nuestra bella región.

Era un lunes de clase, yo cursaba quinto grado y el profesor nos había dejado salir al mesón a terminar el trabajo de Matemáticas. El reloj apenas marcaba las nueve de la mañana cuando, de repente, escuchamos un portazo tremendo a la entrada de la escuela que retumbó por todas sus instalaciones. Los profesores y estudiantes que estaban en los salones se asomaron y, como si hubieran visto un espanto, volvieron a entrar rápidamente, pero nosotros, que estábamos fuera del aula, no tuvimos otra opción que seguir con la mirada a tres hombres fuertemente armados, vestidos de militares, que bajaban por las escaleras que conducían a los salones de clase. El miedo invadió nuestros cuerpos impidiéndonos correr, hablar o gritar, tan solo nos observamos y agachamos la cabeza, comprendimos entonces por qué desde hacía unos días casi no nos dejaban salir a la calle y a los más grandecitos sus mamás los acompañaban a la escuela. A pesar de mis diez años de edad sabía que cuando

estas personas venían al caserío de día era para hacer recogida y limpieza. Por eso me daba temor, porque cuando esto sucedía no solo se llevaban hombres y mujeres, sino también niños y niñas a partir de ocho y nueve años para reclutarlos; la limpieza era terrible. Esto me lo había enseñado mi mamá hacía varios años cuando llegamos a este lugar buscando bienestar y un trabajo estable.

Los tres hombres tenían muy claro su objetivo, no hicieron ni una sola pregunta y entraron directamente al salón de sexto. Se escucharon voces fuertes, negaciones de vocecitas entrecortadas y minutos después, dos disparos.

Algunos de mis compañeros empezaron a llorar, nos agarramos de las manos y esperamos allí, quietos, pues nos sentíamos adheridos a esa gran silla de cemento rústico que parecía tener pegante. De repente, dos compañeros, Camilo y Ernesto, gemelos de tan solo quince años, amarrados como si fueran un par de animales y arriados a madrazos, fueron sacados en medio de docentes y estudiantes que con temor intervinieron para evitar que se los llevaran. Todo fue inútil; se escucharon disparos porque los chicos se oponían a salir y el profesor intentaba pedir una explicación a la represalia. Observamos cómo estos hombres salían del mismo modo en que habían entrado, pero esta vez acompañados de los gemelos que, con lágrimas en sus ojos, con sus cabezas agachadas y presintiendo lo peor, abandonaban el colegio por la calle que conduce al puerto.

El silencio invadió la escuela y a mi mente llegaron lindos recuerdos; Camilo y Ernesto eran los que formaban grupos para jugar a la lleva. En las tardes, cuando íbamos al río, siempre estaban pendientes de los más pequeños. Además, eran los chicos más lindos del colegio y todas las niñas se peleaban por ellos. Me encontraba tan concentrada en mis recuerdos que cuando me di cuenta

todos estaban rezando para que nada malo les pasara, terminada la oración, los docentes decidieron dejarnos ir a casa, pasaban las diez de la mañana.

Como era costumbre, después de clases los estudiantes bajaban a la cancha a jugar microfútbol o al río a pescar o a bañarse en las tardes soleadas, pero esta vez no fue así, ni una sola persona andaba en la calle. Todo el mundo estaba encerrado, pues a pesar de vivir en casas de madera, allí nos sentíamos protegidos.

Ya habían pasado unas cuatro horas de incertidumbre y silencio cuando, de pronto, escuchamos gritos y llantos desgarradores en la calle, me asomé por las rendijas de la casa y con dolor observé que eran la madre y los familiares de los jóvenes que se habían llevado aquellos desconocidos. Las mujeres lloraban y daban unos gritos que de solo escucharlas se nos ponían los pelos de punta, mis sentimientos se nublaron, no sabía si era tristeza, miedo o dolor, pero lo que fuera era poco comparado con lo que me faltaba por ver. Le pedí a mi mamá que me dejara salir, pues varios de mis compañeros iban con las señoras y me uní al grupo; cerca al puerto había gente triste y llorosa, nos abrimos paso entre el tumulto y de la impresión casi me desmayo, los cuerpos sin vida de Camilo y Ernesto estaban colgados de un árbol, llenos de balazos, sin algunos dedos ni orejas, con un letrero que decía “ojo con las ratas”. Estos muchachos se habían vuelto amigos de lo ajeno y los visitantes acababan con todo lo que perjudicara al pueblo.

La noche llegó más temprano que nunca, alrededor de las cinco de la tarde los relámpagos y truenos parecían devorar el case-río, recuerdo que hacía varios días que no llovía, pero esa tarde empezó una tormenta que oscureció el cielo y se extendió hasta pasada la medianoche. En la casa donde se velaban los cuerpos, el agua entró y alcanzó unos cinco centímetros de altura. Todo era un

caos, la tormenta era tan fuerte que la energía eléctrica desapareció. Antes de terminar el rosario se apagaron las velas y solo quedó una veladora grande que estaba en medio de los dos ataúdes, se sentía un frío intenso, todo era tan extraño e indescriptible que hasta la fecha en esa casa nadie puede habitar porque se escuchan ruidos extraños y se siente un frío que carcome los huesos. ■





¿Vida?



VALERIA SILVA ESPEJO CALI

El cuento de Valeria está inspirado en su bisabuela de ochenta y nueve años, quien por su edad y quebrantos de salud tiene una movilidad muy limitada. “Su historia me impactó mucho y quise expresar mis sentimientos y mi forma de pensar, además de agregarle un poco de imaginación y plasmar esta historia real en una hoja de papel”.

Grado noveno, Colegio Andino,
Cali, Valle del Cauca

¿Vida?

VALERIA SILVA ESPEJO

No sé cuándo comenzó esto, sabía que algún día me llegaría la vejez, pero en este momento ni eso me importa. El momento más feliz de mi día es cuando me tomo la sopa, aunque la prepare una tal señora a la que le tengo desconfianza, pues sospecho que me roba mis objetos más preciados.

Casi no me visitan, solo vienen unas personas que se hacen llamar dizque mis “hijos y nietos”; son palabras muy raras que, la verdad, no entiendo muy bien. A veces me siento un poco mal, ya que me tienen que asear, aunque en ocasiones es divertido poder hacer mis necesidades en el momento que sea y que nadie me diga nada. Observo cómo mis plantas lentamente se secan, pues nadie las cuida mejor que yo. Cuando trato de caminar no me gusta que me estén teniendo como si fuera una bebé, pero es que a veces me canso mucho y siento que me voy a caer. Mi día a día lo paso con mi gato nuevo, de quien dicen que es el hijo de mi anterior gato, que por cierto no volví a ver, igual que a mi perro, pero de todas formas siempre le dejo su comidita por si algún día regresa. Por las tardes, cuando me tomo mi tinto bien cargado, me acuerdo de mi gran amor: mi segundo marido, a él le encantaba el café. Me gustaría que estuviera aquí, conmigo, aunque la verdad no recuerdo muy bien cómo era, pero sé que me hizo feliz. Por momentos me

siento sola, veo todo tan igual y a la vez tan desigual que me confundo, por eso prefiero dormir o ver televisión. Me desespera ver que hay personas que no entienden lo que les digo, pero le dicen sí a todo para tenerme contenta. Solo yo sé lo que me hace sufrir... Además, me da rabia cuando me hacen preguntas estúpidas como “cuántos años tienes” o “cómo te llamas”; no estoy segura de si es que me creen loca como para preguntarme cosas que yo ya sé y que ellos también saben. A veces me gusta escuchar la radio porque allí cantan muy bonito, aunque pongan una canción que me hace recordar a mi mamá, la extraño tanto... se fue de este mundo desde hace mucho tiempo y cada vez que voy a acostarme a dormir solo pienso en encontrarme con ella, espero poder lograrlo algún día. También me divierte cuando me sacan a la calle, pues veo cosas bonitas y dejo de pensar tanto en mis recuerdos. Además, me siento mejor que estando encerrada, mientras veo cómo a mi casa le van saliendo grietas en las paredes y cómo me desorganizan todo. Hay algo que me parece raro y es como tengo mis piernas de feas y llenas de morados, cuando solo hace un tiempo todos los hombres me las admiraban y mi gran físico hacía suspirar a más de uno. Ahora mi cuerpo solo me trae dolencias: no veo bien, me duelen las manos y las rodillas, toso mucho, entre otras cosas, por eso prefiero transportarme a otros tiempos en los que podía trabajar, cuando vivía en otra ciudad, cuando me divertía. Aunque esos tiempos también me hayan dado muchas tristezas. Mi sueño siempre fue irme a vivir a España, ser bailarina de flamenco y tener un futuro prominente. Además, quería sentir el amor incondicional de mi público, pero mi joven embarazo y la escasez de dinero no me permitieron cumplir mi meta... era lo único que me hacía sentir libre. Ahora me siento mal conmigo misma, porque sé que no meforcé por ser feliz. Siempre me dejé llevar por los demás

e hice lo que no quería. Cometí tantos errores que mi conciencia no me permite estar tranquila, pues no solo me hice daño, sino que también herí a muchas personas con mis comportamientos y falta de amor. Pero realmente a las personas a quienes más les hice daño fueron mis hijos, porque sé que con mi ignorancia les desgracié la vida. Pensaba que quería lo mejor para ellos y no me concentré en lo que ellos querían. Los juzgué, los maltraté, no los supe entender, los llené más de rencor que de perdón, y lo peor es que eso ha dejado huella en ellos, aunque me digan que me han perdonado. Yo hubiera querido retroceder el tiempo y cambiar mi forma de pensar. Solo sé que nunca les quise hacer nada malo, que así me criaron a mí y que los amo, así no lo haya sabido expresar. En este momento me siento tan sola y decepcionada que me acuerdo cuando era joven y quería crecer; ahora es todo lo contrario. La vida pasa tan rápido que aún no creo que la haya vivido. Ahora me doy cuenta de que aunque mis padres no me criaron de la mejor manera, ellos no tienen la culpa del resultado de mi vida. Fui yo quien con mis miedos y prejuicios no quise cambiar mi destino. Cuando más me divertí fue cuando era niña. Era tan inocente, ingenua, tan llena de amor que en mi cabeza no pasaban pensamientos de maldad. No sé por qué, poco a poco, fui perdiendo ese espíritu y me convertí en una persona mentirosa, egoísta, hipócrita y con malas costumbres. Aprendí a cometer los peores errores y a tenerles rencor a las personas que me hicieron daño, así por muchos años lo haya negado... je, je, je. Me acuerdo cuando mis amigas envidiaban mi vida y cuando no me sentía conforme y envidiaba la vida de los demás, pero ahora me doy cuenta de que su vida fue muy parecida a la mía. Cuando me transporto a veces no me doy cuenta de lo que está pasando, me tienen que gritar muy fuerte para que yo pueda reaccionar y aunque me molesta un

poco que me hagan salir de mi mundo, yo solo les sonrío para que piensen que no soy una persona muy amargada, aunque admito que a veces tienen un poco de razón. También me la paso pensando en las metas que nunca pude alcanzar y ya es muy tarde para cumplirlas, en las deliciosas comidas que cocinaba y que ahora mi convalecencia no me permite hacer y eso me duele mucho, ya que siempre fui una persona muy activa. Todos los días me están aplicando una cosa en mi piel, que no tengo ni la menor idea para qué me sirve, ya que cada día me siento peor. También sufro por las personas que dicen ser mis hijos, pues me cuentan que tienen muchos problemas. Lo único que espero es que todas las personas a quienes hice sufrir me hayan perdonado y tengan mucho amor para mí, pues a mí también me han hecho mucho daño. En total, mi vida ha sido quizá rara, aunque el día de hoy me he sentido mucho mejor; además, me están mostrando mi nueva cama, aunque es un poco fea y de un color café que no me gusta mucho. No sé por qué siento que ya he estado en este lugar y definitivamente no se parece en nada a mi cuarto, pero reconozco que no está tan mal. Hay algo que no he logrado comprender y es por qué hay tanta gente mirándome y saliéndole agua de sus ojos cuando yo trato de descansar, solo oigo lamentos y oraciones, mientras veo que me voy hundiendo, pero bueno, ya se les pasará. ■

CATEGORÍA

BOGOTÁ

JUAN SEBASTIÁN TORRES PARDO

Cómo no hacer un cuento:
cuento de cuentos

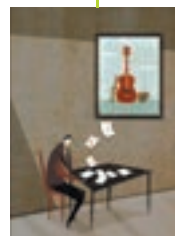
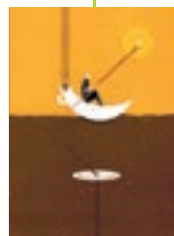
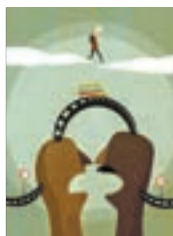
161

MONTERÍA

JOSÉ OLASCOAGA ORTEGA

Una taza

157



BOGOTÁ

JAVIER DARÍO MARTÍNEZ DUARTE

El camino de Dante

145

MEDELLÍN

JUAN FERNANDO OSORIO LÓPEZ

Los padres de la patria

151

ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR

MEDELLÍN

ALEXANDER GIRALDO

JARAMILLO

Me olés

171

MAGANGUÉ

LEONARDO JESÚS MUÑOZ URUETA

Acuérdate del tahine

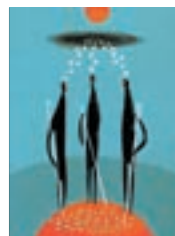
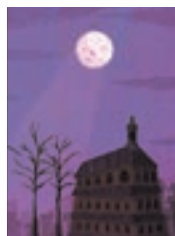
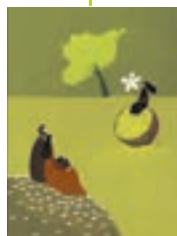
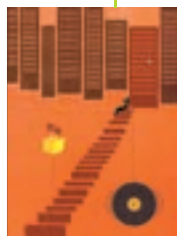
177

IBAGUÉ

MARGERIS CAMPO PEÑALOZA

Serenata con mariachis a la hora
de los funerales

199



CÚCUTA

JUAN CAMILO BOTÍA MENA

Las estatuas

167

PUERTO BOYACÁ

ALEXANDER AFANADOR

ACOSTA

El testigo

193

NOBSA

JOSÉ ELKIN DAZA CÁRDENAS

La última cena

185



El camino de Dante



JAVIER DARÍO MARTÍNEZ DUARTE BOGOTÁ

No quisiera ser la voz de esta reseña, así que en este caso prefiero que sea uno de los personajes del cuento de mi vida el que hable: "Pasamos la mayor parte de nuestras vidas metidos en libros, dándole vida a sus personajes, sufriendo con ellos, riendo con ellos, viviendo con

ellos, y la otra parte, cobramos vida como tinta y papel para crear y vivir nuestras propias historias... somos un libro y eso me encanta".

Licenciatura en Filosofía y Letras, Universidad Santo Tomás, Bogotá, D. C.

El camino de Dante

JAVIER DARÍO MARTÍNEZ DUARTE

Dante... ¿Qué podría contarles acerca de él? No lo conocí de la forma tradicional en la que se suele conocer a alguien, nunca lo vi, ni compartí momentos con él, nunca lo escuché tocar su instrumento preferido, no logré deleitarme con aquellas preguntas que seguramente me hubieran dejado perplejo, nunca pude aconsejarle sobre aquel primer amor, nunca pude consentirlo, ser su cómplice en sus muchas travesuras, nunca pudimos sacarle la piedra a su madre juntos... ¡Ah! Estoy seguro de que eso nos hubiera divertido muchísimo. Nunca pude hablarle sobre las estrellas, sobre el universo, sobre mi concepción de la vida, pero déjenme decirles que a pesar de esto yo, más que nadie, sé sobre el hermoso ser que fue y que seguirá siendo.

Dante murió libre, murió inocente, murió sin saberlo, sin que pudiera elegir y, aún así, vivió sin vivir, soñó estar en un mundo que nunca lo quiso aceptar, que no le dio la oportunidad de conocer, de llorar, de reír. Y, a pesar de todo, ¡tengo tantos recuerdos suyos! Tal vez sea conveniente esclarecer qué entiendo por recuerdos, ya que aquellos que alguna vez lean estas palabras muy probablemente logren reconocer enunciados ilógicos y faltos de sentido, pero la lógica y el sentido común son algo que no podrán

encontrar en estas líneas, si se preguntan el por qué, solamente podría decirles que a mi corta edad me he dado cuenta de que el sentido común y la lógica no lograrán responder nunca a tantas preguntas que me he hecho, no me bastarán nunca para entender mis días y mis noches, y esto lo supe muy bien el día-noche en que conocí a Aileen.

Recordar, según esos libritos que se creen capaces de decirnos qué significan las palabras, quiere decir almacenar, recuperar y traer algo a la memoria... ¿pero, será solo eso? ¿Un significado tan vacío de emociones, tan racional, logrará en verdad explicar aquellas cosas que sentimos?

Recordar no solo es eso, si vamos a sus orígenes, esta palabra viene del latín *recordari*, formado por “re”, de nuevo, y “cordis”, corazón, recordar entonces es mucho más que tener a alguien o a algo presente en la memoria, recordar es volver a pasar por el corazón a alguien, recordar a Dante es tenerlo siempre presente en mi corazón, un recuerdo como el suyo está más allá de la experiencia, más allá de mis sentidos, más allá de las explicaciones racionales, porque nunca lo vi y, sin embargo, lo tengo presente en mi mente y en mi corazón cada día que veo a Aileen, su madre.

Este será el peso que debo llevar, un peso ligero porque ni siquiera es mío, un peso que me atormenta por la ausencia y que me calma por los recuerdos y por la esperanza de que la no-vida de Dante tenga algún sentido para nuestras vidas...

¿Qué recuerdo de Dante? Recuerdo lo que quiero recordar, recuerdo sus primeros días de nacido, recuerdo que la noche en que nació, Aileen lloró como nunca lo había hecho, derramó lágrimas de alegría sobre el pequeño y frágil rostro de su hijo, esas lágrimas fueron el primer baño de amor que sintió el niño, desde ese momento Dante supo que su madre lo amaba más que a nadie

en este mundo; yo, por mi parte, nunca había visto algo así, una manifestación tan pura de amor, Aileen tenía en su regazo a su hijo, para ella por primera vez el tiempo desapareció por completo, solo estaban ella y él, nadie más, nada más. En ese momento en el que madre e hijo se conocían por primera vez, supe entonces que Aileen era otra mujer, que al tener al pequeño en sus brazos había olvidado todo ese dolor que la inundaba noche tras noche y que le robaba el sueño, supe entonces que Dante había sido ese milagro que yo esperé lograr algún día y que nunca sucedió, supe que Dante con su sola presencia, al mirar a su madre, logró desvanecer todo el dolor que habitaba dentro de ella, me di cuenta de que después de ese día, a Aileen no le importaría lo que tuvo que pasar y todo lo que tendría que luchar por brindarle bienestar a su hijo, ella ahora tenía un motivo, tenía un “porqué” verdadero en su vida; ahora Dante se convertiría en la fuerza que necesitaba su madre para convertirse en lo que ella siempre fue.

Dante fue un ángel y siempre lo será, él fue el único que pudo lograr que Aileen dejara atrás sus miedos y su odio, Dante fue, es y será la voluntad de Aileen; él, sin conocer la vida, irónicamente aún vive, vive en ella, dentro de ella, porque cada día que la miro, lo miro a él, cada día que ella sonrío, sonrío él, cada día que ella llora, llora él, cada día que la escucho, lo escucho a él, escucho su voz de niño, y me dice que nada ha sido en vano, que nada será en vano mientras él viva en ella, mientras lo recordemos.

Dante sonrío, me dice que Aileen ahora tiene una tarea que realizar, ella ahora deberá vivir por los dos, sentir por los dos, amar por los dos, aprender por los dos, llorar por los dos, soñar por los dos... Aileen ahora tiene el peso más ligero y más grande de toda su vida, porque siempre cargará a su hijo en su corazón, porque

sus lágrimas y sus alegrías ahora no son solamente de ella, ahora las comparte con su hijo.

Dante me mira y se pone triste, me dice que su madre es tan terca como él, que a veces ella no lo logra escuchar, me dice que le recuerde a ella que ahora deberá vivir por él y junto a él, que nunca estará sola, que si ella sufre, él sufrirá, que si ella sonríe, él sonreirá, que ahora él la acompañará en su camino...

Dante sonríe de nuevo, mira a su madre, se le acerca por detrás, sube hasta sus hombros, pasa sus pequeños bracitos por el cuello de ella, apenas logra rodearlo, ¡pero se agarra con fuerza! Es terco como su madre, no se suelta, al fin se logra acomodar, deja reposar su pequeña cabecita en el hombro derecho de su madre, cierra sus ojitos y sonríe, ha encontrado su lugar junto a ella, no la dejará nunca, siempre estará ahí, abrazándola, descansando su cabecita sobre su hombro... Dante roza su mejilla con la de su madre, aún tiene los ojos cerrados y su sonrisa es todavía más grande, acerca su pequeña boquita al oído de Aileen, no logro escuchar lo que él le dice, tal vez porque esas palabras no son para mí, son para ella; Aileen lo escucha, cierra sus ojos, cae una lágrima junto a la mejilla de Dante, los dos lloran, pero sonríen, Aileen comienza a caminar, una leve sonrisa se ve en su rostro, ahora sabe que no está sola, que su hijo está con ella, Dante sigue agarrado de su cuello, la abraza, descansa sobre ella, él me mira y sonríe, no me dice nada, pero no hace falta, sé que ya puedo estar tranquilo, ahora su madre sabe que su hijito estará siempre junto a ella. Ser en otro ser. Dos vidas en una. Dos corazones sintiendo lo mismo, una madre cargando a su hijo y un hijo cargando a su madre. ■



Los padres de la patria



JUAN FERNANDO OSORIO LÓPEZ MEDELLÍN

Recibe este reconocimiento como un logro significativo en su vida y se lo dedica a su familia y amigos más cercanos y a una mujer cuyo nombre prefiere no mencionar pues “ella a lo mejor sabe quién es”. Agradece el apoyo que todos ellos

representan en su vida, aunque reconoce que quizá no saben lo importantes que son.

**Comunicación Audiovisual,
Politécnico Colombiano Jaime
Isaza Cadavid, Medellín,
Antioquia**

Los padres de la patria

JUAN FERNANDO OSORIO LÓPEZ

Intentaba memorizar una excusa mientras esperaba el bus que iba a llevarme a la escuela. Hoy Leticita, la profe más joven, hacía examen oral y se me había olvidado leer. No había tocado ni un solo libro en todo el fin de semana. También se me olvidó copiar en el cuaderno, con mayúscula reteñida: “acordarte de leer sobre tal...”, y jamás pude recordar qué tema había que investigar. La verdad, a mí se me olvida todo, menos lo que quiero recordar, aunque una vez fui con mi mamá donde el médico —Guillermo, o ¿era Álvaro? o ¿José?, bueno en este momento no me acuerdo— y dijo que sufría un problema de retentiva.

Después de varios minutos, no me preguntés cuántos, y de haber armado una excusa bien triste, apareció esa máquina tricolor que echaba humo por todas partes y que se abría paso entre los demás carros. Me subí, pagué y busqué puesto. Siempre me ha gustado sentarme al lado de las ventanillas para poder sacar un poquito la cabeza y hacerle cosquillas al viento con mi pelo. A esa altura del recorrido ya no recordaba por qué era que estaba preocupado, entonces me puse a pensar en dos cosas: en el mango con sal que vendía doña Ernestina y, creo, en que no tenía ni un peso para comprarlo. El bus estaba casi lleno, solo dos o tres puestos quedaban libres y todos estaban callados, no se escuchaba sino

lo podrido y viejo del carro, sin embargo, hubo un movimiento extraño y a alguien le dio por hablar.

—Señoras, señores, buen día.

Miré y era un señor de pelo churrusco y un bigote como de brocha. De un momento a otro, ¡zas!, metió su mano a la chaqueta y sacó una pistola negra.

—Esto es un atraco, les pido el favor de que me entreguen cada uno de ustedes sus pertenencias. Si no obedecen, me veo en la obligación de matarlos.

Su voz era fuerte, como la de los soldados. Dejó a todo el mundo en silencio. Nadie hacía ni siquiera un murmullo, pero apenas dijo esto, otro señor sentado al lado mío, un tipo lleno de barros en la cara y unos huecos de cicatrices que tenían la forma del mapa que nos mostró la profe Leticita del estado de Illinois, allá en Estados Unidos, se levantó y le respondió a “Brochas”.

—Le ruego a usted y a todos los aquí presentes que me disculpen. Yo fui el primero de los dos en montarse al bus y me disponía a robarles, pero usted no ha esperado el lugar menos transitado y se ha adelantado. Le pido que se baje y busque otra empresa, que la gente va a entregarme sus joyas y billeteras.

Su voz era más lenta, pero lucía muy enojado y, siempre que decía algo, señalaba a Brochas con su pistola, después nos señalaba a nosotros y luego otra vez a Brochas.

—Caballero —refutó Brochas—, yo de aquí no me bajo sin el dinero. Si fuese usted una persona inteligente, entendería sin mayor esfuerzo que quien ha ganado el beneficio del atraco es quien precisamente lo inició.

—No sea irrespetuoso —respondió “Cicatriz”—. Además, usted, que se dedica a este oficio, sabe tanto como yo que el trabajo empieza desde el momento en que nos montamos al vehículo, bájese ¡ya!

—¡Mentira!, sinceramente ya me harté de usted —le respondió furioso Brochas.

Los insultos entre ellos eran más fuertes. Yo no podía ni moverme y los demás pasajeros estaban tan nerviosos como los ladrones. Había mucha tensión en el ambiente y algunas personas ya empezaban a murmurar.

—¡Silencio todo el mundo! —dijo Cicatriz, a quien me imagino, ya empezaba a preocuparle el ruido de la situación—. Si usted sigue con esa gritería, seguramente nos van a escuchar y van a mandarnos la autoridad.

Brochas no quiso darle la razón a Cicatriz, aunque sabía que la tenía, entonces miró al suelo sin dejar de apuntar el arma en la cabeza del enemigo.

—Déjelos que ellos escojan —dijo Brochas regresando la mirada al frente.

—¿Cómo? —interrogó perplejo Cicatriz.

—Dejemos que escojan quién va a robarles. Es la única manera de terminar con esta ridiculez.

—Me parece bien —contestó Cicatriz apuntándonos con el arma—. ¿Quiénes de ustedes votan porque yo les robe?

Yo alcé la mano de una y lo mismo hicieron los otros pasajeros. Nadie se quedó con las manos abajo. El tipo siguió hablando.

—Mire caballero, todo el mundo está de acuerdo en darme sus cosas, me parece justo que después de ver los resultados se baje del bus.

Pude notar a Brochas medio preocupado. Nos miraba a todos, luego al suelo, luego a todos, luego al suelo.

—Déme un segundo —dijo Brochas apuntándonos con la dotación—. Si ustedes votan por mí, óiganme bien, si ustedes votan por mí, no les quito las cadenas ni los aretes.

La gente ahora sí empezó a murmurar en serio. Rapidito alza-

ron la mano y yo también, aunque no me acordaba de que no tenía ni joyas ni plata.

—Calma, calma —respondió Cicatriz—. Este señor ha prometido no robarles joyas. Pues per-mí-tan-me decirles que si me dan su confianza, voy a quitarles únicamente el cin-cuen-ta-por-cien-to de la cantidad de dinero que traen en los bolsillos.

Después de esta propuesta oí a la gente aplaudiendo y me animé a aplaudir también. Siempre me han gustado los aplausos porque, por un lado, quiero ser músico, y de otra parte, aunque no conozco el mar, me parece que así deben sonar las olas, unas pasito y otras muy duro, unas pasito y otras, ¡pum!, durísimo. Una de las cosas que quiero hacer en la vida es conocer el mar. Colombia tiene dos y yo no conozco ninguno, decía la profe Leticita y se reía con nosotros. Estaba concentrado pensando en ella, cuando recordé que seguramente ella iba hoy a llamar a mis papás por ser yo tan irresponsable. El bus pasó frente a la escuela y me levanté. Toqué el timbre, noté que la gente hablaba de algo y había dos tipos parados discutiendo, sobre política y votos, en fin, nunca pudo gustarme ese tema.

Paramos, y en medio de ese alboroto me bajé tratando de inventar una excusa para Leticita. ■





Una taza



JOSÉ OLASCOAGA ORTEGA MONTERÍA

Es un hombre familiar que, de hecho, se basó en la rutina casera, a veces impuesta, “que nos roba tiempo para lo verdaderamente importante: tratarnos con humanidad y cercanía y enriquecernos espiritualmente”, para escribir su cuento, una historia

que le dedica a su hermana Isabel y a su amiga Aydeth, a su papá y a su mamá.

**Comunicación Social-Periodismo,
Universidad de Antioquia,
Medellín, Antioquia**

Una taza

JOSÉ OLASCOAGA ORTEGA

“Sería divertido que cuando mis labios tocaran la taza de chocolate, yo cayera desmayado, muerto, como víctima de un veneno”. Así pensó Alberto, embelesado por la imagen de sutileza y blancura que le ofrecía su taza de chocolate. Permanecía estático mirando el redondeado borde de todos los días, detenido, mientras el resto de su familia se apuraba a desayunar atrancándose la comida en la boca para no llegar tarde. “Sería tan interesante...”, se decía al tiempo que en su cabeza se agitaban esas historias arrebatadas de sensualidad, intimidad y astucia que la tarde anterior había encontrado en las páginas de *Las mil y una noches*. Allí se resguardaban del paso del tiempo dulces y amargas intoxicaciones, viajando con levedad sobre los inmensos mares dorados del desierto, donde la trampa del veneno despertaba alucinaciones apasionadas como un puñal. “¡Despierta! ¡Se te hace tarde!”, exclamó su tío Alberto. Automáticamente se acercó la taza a la boca, y cuando la primera gota de líquido rozó sus labios, cayó petrificado. ■





Cómo no hacer un cuento: cuento de cuentos



JUAN SEBASTIÁN TORRES PARDO
BOGOTÁ

No hay mucho qué decir. Nací en la típica clínica bogotana hace veintitrés años y de ahí en adelante no he hecho nada extraordinario. Un colegio mixto normal, un cuarto con televisión por cable, un estudio con Encarta, fines de semana en la casa, en Villa Luz o en Madrid —Cundinamarca—, un gusto moderado por los cómics, la música, y uno menos moderado

por la televisión. No decidí escribir ni hacer un cuento, fue un impulso para apartarme de los ensayos de Economía y Filosofía que suelo hacer. Ahora estudio en la Universidad de los Andes y no hay mucho más que decir.

**Facultad de Economía,
Universidad de los Andes,
Bogotá, D.C.**

Cómo no hacer un cuento: cuento de cuentos

JUAN SEBASTIÁN TORRES PARDO

Por una parte, escribir un cuento es fácil. Por otra, escribir un cuento no es fácil. Encontrar la identidad del cuento y correr a través de ella solo se puede hacer en momentos de rabia y de tranquilidad, la una junto a la otra, pero no ambas. Escribir un cuento es abrumador, es un reto que probablemente perderemos antes de enfrentarlo. Sin embargo, escribir un cuento es tarea de cualquier hombre. No se necesita un título de cuentero, ni un curso para contar hechos o fantasías. Así, un cuento comienza con un escupitajo. Uno que contiene un puñado de lugares, personajes y emociones, solo un puñado. En uno cae Manuela, en otro Werther y en otro Agnes. Ninguno busca la completitud en su relato, no queremos simplificar la vida, sino, al contrario, hacerla cada vez más y más compleja. Por el momento se reúne un manojito de datos, espontáneos, pero significativos, que quieren demostrar que el instante es tan importante como el siglo. Puede no terminar en celebración ni en lágrimas, pero nada es así, el pensamiento funciona de a cuentos. Manuela abre los ojos y está corriendo o, mejor aún, está huyendo. Werther siente las cuerdas en sus dedos mientras aprende a tocar su primera canción en guitarra. Y Agnes descansa en su pórtico por la mañana mientras toma una taza de té

con miel. No es más sino eso; fotografías instantáneas que pueden morder el ojo del lector, o pueden no hacerlo. Es tanto decisión del lector como del cuento. Unos son esclavos del aprecio y las miradas y deciden contar la misma historia una y otra vez, otros son apáticos y nunca quieren contar nada, otros viven esperando una oportunidad. Hay tantos como hay reuniones familiares, películas sabatinas, saludos caminantes o bostezos infecciosos. Hay cuentos de mandíbula fuerte que agarran, así como hay suaves que seducen. Manuela huye a través de un camino destapado, vestida con ropas deshilachadas y con un sentido de urgencia. Atrás la siguen dos hombres de uniforme azul con mosquetes y bayonetas. Werther está sentado junto a otros dos estudiantes del conservatorio. Temeroso y tímido, toca cada una de las cuerdas, de las que sale un sonido torpe y burlón. Mientras que Agnes, mujer joven, en bata y medias rojas de lana, mira seriamente a su esposo, quien le sonríe de lejos. Ella está enamorada y él le corresponde. Los dos, apasionadamente, disfrutan el silencio sin añorar la jovialidad del pasado. Momentos que el lector espera impacientemente hagan implosión para que los detalles se rieguen y se reconstruyan de otra forma. A veces sucede, a veces no. No es justo que el cuento deba satisfacer los caprichos del lector impaciente, pero así es. Ese cuento quedará para el lector rumiante.

Mientras huye se da cuenta de que en su mano derecha sostiene un par de pergaminos. En ese momento, un sonido fulminante pica a Manuela en el cuello y el pecho. En el suelo yace su cuerpo, frágil y desarreglado, cuando los soldados le arrancan los papeles de su mano. Y allí se queda, inmóvil en la tierra, inquieta sobre qué secreto causó su muerte. Werther, aturdido, mira los papeles sobre el atril, tratando de seguir la melodía. Le urge que los minutos pasen tan rápido como puedan para que deje de sudar y temer a las

miradas y comentarios del instructor. Finalmente, ve a su madre a través de una ventana del salón, vestida decorosamente. Mientras ella le hace señas para que salga, Werther se excusa y guarda su guitarra en el estuche de cuero. No hace falta decir que, para Werther, cada sábado será un día de ansiedad y dolor de estómago. Por último, Agnes, quien vimos estaba enamorada, ha quedado a oscuras a manos del lector impaciente, quien ha preferido atender a los llamados de su hermano menor.

El cuento es imparcial y en algunos casos, inconcluso. No es ni pasivo ni activo. Solo es. Es como un paisaje, como una tarde, como un acorde. No se busca ni nos encuentra. Es polivalente. Es la medida justa en momentos que la requieran. Por eso Manuela murió, Werther vivió tanto que necesitó a su madre, y Agnes quedó a la espera. ■





Las estatuas



JUAN CAMILO BOTÍA MENA CÚCUTA

A Sandra, Claudia y
Alejandra.

"...Porque el mundo ya no
importa si uno no tiene fuerzas
para seguir eligiendo algo
verdadero..." (Julio Cortázar,
Rayuela, capítulo 32)
Yo elegí escribir.

**Facultad de Comunicación
Social, Universidad Francisco
de Paula Santander, Cúcuta,
Norte de Santander**

Las estatuas

JUAN CAMILO BOTÍA MENA

Grano a grano, la bolsa llena de arroces perdía volumen a medida que las aves se acercaban violentamente a comer. Llevaba tanto ahí sentado que toda prioridad se había anulado por completo. Tenía unas piernas flacas dentro de las campanas de tela nacidas en su cintura, un camión sucio y pálido; el chaleco roído de viejo y un sombrero encintado, dotado del brillo de un ala de escarabajo.

El tiempo se hacía agua en el perfecto ángulo de sus rodillas: solamente la grúa que configuraba con su mano derecha se estremecía al momento de esparcir un nuevo ramillete de arroces para los pájaros; el resto de su cuerpo estaba frío e inmóvil. No deseaba cosa diferente a ver el pulso de las aves tragando.

La sombra de la estatua de un hombre vigoroso, vestido con elegancia y a medida, y en una posición que no sugería más que el andar, se abalanzaba sobre el banco donde aquel otro hombre inmóvil permanecía sentado, tirando al azar puñados imprecisos de granos de arroz.

Confirmó la saciedad de sus comensales inmediatamente después de percatarse de que ya era muy tarde para las palomas, y

mucho más para él, un campesino pobre que marcaba su sueño con un reloj avícola.

Soltó los brazos y de modo tortuoso trató de iniciar su levantamiento de la banca. Una nube sólida de óxido tomó su cuerpo viejo como una ráfaga. Sintió sus brazos tiesos, sus pies unidos por hierros al suelo, su piel seca y tibia, sus ropas duras y el puñado de arroz encarcelado dentro de su puño interminable.

Se quedó tieso, como una estatua.

Y en la sombra que su pedestal alineaba hacia el bulevar, un hombre vigoroso, vestido con elegancia y a medida, miró su reloj de plata, sacudió los párpados y, vertiginosamente, se echó a andar. ■





Me olés



ALEXANDER GIRALDO JARAMILLO MEDELLÍN

Nací un día por la mañana, pero me gustan más las noches; estudié lo suficiente como para graduarme del colegio, ahora hago lo suficiente para tener un diploma y dedicarme a hacer mis cosas. Mi ex novia me decía que soy “una

palabra andante”, aún no sé qué significa eso, pero le quería hacer un pequeño homenaje.

**Facultad de Artes Plásticas,
Fundación Universitaria de Bellas
Artes, Medellín, Antioquia**

Me olés

ALEXANDER GIRALDO JARAMILLO

Olés a baile, olés a ritmo de durazno, a tarde fría, a agua caliente, pero también olés a desespero, a despertarse y no saber cuál lado de la cama es el correcto para intentar seguir durmiendo, me olés a colores cálidos, me olés bien casi siempre, a ratos olés a basura que muestran en televisión, de ti siempre hay olores, ni una sola vez te he visto sin antes olerte; ayer, por ejemplo, cuando subía el escalón número diecisiete para llegar a tu pequeño apartamento podía sentir en mi nariz el olor a libro nuevo; cuando llegué a la puerta ya tenías otro olor, un olor que tienes cuando sabes quién toca, es un olor a confianza, a no buscar una ropa apropiada para abrir la puerta, cuando leo algo de lo que escribes hay en el aire un olor a salpicón con luces rojas, es que nadie hoy en día vive en un edificio rojo viejo, de ladrillos y escaleras con olores que los dos aprendimos a amar, no sé por qué insistes en vivir ahí, véndelo y te vienes conmigo, ya me puedo imaginar leyendo tus escritos recién salidos de tu antigua máquina de escribir, corrigiendo solo cosas pequeñas, porque las grandes se las dejo a tu editor, oliendo tu escritura, tu escritura me huele más a cosas del mar.

Todos los edificios en tu mundo son rojos, por eso te atrae la idea de habitar ese lugar macabro que me asusta, sobre todo cuan-

do te vas, me dejas solo en tu espacio, empiezo a buscar por todos los rincones evidencias tuyas, siempre tengo que cerciorarme de que ese espacio es el que habitas para no abandonarlo, me lleno de fuerzas, dejo que algo de música suene mientras apareces, seguramente nunca te das cuenta de mi búsqueda o de las cosas que muevo; al final siempre ubico a todos los objetos en su posición inicial, cada cuadro, cada libro, cada hoja, cada utensilio de cocina, hasta la almohada, bajo un proceso que hago con una maestría que te sorprendería, vuelve a tener exactamente las arrugas con las que la dejaste; nunca te darás por enterada de mi proceso, cuando huelo que regresas, pisas el escalón número diecisiete, mi nariz ya puede percibirte, me apuro y dejo la vida como estaba, regresas al mismo mundo, excepto por la música, dejo sonar una canción tras otra, piensas que solo estuve sentado sin hacer nada, te decepcionas un poco, detienes cualquier sonido, también siento ese olor y me enfurece no poder contarte de todo lo que hago en tu ausencia, de mi especial capacidad para que no lo notes, pero ya he decidido que no es nada sensato informarte de mi temor por algo que no puedo percibir como absolutamente tuyo, tu casa no me huele a vos.

A veces sueño con tus edificios rojos, me encanta la idea de destruirlos tan solo con el peso de mis pies, desmoronarte todo lo que crees saber sobre mí. Mi tarea de buscarte en el espacio que habitas empezó el día en que saliste a reclamar tus veintisiete flores para tus dieciocho floreros, me dejaste solo por un rato; aprendí de mi debilidad por sentirme solo en un lugar que no es tuyo, necesité encontrar evidencias tuyas, abrí el armario donde tenías la pequeña caja pintada de amarillo con dos soldaditos de plástico adentro, eso me calmó, lo volví a cerrar, me senté, me adueñé de tu música por primera vez.

Nunca me has contado de dónde salieron los soldaditos ni porque están pintados de rojo, no es tan importante que me lo cuentes, yo los he visto salirse de la caja y cerciorarse de mantener el orden por todo el armario cuidando hasta las pequeñas telarañas que se formaron en los rincones, yo conozco la danza de los soldados en las noches; sé de tus rituales para crear una historia, te podría contar del café con una gota de tinta negra, podría informarte de tus dibujos describiendo los dos o tres personajes que siempre van en tus novelas, también sé, aunque nunca lo hayas hecho frente a mí, del baile acostada de espaldas al piso, arqueando la parte media de tu espalda provocando que solo tu vientre se eleve del piso, el resto del cuerpo empieza a girar creando circunferencias perfectas por un rato, se desdibujan cuando sientes tu respiración agitada y el sudor que empieza a generarse desde los dedos de tus pies ascendiendo hasta concentrarse todo en la coronilla, disminuyendo la fricción entre tu camisa y el suelo, que a pesar del movimiento debe permanecer frío, no calientas los cuerpos, tu calor únicamente es compartido cuando acabas de escribir y sueltas un pequeño suspiro llevando un aire tibio con olor a tinta negra por toda la ciudad, ese olor me informa que puedo llamarte, ¿te has preguntado por qué siempre soy tan oportuno? Yo sé llamarte justo en el momento previo a la depresión de haber terminado lo que parecía tu mejor proyecto, te asusta saber que todo escrito termina perdiéndose en sí mismo, desnaturalizándose, luego solo se puede observar como un conjunto de palabras que forman un todo con uno o infinitos significados, lo apreciarán unos señores gordos sentados tomando café con olor a mala gloria, hablarán de tu trabajo como siempre lo hacen, harán otros cuantos ensayos, te dirán algunas cosas, yo no podré decirte algo más reconfortante, ganarás el dinero suficiente para invertir en más pintura roja, pintaremos algunos muros hasta

que te sientas vacía, en ese instante necesitarás volver a llenarte con un libro, vuelves a escribir, llegan ideas, desechas el cuarenta por ciento de ellas, otro cincuenta y nueve por ciento se perderá entre desvelos, muros, sexo, caminatas, jueguitos ridículos y alguna serie de televisión, solo rescatas un pequeño uno por ciento de tus ideas, ya lo sabes, se van a convertir en tu nuevo libro, se repite el ciclo, deseo contarte todos mis descubrimientos, pero ya estás lo suficientemente defraudada de mi condición pasiva, lo único que te intriga es mi especial capacidad para llamarte en el momento entre tu nuevo escrito y la depresión que le sigue siempre, pido una copia para leerla, daré mis correcciones, comas y tildes, pequeños adjetivos, nada más; nunca te puedo hablar de una idea, de tu proceso de crear mundos, de cómo introduces un personaje en solo dos líneas, exiges la vida de ese personaje; en tu escritos el lector tiene que dar por sentada la existencia de tus vivientes, vivir sus historias, más bien, tus historias, debe descubrir quiénes son, por qué merecen unas líneas, ya sé que no te escribes en todos los personajes y no me escribes en ninguno de ellos a pesar del irremediable parecido. La música ha dejado de sonar. ■





Acuérdate del tahine



LEONARDO JESÚS MUÑOZ URUETA MAGANGUÉ

Puedo decir de mí que soy como una hoja que anda suelta. Que su camino es el que le dibuja la brisa, otras veces se detiene sobre los tejados. Y ahí se queda por horas viendo pasar el vuelo de las aves, contando estrellas. Otros días simplemente hago de Leonardo Jesús, leo los libros que él lee y en otras ocasiones

recuerdo y escribo con él unas líneas que se parecen a mí. Le dedico este cuento a todos los que se ingenian las maneras de engañar al olvido y recuperar los recuerdos.

**Licenciatura en Lengua
Castellana, Universidad de
Antioquia, Medellín, Antioquia**

Acuérdate del tahine

LEONARDO JESÚS MUÑOZ URUETA

Acuérdate del día en que llegaste al puerto. Todavía en mis recuerdos puedo verte, Norha, descendiendo las escaleras del barco que cruzó distancias para traerte a este lugar. Te sujetas la falda, la brisa de agosto parece venir contigo desde Siria. Acuérdate, Norha, yo te espero en la orilla con un ramo de jazmines ajados por el calor. Mi mamá me dijo que a ti desde niña te gustaban los jazmines. El médico Blanco me ha dicho que te hable de los momentos pasados, que te diga cerca al oído tu nombre. Parece como si fuera ayer cuando entraste a esta casa. Pasabas horas en hondos silencios. Acuérdate, Norha, que tú no sabías hablar español. Con esos ojos grises tuyos parecías una paloma asustada que ha perdido su cielo. Tenías miedo. Yo también estaba asustado. Mis padres me dijeron desde niño que cuando fuera mayor me casaría con mi prima, tú vivías en Siria. Acuérdate cuando nos casamos, estabas callada, como ahora que parecemos dos desconocidos.

Un día, sin decirme una palabra, me diste a probar de este tahine que ahora he preparado para ti. El médico Blanco me dijo que te hará bien probarlo. Tal vez con el sabor a limón y a ajo vuelvan a tu memoria los días del ayer.

Acuérdate, Norha, que con el paso de los meses aprendiste a decir buenos días en español. La casa se llenó de ti, del sonido de tus alhajas, del olor del agua con hojas de hierbabuena que te preparabas en las madrugadas. Hubo días en que te sorprendía, hablándole en árabe a las cosas de la casa, como si ellas tuvieran alma. Y le pedías permiso al limonero en el patio cuando le arrancabas uno de sus limones. Perfumabas la casa entera con las flores del limonero. Acuérdate, Norha, que una mañana, mucho tiempo después de que hubieras llegado, me dijiste con tu profunda voz, cerca al oído, *an bajecbik*, sí, te quiero, en árabe.

Mamá, ¿te acuerdas cuando yo era niña y tú preparabas la salsa de tahine? Me pedías que fuera al patio y que arrancara limones, pero antes me decías:

—Se le debe pedir permiso al limonero, si no lo haces, a él le dolerá cuando le arranques sus limones, y entonces su jugo dará un sabor amargo, como de vinagre.

Mamá, me enseñaste a hablarle al limonero como si él tuviera alma. ¿Te acuerdas? Esta mañana le hablé de ti. Si supieras, mamá, que en el leve estremecimiento de sus hojas verdes creo escuchar que me pregunta por ti. Esta mañana vi a papá al lado del limonero. Ahí se estuvo un buen rato, parecían dos buenos amigos que conversaban después de mucho tiempo sin verse. Luego papá, con unos limones en sus manos, me llamó para decirme que le ayudara a preparar la salsa de tahine. Recordé uno a uno los pasos de la preparación y en esos recuerdos te veía a ti, mamá. Ponías a cocinar los garbanzos en abundante agua, luego los escurrías y hacías un puré, le echabas crema de ajonjolí, exprimías unos siete limones. Le echabas el jugo de limón y el ajo machacado, lo revolvías con una cuchara de palo. Esa era la salsa de tahine. La untabas en un pedazo de pan árabe y nos dabas a

probar. Ahora papá me ha pedido que le ayude a prepararla para ti. Papá quiere que a tu memoria vuelvan los días del ayer. Mamá, yo también quiero que te acuerdes de mi nombre.

Mamá, ¿recuerdas que cuando terminabas de preparar el tahine la casa se llenaba del olor a ajo y a limones recién exprimidos? Y decías que te recordaban los olores de la casa de tu infancia, en Siria, Damasco. Hablabas del cielo azul de tu país, que se abría en el mes de julio. Decías que las nubes parecían sábanas blancas extendidas al sol. Mamá, aunque no he conocido Siria, siento haberla visto con tus ojos y que anduve por sus soleadas calles. Me enseñaste palabras árabes y la que no he olvidado era la que me decías en las madrugadas cerca de mi oído: *an bajebik*.

¿Te acuerdas, mamá, que me dijiste que estabas asustada cuando te ibas a casar con papá, porque era un desconocido, aunque dijeran que era tu primo? Mis abuelos te habían dicho que tenías que cruzar distancias, cielos y mares para ir al encuentro de tu futuro esposo.

“La vez primera que vi a tu padre fue desde el barco, mientras bajaba las escaleras. Me sujeté la falda, era agosto, y agosto en esta tierra es el mes de la brisa de las cometas. Y en medio de la multitud que esperaba en la orilla vi a tu padre tan asustado como yo, en sus manos llevaba un ramo de jazmines. A mí siempre me han gustado los jazmines”.

Mamá, me dijiste que aprendiste a amar la presencia y el sonido del nombre de ese desconocido que con manos amables te señalaba las cosas y te las decía en español.

He traído tu traje de novia. A pesar del tiempo en que ha estado guardado en el baúl de cedro en tu cuarto, todavía conserva el color blanco de damasco en su seda. Mira cómo brillan estos pétalos brocados bordeados en hilos de plata. Mamá, toca el ves-

tido, ¿qué recuerdos te vienen al tacto? Me dijiste que la primera vez que te miraste al espejo, envuelta en tu vestido nupcial, te sentías como una desconocida. Mi abuela estaba a tu lado, te cubría con el velo salpicado de perlas y te decía: “Norha, ya tendrás tiempo de conocer a tu primo”. Mamá, parecías no escuchar, solo te mirabas al espejo. Con los años volverías a recordarte a ti misma, mirándote en el espejo.

“Una novia triste es de mal agüero, Norha”, te decía la abuela. Pero tú estabas en silencio.

Dirías más tarde que lo único familiar de tu tierra era el olor de la salsa de tahine que se había preparado para agasajar a los invitados. Recordarías el olor del ajo y del limón, en el preciso momento en el que tu novio te apretó las manos en el altar. Un apretón cálido y seguro que te hizo intuir que tenías al lado a un hombre sincero al que podrías mirar a los ojos y decirle *an bajec-bik*, esa frase la dirías treinta días después.

Mamá, ayer en la madrugada te despertaste asustada, gritando *ana ma bade tzavey*, yo no me quiero casar, en árabe. Yo me acerqué a ti y te sequé el sudor de la frente. Quise abrazarte, pero no me dejaste, parecías no reconocerme. Te calmaste y al ver que te había preparado un pocillo con agua de hierbabuena, preguntaste por mi nombre, y yo te dije: “Soy Mariana, tu hija”. Pareciste no oír y mirándome a los ojos dijiste: “Es bonito, tienes el mismo nombre de una hija que tuve”.

Mamá, te traje una foto, mírala, está amarilla por el tiempo. Fue tomada en el patio, en esta banca, esta eres tú, tienes puesto el vestido de tul negro con encajes blancos en el cuello, a tu lado estoy yo, recuerda que tenía siete años. Mi cabecita está apoyada en tu pecho, tu mano derecha acaricia mis cabellos, este es papá, tiene la misma barba de siempre. Al fondo está el limonero. Ha

pasado el tiempo y todavía conservas esa mirada de paloma que parece que ha perdido su cielo.

Acuérdate de estas palabras, *an bajebik*. ■





La última cena



JOSÉ ELKIN DAZA CÁRDENAS NOBSA

José Daza Cárdenas nació en 1981. Antes de culminar sus estudios secundarios se trasladó, junto a su familia, a la ciudad de Bogotá en donde posteriormente iniciaría la carrera de Derecho. En 2010 se radicó en Bucaramanga y comenzó más seriamente su interés por la literatura junto a su pasión por el diseño gráfico. La narrativa creativamente crítica de José Saramago y de Mario Benedetti no solo es su preferida, sino también

ha influenciado sus relatos. “La última cena” entremezcla la crítica social con la visión clásica del héroe y el “romanticismo negro” que se evidencia en la manera en la que mueren los protagonistas de la historia.

**Facultad de Diseño Gráfico,
Corporación Universitaria de
Investigación y Desarrollo, UDI,
Bucaramanga, Santander**

La última cena

JOSÉ ELKIN DAZA CÁRDENAS

Te prometí cenar en este hotel algún día —dijo Jacinto con una mueca parecida a una sonrisa.

—Desde que también prometiste dejarme, siempre le temí a tus promesas —respondió ella con sus ojos fijos en el piso.

Jacinto, advirtiendo el regreso del recuerdo fatal en Sandra, lloró en silencio mientras besaba los pies de la única mujer en el mundo por la que estaría dispuesto a morir de la forma en la que ese día morirían...

Habían crecido juntos en las tibias tierras de su Aitona natal. Se acompañaron el primer día de escuela en el que ella estaba tan nerviosa que rompió en llanto mientras Jacinto, más por reflejo natural que por conocimiento de causa, la abrazó hasta secar la última lágrima de sus mejillas, tomándola de la mano mientras con paso firme y seguro la acomodaba en el viejo pupitre que le habían asignado, a pesar de las hirientes burlas de sus compañeros. Se maravillaron juntos cuando, años después, Aitona se bañó de blanco con la primera granizada de la historia de aquel pueblo triste en el que se decía que el diablo tenía sucursal, desde que el último párroco, don Anastasio Rodríguez, murió ahogado en su propio

plato de sopa. Rieron uno al lado del otro aquel domingo de enero en el que el circo más pobre que pudiese ser imaginado arribó a las afueras del pueblo con dos peludos perros que hacían las veces de leones, y tres payasos mujeriegos. Se extasiaron cuando por primera vez el destino se cerraba en círculos sobre sus cabezas mientras sus labios se unían en un largo y profundo beso que hizo temblar la tierra de Aitona. Desfallecieron de placer cuando sus cuerpos se unieron en uno solo en la más larga y sincera sesión de amor que el pueblo hubiese conocido. Se desangraron de dolor cuando Sandra fue violada por un almirante inglés que había llegado a Aitona por equivocación y que se fue sin que nadie pudiese impedirlo. Y murieron de desesperación aquel Jueves Santo en el que su padre la vendió a un par de mercaderes franceses que luego la utilizarían como prostituta en París.

Habían llorado y reído juntos. Habían desfallecido de placer en los brazos del otro. Y se habían jurado, en la más triste de las tardes de Aitona, volverse a encontrar algún día para morir de la mano. Y así fue... solo que no tan rápido ni bajo las circunstancias que habrían deseado...

Treinta años después de aquella tarde en el puerto en el que se vieron por última vez, allí estaban, en un hotel abandonado. Jacinto terminó de tender la manta sobre el frío piso de concreto mientras ella intentaba abrir el viejo frasco de café para servir lo que quedaba de un rancio jugo de naranja. La tapa estaba muy apretada. Forró su mano izquierda con la parte inferior de su saco e intentó abrirla hasta que sintió tras de sí la presencia de Jacinto abrazando su cintura, tomando el frasco en sus manos y quitando la tapa con relativa facilidad. Se quedó dos o tres segundos paralizado en el abrazo y la besó en la mejilla derecha invitándola a sentarse sobre el tendido.

—No temas —dijo Jacinto con una voz que, aunque fuerte, dejaba notar la incredulidad en las propias palabras de quien las había pronunciado.

—No temo —respondió Sandra desafiante.

Ella repartió rigurosamente el jugo de naranja en dos vasos polvorientos que estaban en su mochila, mientras que sacó de una bolsa azul lo que parecía ser un pedazo grande de pan; lo partió también en dos. Primero él y luego ella, se pusieron de pie dejando la manta en el piso con lo que sería la última cena de sus vidas, fundiéndose en un abrazo fuerte que derivó en un suave baile sin música.

—Yo nací para amarte —susurraba Jacinto una y otra vez al oído de Sandra mientras ella intentaba mantener el paso del improvisado baile.

Por primera vez en mucho tiempo la maltrecha Sandra se vio envuelta en un incontrolable deseo por cantar, tal como lo hiciese en los años más felices de su infantil inconsciencia. A ninguno de los dos pareció importarles la inminencia de la muerte, si bien De Bignon Alcocer, el francés de quien huían, estaba empeinado en su venganza.

El día en que Jacinto la rescató, Sandra yacía moribunda en la cama de De Bignon, luego de una de las tantas golpizas que este solía propinarle. Al verla, reconoció en sus ojos a la criatura asustada y tímida que lloró en su hombro el primer día de escuela y que luego, treinta y ocho años más tarde, aparecía como los restos de una mujer mortificada por el peso de su propia carne. La impresión de ver a Jacinto casi termina con la labor mortuoria empezada por De Bignon; su corazón latió tan fuerte y rápido que dicen que pudo escucharse en las demás habitaciones en las que otras tantas

Sandras se revolcaban entre el sudor del caminante extraño y el sudor propio.

Luego de comprobar que Jacinto no era el producto idealizado de su mente soñadora en la que ya habían escapado muchas otras veces para morir felices de vejez, tuvo el valor suficiente para rogarle a su eterno guardián que abandonara su empresa y evitara la muerte. De Bignon era capaz de todo por proteger lo que consideraba era de su propiedad y, sin duda, si Sandra desaparecía no descansaría hasta asesinar al culpable. Pero Jacinto fue más fuerte que el miedo a la muerte. La tomó por un brazo y la obligó a seguirlo mientras escapaban por las oscuras calles de París hacia... no sabían hacia dónde. En su precipitada huída, vieron un enorme hotel abandonado en el que aún se identificaban los rastros de la aristocracia.

—Algún día... te lo prometo... algún día —dijo Jacinto a Sandra al percatarse de que ella se había quedado paralizada ante la majestuosidad del hotel en ruinas.

Atravesaron ciudades enteras de la sucia Francia. Soportaron estoicamente las punzadas certeras del hambre y de la sed. Caminaron como vagabundos durante días enteros esperando evadir a la muerte que les seguía el paso. Pasaron noches y noches temiéndole al malvado ser que pudiese acecharlos en la sombra. Y entonces, cuando se dieron cuenta de que no habían podido disfrutar ni un solo segundo de su sufrido reencuentro por culpa de De Bignon, tomaron la decisión más sabia de sus vidas... dejarse morir. Sí, dejarse morir, al menos así podrían descansar juntos...

Sandra partió el pan y le entregó el pedazo más grande a Jacinto. Sonriendo, él volvió a partir su pedazo entregándole la mayor parte a Sandra. Bebieron sus vasos de jugo rancio sin percatarse

de que durante toda la velada no separaron sus miradas. Fuera del hotel se escuchaba el rechinar de botas y el sonido metálico de las armas al cargarse. El último trozo de pan lo tomó Jacinto con su boca de las manos de Sandra, quien se le abalanzó de inmediato con la ferocidad de una amante adolescente y primeriza. Hicieron un amor feliz y reconfortante devorándose el uno al otro como para no dejarse ir jamás. Después, en la misma manta que les sirvió como comedor, quedaron tendidos mientras una lluvia de balas caía sobre el hotel y sobre sus apasionados cuerpos desnudos. ■





El testigo



ALEXANDER AFANADOR ACOSTA PUERTO BOYACÁ

Adoro la ciencia ficción. No existe para mí otro género capaz de suscitar el mismo interés, la misma devoción fanática. Ya sea un drama en la Nigeria posapocalíptica, una historia de amor en Marte o un viaje por la mente de algún convicto; todo lo que se enmarca dentro del género me resulta fascinante. Fascinante y digno del mayor reconocimiento, pues desde mi punto de vista nada

hay más complejo que tratar de elucubrar una historia de la talla de “Sueños de robot”, “El camino de la venganza” o “Involución”. “El testigo” es solo un intento inspirado en la grandeza, un relato sin mayores pretensiones que tuvo la suerte de llegar lejos.

**Facultad de Filología e Idiomas,
Universidad Nacional de
Colombia**

El testigo

ALEXANDER AFANADOR ACOSTA

Un policía de bigote prominente tomaba las declaraciones.

—Señor Camargo, por favor, dígame todo lo que vio esa mañana.

—Bien, yo estaba en la fila, justo detrás de la señora gordita, la que acabó de salir, cuando vi lo que parecía ser un balón. Era una esfera roja, metalizada. Entró rodando desde la calle. Recuerdo que miré hacia afuera para ver si algún niño entraba a recogerla, pero no había nadie. Bueno, al menos desde donde yo estaba no se veía nadie.

—¿Qué pasó después?

—Um, bueno, después... uno de los guardias se acercó y... la bola hizo algo... empezó a brillar. Y luego explotó. Bueno, no explotó. Pero sonó igual que si hubiese explotado. Todos entraron en pánico y se botaron al piso. Las mujeres gritaban. Todos pensamos que había sido una bomba. El hombre que estaba detrás de mí dijo que era un pulso magnético, o algo así. Dijo que lo usan para dañar las cosas electrónicas. Y ahora que lo pienso, tiene sentido. Cuando abrí los ojos, las pantallas estaban apagadas y los celulares tampoco servían. Mire, aquí tengo el mío.

—Puede conservarlo. Continúe con su declaración.

—Está bien. Pues, luego de la esfera... entraron los tipos. Sí, ahí fue cuando los vi. Eran tres, vestidos de negro. Llevaban unos aparatos en sus manos, pero no eran armas, es decir, no eran armas convencionales. No eran pistolas ni cuchillos. Eran como unos bastones. Eso fue lo que usaron para neutralizar a los guardias. Simplemente los tocaban con eso y los pobres caían desmayados.

El policía frunció el entrecejo.

—¿Bastones, eh? ¿Qué puede decirme de la apariencia de los asaltantes? ¿Cómo eran sus rostros?

—¡Oh, por Dios, sus rostros! Eso era lo que iba a decirle desde el principio. Todos tenían el mismo rostro; ojos alargados, nariz ganchuda, boca deforme... Apuesto a que usaron uno de esos tratamientos temporales, los que hace poco fueron prohibidos. ¿Leyó la noticia? Bueno, el hecho es que los tres eran idénticos.

—¿Qué me dice del dinero? ¿Cómo hicieron para obtenerlo?

—Bueno, no estoy muy seguro. Vi que las cajeras actuaban como estúpidas. Los tipos no necesitaban decirles nada, las chicas simplemente les entregaban la plata. Era como si estuvieran hipnotizadas. Tal vez usaron uno de esos, ¿cómo se llaman?, lo que usan para controlar a los manifestantes, ¡depresores! Yo no vi que los llevaran, pero...

—¿Qué pasó después?

—Lo que vino después fue tan extraño que ni siquiera sé cómo explicárselo. Los hombres sacaron otro aparato y lo pusieron en el piso... y luego... apareció algo... en el aire.

—Trate de ser más específico.

—Era como un... vórtice. Justo ahí, en medio del banco.

—¿Un agujero negro?

—¡Exacto! Un agujero negro. Y era bastante fuerte, empezó a

absorber todos los papeles. También se llevó el sombrero de alguien de la fila.

—¿Para qué lo usaron?

—Para sacar el dinero. Y para escapar. Primero enviaron todos los fajos de billetes, luego los aparatos que habían usado y, por último, ellos mismos se arrojaron por ahí. Después el agujero desapareció.

—Bien. ¿Eso es todo, señor Camargo?

—Sí. Eso es todo.

—Gracias por su colaboración.

—Gracias a usted. Que tenga suerte con la investigación. Mire, sé que lo que voy a decir va a sonar absurdo, pero extraño los tiempos del clásico “todo el mundo al piso, esto es un asalto”.

El policía le echó un vistazo a la primitiva grabadora de voz que había usado para registrar el testimonio y luego miró al hombre con resignación.

—Yo también, señor Camargo, yo también. ■





Serenata con mariachis a la hora de los funerales



MARGERIS CAMPO PEÑALOZA
IBAGUÉ

De la Ciudad de la Música
y de la magia del trece en
diciembre de cualquier año.
Estudiante de Economía,
aunque nunca economice nada.
Derrochadora, a manos llenas,
de fantasías, sueños o delirios.
Y de algunas otras cosas que
no me pertenecen. De sonrisa
eterna y carcajada a destiempo.
De convicciones irrevocables

y afectos de verdad. Lectora
desordenada y naturalmente
amante del arte. He aquí mis
ojos de jungla y mariposas
verdes que siempre te miran a
escondidas...

**Facultad de Economía,
Universidad del Tolima, Ibagué,
Tolima**

Serenata con mariachis a la hora de los funerales

MARGERIS CAMPO PEÑALOZA

Ethel era especialmente sensible al capricho insoportable de comprar los objetos que le llamaban la atención. Tal vez por eso, por su eterna curiosidad frente a las vidrieras, por su paciencia inacabable para pasar días enteros en los almacenes de autoservicio y tiendas de promoción fue que llenó la casa de cuatro juegos de sala de los más diversos estilos, comedores de cuatro, seis y hasta ocho puestos; tres refrigeradores monumentales que nunca llenó del todo; armarios, butacas, alfombras y cortinas que hicieron necesario tumbar las paredes de la casa y construir de paso un par de salones y cinco nuevas habitaciones. De seguro fue por eso, por la desmesura de llevar a casa tanto mueble inservible, tanto objeto inútil, que Ethel adquirió, pagando de estricto contado, el ataúd de pino forrado en satines y con agarraderas de bronce en el que soñaba enterrar a Valentín, su desahuciado esposo, el mismo día que salieron de la consulta del cardiólogo y se enteró de que su compañero de tantos años tenía contados los días que le restaban de vida.

Esa misma tarde, luego del almuerzo y cuando Valentín se sumió en esa siesta pesada de la que solo despertaría en las primeras horas de la noche, Ethel, asegurándose total discreción, recibió a

los empleados de la casa de funerales y luego de contemplar su reciente compra, con el goce del niño que recibe un juguete nuevo, ocultó con cuidado el féretro debajo de la cama matrimonial.

El ataúd permaneció cuatro días con sus noches sin que Valentín, quizás por la modorra permanente de su enfermedad, advirtiera su presencia siniestra. Un par de semanas en las que Ethel contaba con ansiedad las horas que trascurrían, esperando el instante final en que Valentín empezara a disfrutar del hermoso rectángulo de madera. Catorce días en los que Ethel adelantó con entusiasmo y sigilo todos los preparativos del funeral: los carteles a dos tintas que mandó a diseñar, cuidándose de dejar los espacios en blanco para imprimirles luego el día y la hora de las exequias; las tres plañideras que contrató en secreto para que lloraran ininterrumpidamente durante el velorio; el conjunto de mariachis que juró silencio absoluto y que cantarían en el cementerio a la hora del entierro; y los nueve trajes de luto de variados modelos que se hizo confeccionar para el novenario.

Transcurridos los catorce días, salió muy temprano de casa para darle el toque final a los arreglos que tenían que ver con la compra del lote de terreno en los jardines del norte y la lápida con epitafio que instalaría sobre la tumba; y fue tal la dicha, la plenitud que Ethel experimentaba entonces por la tarea que tan rigurosamente cumplía, que ignoró el semáforo en rojo en el cruce de la avenida, los gritos angustiados de los transeúntes; la sonora bocina que la hizo salir de su felicidad sin límites y el frenazo tardío del auto que la elevó por los aires devolviéndole en fracción de segundos los acontecimientos todos de sus treinta y siete años de vida.

Esa misma tarde, luego de recibir la noticia y buscando a tientas las pantuflas, Valentín descubrió de pronto el ataúd escondido bajo la cama matrimonial, y en su convalecencia dolorida com-

probó entonces, con una sola mirada, que el tamaño del féretro le vendría muy bien a su esposa.

Las otras diligencias del entierro estaban ya preparadas. ■



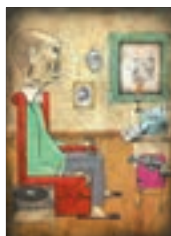
CATEGORÍA

PALMIRA

DAVID ELIÉCER ARIAS MARÍN

Aún brillaban las estrellas

213



BOGOTÁ

ALFREDO ALONSO

HINCAPIÉ DAZA

Suicida

207

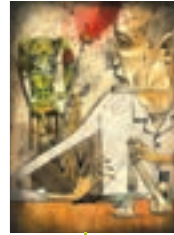
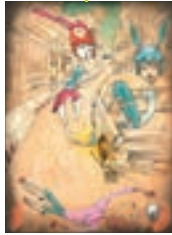
DOCENTES

RIONEGRO

LEÓN SIERRA URIBE

La gambeta

225



BOGOTÁ

FABIO SILVA

El pescador de meros

219

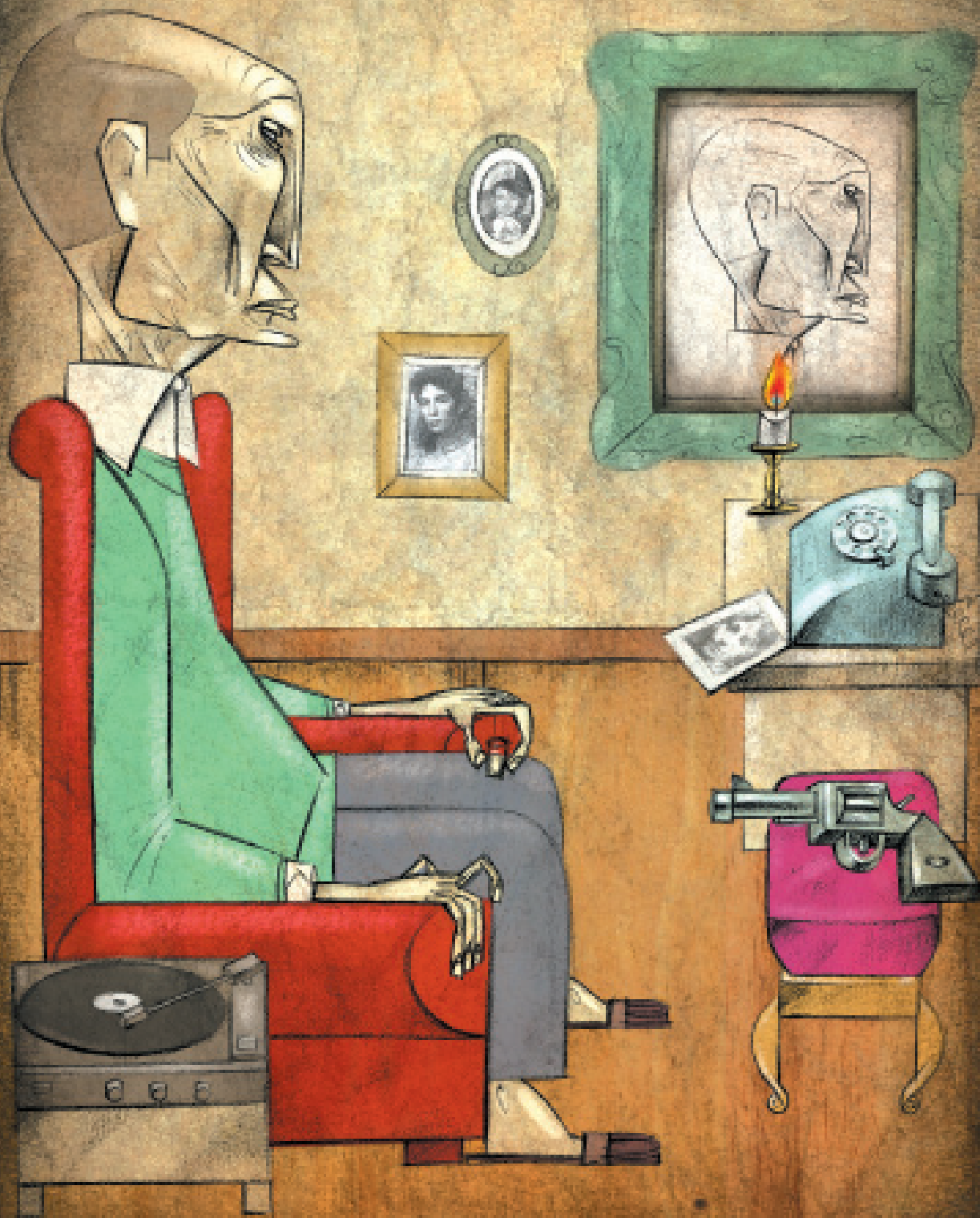
PAIPA

WITTON BECERRA

MAYORGA

En un día de espuma
y nada más, otra vez

231



Suicida



ALFREDO ALONSO HINCAPIÉ DAZA BOGOTÁ

Estudí Filosofía en la Universidad Nacional e hice una maestría en Literatura Latinoamericana. Tengo cuatro libros de cuentos inéditos y una novela en tormentosa gestación. He sido finalista y ganador de varios concursos de cuento. En mi caso, escribir, más que una disciplina, es una forma muy personal de respirar: respiración lenta y agitada; respiración a intervalos regulares e irregulares; respiración pautada por la música y el silencio. Siempre he creído que los grandes escritores, los verdaderamente inmortales, hacen parte de una

fauna atípica. Todos ellos en el fondo tienen algo de anacoretas, de eremitas, de maniáticos esquizoides. Los demás —con cierta gama de variación decorosa— somos lo contrario: los casos típicos, convencionales. Por eso, espero que la vida, en su legado azaroso, me haya concedido, al menos en mínima parte, algo de estos tres estigmas venturosos.

Facultad de Comunicación Oral y Escrita, Corporación Instituto Superior de Educación Social, ISES, Bogotá, D.C.

Suicida

ALFREDO ALONSO HINCAPIÉ DAZA

Hace rato aguardaba junto al teléfono la llamada de Lidia, pero el aparato continuaba mudo, ajeno a sus requerimientos, y sus esperanzas se iban a pique. Tal vez había olvidado la cita, al fin y al cabo, por qué ella se iba a acordar de un viejo como él, solitario y subyugado por el rigor de los años. Sabía que lo mejor era poner en marcha sus planes, pero esta vez hasta el final.

Hizo sonar el tema *Yira, Yira* que, a su juicio, era el tango más triste del mundo. Afligido, al borde del llanto, tomó tres dobles de aguardiente y puso contra su sien el cañón del Colt 38. Para contemplarlas por última vez, sacó de un sobre las fotos sepia de sus dos esposas fallecidas. Como símbolo de una liturgia de extinción, prendió dos velas blancas. Deshojó un girasol y arrojó sus pétalos por la ventana. Se despidió de sus canarios, les recitó “Piedra negra sobre una piedra blanca”, de Vallejo, y les dio doble ración de alpiste.

Tenía muchos motivos para halar del gatillo. Podía lamentarse, como otras veces, de su soledad de septuagenario abandonado —su última adquisición, una mujer treinta años menor que él, lo había despojado de sus ahorros y de su escaso orgullo al marcharse con un alumno suyo—, de la tos crónica de fumador

de Pielroja que lo había convertido en un insomne irascible, o de la artritis reumatoidea que iba menguando sus movimientos con los años. Pero ahora, en vez de lamentos, la vecindad de la muerte le otorgaba cierto aire de gravedad que él mismo no reconocía como propio; cierto aire que lo inducía a pensar en la fragilidad extrema de su humanidad y en la facilidad con que cada partícula suya iba a ser borrada de la existencia. Era absurdo que su vida y su ser —único e irrepetible— dependiera de la presión ejercida a placer sobre un gatillo. Bastaba un leve movimiento de su dedo anular y una bala, un simple trozo de plomo destrozaría su cráneo, su cerebro y, de paso, todo su mundo. Su preciada licenciatura en Filología Hispánica de la Universidad Complutense de Madrid, su cátedra de postgrado, su ensayo sobre Menéndez Pidal que tantos desvelos le costó, el recuerdo remoto de sus amantes del pasado, la manera tan suya de disfrutar la lluvia en el campo y el olor a grava recién mojada, todo iba a ser reducido a cenizas. O a algo menos que cenizas. Una vez cesaran los signos vitales, cesaba también el flujo de la conciencia, la memoria y cualquier vestigio emocional. Quedaba entonces la nada, la majestad de la nada. El ser o el no ser, el manido misterio que abismó a Shakespeare, el enigma que hizo trastabillar a Parménides, Platón, Aristóteles y Avicena no se resolvía llenando cientos de sesudos infolios. Un vulgar disparo era suficiente, y al instante, como un juego de ironías, la verdad, que había sido escatimada a los sabios, le sería revelada a él, a un auténtico profano.

El timbre del teléfono lo sacó de golpe de sus reflexiones. Por fin la llamada que tanto aguardaba, la llamada de Lidia, la mesera del restaurante que a diario frecuentaba y que, a cambio de regalos y jugosas propinas, aceptaba pasar la noche con él de cuando en cuando. Al día siguiente tenía cita con ella y, a falta de otra

alternativa, debía adaptarse a su codicia mal disimulada, a su exceso de kilos y de palabras. Porque, aun así, Lidia era un motivo contundente para aplazar su suicidio una semana. Y, quizás aún más, pues tenía que introducir algunos cambios substanciales: un disparo en la sien le parecía ahora un método algo burdo, carente por completo del lirismo trágico que define a los suicidas más notables. No en vano llevaba veinte años perfeccionando los métodos, añadiendo innovaciones y buscando pretextos dilatorios. ■





Aún brillaban las estrellas



DAVID ELIÉCER ARIAS MARÍN
PALMIRA

Nací hace treinta y un años en Palmira, Valle, en el mes de noviembre, pero estoy radicado en Bogotá desde el año noventa y tres. Estudié Antropología en la Universidad Nacional de Colombia, donde trabajé como catedrático entre los años 2005 y 2010. En igual condición de catedrático trabajé en la Universidad Externado de Colombia y en la Fundación Universitaria Claretiana. En 2010 hice un paréntesis en la docencia debido a un trabajo que me obligó a pasar cerca de dos meses conviviendo con grupos indígenas de la Amazonia

y de la Orinoquia colombianas, investigando las razones por las que algunos de estos grupos están desapareciendo. Actualmente me desempeño como profesor catedrático de Antropología en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá y como profesor de medio tiempo de la Universidad Antonio Nariño. Me gusta mucho leer, escribir, a ratos oír, conversar, escuchar música y andar.

**Docente de Antropología,
Pontificia Universidad Javeriana,
Bogotá, D.C.**

Aún brillaban las estrellas

DAVID ELIÉCER ARIAS MARÍN

Un plato de comida voló súbitamente por los aires y chocó después contra una piedra. Varios disparos acababan de romper la quietud de la noche. El hombre que hasta hace un momento se hallaba allí sentado tomó carrera hacia los escombros situados al borde de la carrilera. “Tal vez allí no me encuentren”, pensó.

Un perro que pasó por el sitio segundos más tarde dio buena cuenta del arroz y las lentejas que habían quedado desparramadas por el suelo.

Cada cuatro o cinco segundos se oían los disparos, certeros y solitarios. A veces sonaban ráfagas que lo hacían estremecer. La incursión había comenzado.

Al cabo de varios minutos, el ruido de balas enmudeció. Vino entonces una larga espera y un silencio espeso, ocasionalmente interrumpido por el lejano ladrido de un perro. Podía ver desde su escondite el humillo blanco que salía de las fábricas vecinas, que a menudo se confundía con la niebla.

No era esta la primera vez que aquello sucedía. Desde hacía varios meses se presentaban, de forma periódica e impredecible, irrupciones parecidas que terminaron con la partida de muchas personas y de familias enteras. Se habían ido sin despedirse, sin

decir a dónde. Sin embargo, él hacía parte de un grupo de vagabundos que optaron por quedarse, no por valientes ni por apego, como creyeron algunos, sino porque no tuvieron a dónde ir.

Aquella noche, los disparos se reanudaban cada cierto tiempo, silenciando voces y lamentos.

Pasó cerca de media hora. Tenía claro que no saldría de los escombros hasta que amaneciera. Para entonces, pensaba él, los hombres se habrán ido. Pero la espera continuaba y la fatiga lo vencía. Se había quedado dormido. De repente, el sonido de unas pisadas sigilosas lo despertaron. Sobresaltado, hizo un ligero movimiento con el cuerpo. Debió agudizar los sentidos. Tenía los ojos bien abiertos. Los oídos alerta. La respiración contenida. Los pasos de aquellos hombres se acercaban cada vez más. Sintió que el tiempo se detuvo. Su cuerpo se puso tenso. El corazón se aceleró. No pudo tragar saliva.

Sin darse cuenta, los hombres se habían situado a pocos pasos de él. Aún no sabía si había sido descubierto, pero pudo distinguir sus siluetas. Eran varios, tan silenciosos como numerosos. Ya les oía la respiración, escuchaba sus murmullos, el bisbiseo de sus labios. Hubiese podido adivinar sus gestos, las facciones de su cara, la talla de sus cuerpos con solo girar su rostro. Pero no lo hizo. Prefirió no llevarse consigo la imagen de sus verdugos.

El grupo de hombres se había abierto paso entre la basura. Su respiración era pesada. Estaban fatigados. “Después de todo”, pensó, “no es fácil disparar tantas veces en corto tiempo”. Los oyó patear piedras, algunas latas vacías. Blandir varillas de acero. No le quedaba otra opción: solo cabía fingir que estaba muerto. No respiraría. No movería un solo dedo. Acaso rezaría.

El ruido de un arma recién cargada le hizo temer. Supo que alguien se arrodillaba. Una linterna alumbraba el suelo, buscando

en todos los resquicios. Sintió que una luz bañaba su cuerpo. Una luz que anunciaba su final. Tomó su último respiro, el más largo de su vida. Una sombra inexorable abrió fuego sobre su espalda. Apenas pudo reaccionar. No sabía si vivía o si moría. Solo vio que aún brillaban las estrellas...

Pasaron las horas. Amanecía. Tenía los ojos abiertos y un poco de sangre en la boca. Su cuerpo yacía inmóvil y esmorecido. A pocos metros se oyó el sonido de una sirena y los aleteos de un grupo de gallinazos que intempestivamente alzaron el vuelo. Unos hombres que hablaban y hacían bromas se acercaban. Vestían botas, guantes y tapabocas. Se disponían a efectuar el levantamiento de uno más de los cuerpos sin vida que habían sido hallados en cercanías de la vía del tren hacía tan solo unas cuantas horas. ■





El pescador de meros



FABIO SILVA
BOGOTÁ

Antropólogo, especialista en Literatura, realizó un postgrado en estudios del Caribe y uno en Literatura Latinoamericana. Coordinador del proyecto de creación del Programa de Antropología y director del mismo durante siete años. También ha sido director del grupo de investigación en Oralidad, Narrativas Audiovisuales y

Culturas Tradicionales del Caribe Colombiano y del proyecto Oraloque del Caribe. Ha sido editor, autor de libros y de varios artículos.

**Docente de Antropología,
Universidad del Magdalena,
Santa Marta, Magdalena**

El pescador de meros

FABIO SILVA

Ese día, desde la montaña de los oteadores, todos vimos cómo Alargalavida entró al mar con su arpón al hombro, su talego viejo, una cuerda enrollada por todo el cuerpo, un largo cuchillo colgado de su cinto, y no volvió a salir. Alargalavida es el nombre del mejor pescador y buceador de Taganga. Corríamos detrás pidiéndole que nos trajera del fondo del mar un tesoro y él, con su voz ronca y fuerte, nos decía que el único tesoro que había en el mar era el mar mismo. Por supuesto que ninguno de nosotros entendía qué había querido decir y nos devolvíamos riendo y corriendo felices porque eso parecía un chiste. Todos queríamos ser como Alargalavida y teníamos un concurso. Casi todos los niños del pueblo nos reuníamos en la playa del hotel La ballena azul. Y mientras los mayores tenían su fiesta con la virgen, nosotros competíamos para ver quién se ganaba el trofeo de Alargalavida; ganaba el que resistiera más dentro del agua y cogiera el pez más grande con arpón, sin importar su clase. En eso no podíamos igualar a Alargalavida, pues él solamente pescaba meros y merlines, lo demás no le importaba. “Un verdadero pescador de arpón se debe enfrentar a peces grandes e inteligentes como el hombre”, decía cuando estaba en el pueblo tomándose unas cervezas con

los mayores en el bar Neptuno, su preferido. En las fiestas de la Virgen del Carmen, Alargalavida no trabajaba, era la única semana en el año en la que no se metía en el mar. Se la pasaba contando historias y bebiendo con sus amigos y enamorando a las mujeres solteras. Era la semana más feliz para nosotros ya que nos la pasábamos corriendo detrás de él, esperando a que nos contara una de sus historias en el mar. El lunes muy temprano, antes de salir el sol, se marchaba con su arpón, un saco viejo, un cuchillo en la cintura y su careta, y se metía lentamente al mar. Nosotros corríamos a la montaña en donde los pescadores se sentaban para gritar el Yao, o sea el grito que avisa desde arriba cuándo los peces entran en el chinchorro. Ahí nos sentábamos todos a ver a Alargalavida perderse dentro del agua. Agitábamos las manos despidiéndolo y gritándole palabras de cariño y admiración, y veíamos cómo el mar se lo tragaba de un sorbo muy pequeño. En ese momento sentíamos más admiración por él y nos quedábamos ahí esperando a que saliera para despedirse. Pero nunca lo hacía y solo aparecía al caer la tarde con un gran pez en sus hombros y sin ninguna señal de cansancio.

Solo lo vimos cansado y un poco malherido la tarde de un viernes cuando jugábamos en la bahía. Alargalavida salió del agua, caminó unos pasos y se desplomó con un inmenso mero al hombro, envueltos los dos en una cuerda larguísima de nylon, llamada palangre, de donde se desprenden cientos de anzuelos. Él era el único que podía pescar con palangre. Claro, el palangre lo utilizan los pescadores de Taganga, pero sobre una lancha y lo tiran dos o tres pescadores, pero Alargalavida lo hace solo, dentro del mar y a todo pulmón. Nadie sabe cómo lo hace, pero en la noche nos contó que casi se muere ahogado, pues bajó casi treinta metros, desenrolló el palangre y esperó a que cayera la presa. Él no utiliza

anzuelos pequeños, sino de los más grandes, y al poco rato un gran mero cayó en la trampa y se quedó ensartado de uno de los anzuelos, pero dice Alargalavida que la fuerza del mero es como la fuerza de dos motores fuera de borda, como la fuerza de un caballo, y empezó a jalar y a jalar y él no tuvo más remedio que enrollarse lentamente el palangre en todo su cuerpo. Pero si el mero tiene fuerza, Alargalavida tiene más, y lentamente fue jalando al mero hacia arriba. Nos contó que en muchas ocasiones sintió que se ahogaba y que la muerte no era más que un descanso y una dicha porque esa era la muerte que él quería. La batalla duró mucho. El problema era cuando se le acababa el aire, mientras salía a la superficie y llenaba sus pulmones, el mero también descansaba y recargaba sus fuerzas.

Y ya cuando todos estábamos emocionados, esperando a que contara los detalles de esta pelea tan espectacular, terminó de la manera más sencilla y aguada. Solamente agregó que nunca se había sentido tan cansado y que por momentos pensó que moría. Al tiempo que dijo esto se paró y se fue lentamente hacia su casa, que quedaba en lo más alto del pueblo. Era como el inicio de su despedida. De la despedida que hizo con sus manos esa mañana, como nunca antes lo había hecho, era como si presagiara que el mar se lo iba a llevar para siempre y aunque era lo que invariablemente había querido, como pasa con todas las cosas que uno quiere y le toca dejarlas, hay tristeza, así uno no quiera reconocerlo.

Era sábado. Todos estábamos sentados en la loma de los oteadores esperando a que Alargalavida se sumergiera. Acordamos que después de verlo entrar al mar jugaríamos a la lleva. En ese juego soy muy bueno y casi nadie me puede coger. Me sumerjo y salgo bien adelante o bien atrás del que le toca llevar. Cuando Alargalavida se metió al agua todos agitamos nuestras manos como siempre,

lo que nos causó extrañeza fue que Alargalavida dio media vuelta, nos miró y con su mano derecha se despidió lentamente, al tiempo que se sumergía con su careta puesta, su arpón en la espalda y su palangre enrollado por todo el cuerpo. Nos pareció un bonito detalle y no prestamos atención. Alargalavida regresaba siempre como a las dos de la tarde, nunca llegaba ni más temprano ni más tarde. Pero ese sábado a las cinco de la tarde no daba muestras de salir del agua. Para los mayores del pueblo esto no era preocupante pues Alargalavida era un señor que podía irse para donde quisiera y a lo mejor estaba en Santa Marta, de compras, dijo la dueña del Neptuno, pero nosotros presentíamos que algo había pasado. Como siempre ocurre los sábados, los hombres van saliendo de sus casas y se reúnen a lo largo del camellón, ahí la frescura de la brisa que viene de las montañas que rodean al pueblo hace que la noche sea agradable y óptima para hablar. La música que sale de un picó le da un ambiente de fiesta y la cerveza comienza a rodar por todos los rincones del camellón. Los pescadores se dedican a hablar. Alargalavida no aparece en las charlas. Cansados de esperar en la montañita de los oteadores nos fuimos a dormir muy tarde y apenas despuntó el alba, corrimos a la casa a preguntar por él. Pero nadie dio razón de Alargalavida. “No se preocupen muchachos por Alargalavida, se lo llevó un mero al fondo del mar y está viviendo al lado de las doncellas del agua, que son muchas y muy bellas”, nos decía don Julio, el pescador más viejo del pueblo, era el único que salía a pescar en un cayuco con remos. Los días pasaron y Alargalavida no aparecía, como vivía solo en una casita arriba del pueblo nadie lo extrañaba, solamente nosotros, que desde la mañana hasta al anochecer nos sentábamos para ver el momento en que saliera del agua con su mero o su merlín gigante. ■



La gambeta



LEÓN SIERRA URIBE RIONEGRO

Para mí, leer y escribir son dos experiencias vitales. En la literatura vivo. Como autor me interesa crear una obra profunda y sencilla (de ese mismo modo defino la belleza).

**Docente de Cine Urbano
y Ecología en la Cultura,
Universidad Pontificia
Bolivariana, sede Montería**

La gambeta

LEÓN SIERRA URIBE

Vivíamos para jugar fútbol. Nada nos importaba más en aquella edad. El balón era una especie de dios al que le ofrecíamos nuestro tiempo y nuestra memoria.

De los veinte niños que vivíamos en la calle (en cada casa había al menos uno), el mejor jugador de todos era Gallo, que en realidad se llamaba Bernardo. A pesar de su corta edad —tendría unos once años—, poseía una fuerza de bestia, era de gambetear sereno y una puntería letal cuando disparaba al arco. No siempre jugaba con nosotros. Su padre, que era albañil y tenía su mismo nombre, solía llevárselo a trabajar con él. Pero cuando Gallo estaba en el terreno de juego, léase en la mitad de nuestra calle, era toda una fiesta verlo hacer diabluras con la pelota.

El más torpe para jugar era Herman, al que apodábamos el Burro. Era definitivamente negado con la pelota y con su cuerpo, como si jugara con los ojos vendados. La pelota le llegaba antes o después de que él moviera sus temibles piernas, porque en cuanto a dar patadas, en eso sí resultaba ambidiestro. Era un drama y una comedia verlo jugar. Parecía uno de esos payasos mudos que se equivocan adrede y nada les sale en el escenario, solo para arrancar nuestra risa, esa risa dormida que traemos dentro, o que hemos

perdido. Así era Herman, con la diferencia de que su “extravío” en la cancha nacía de una carencia y no de una voluntad estética.

Los demás nos debatíamos en la medianía. Éramos más voluntariosos que hábiles, en una que otra jugada inventábamos o nuestro cuerpo infantil se inventaba una finta de ángel, una finta como robada a Gallo, o cometíamos una falta o una torpeza con el balón por ser mucho más cercanos a las precariedades del Burro. Lo hermoso era que no nos importaba. Lo que contaba era correr tras la pelota, que era nuestro cielo, que era todo para nosotros, por encima de las carencias en que crecíamos. Había un balón en la calle y ya el mundo no era una deuda impagable, no era esa cortina negra que se levantaba en nuestro porvenir.

No sé si es demasiada nostalgia, a lo mejor algo de delirio, o quizá sea cierto que no nos cansábamos. Jugábamos varios partidos al día. No puedo decir cuántos. Simplemente, jugábamos y jugábamos. Siempre partidos a seis goles, siempre discutiendo una falta, siempre poniendo en duda el gol del rival que no pasara por la mitad de la portería y a ras de piso, siempre achiquitando un poco el arco propio y ampliando el del equipo contrario, siempre poniendo el alma allí. Porque el hombre que diga que el alma no existe, nunca ha jugado fútbol con sus amigos de barrio.

Todo estaba en su lugar: la calle empedrada, las casas a ambos lados de la calle, todas con sus rejas protegiendo los vidrios de las ventanas, lo que evitó que tuviéramos que pagar algún vidrio roto, el carro anciano de don Rodrigo, que servía de pequeño camerino cuando nos sentábamos detrás de él mientras dividíamos los equipos o descansábamos un poco en el momento en que la pelota se iba al techo de una de las casas, y también estaba, desde luego, la muchachita que se asomaba a la calle, como quien no quiere la cosa, el anhelo era que esa niña estuviera observándolo a uno solamente.

Pero no todo era el paraíso. No faltaba la señora quita balones, que para nuestro caso se llamaba Romelia, una mujer entrada en los cincuenta años, soltera, algo obesa y de unos gustos estrambóticos a la hora de pintarse, mujer de colorete alegre para su rostro triste. Cuando el balón caía en el patio de su casa era todo un drama, con larga espera y no pocos ruegos para que lo regresara, y siempre nos amenazaba con que era la última vez que lo hacía. O sucedía que, justo cuando el partido se ponía más candente, digamos, cuando iba 5-5, aparecía la voz de la mamá de uno de nosotros y de manera infame, desconociendo en absoluto el fragor del partido, desconociendo que nos jugábamos la vida, gritaba: “Peranito, venga a bañarse que ya es hora de irse para el colegio”, o “Zutanito, hágame el favor y va a la tienda y le dice a don Juan que me fíe cien de cilantro, un puño de cebolla y un litro de leche”. Y todos oíamos la retahíla de esa madre, que ahora podría ser la mía y en la próxima jugada era la de cualquier otro, como si las madres también actuaran un pequeño teatro de cocina y calle sin darse cuenta, y todos oíamos, repito, y nadie oía, porque lo que contaba era el zumbido, el golpe, la música del balón que perseguíamos o que chutábamos. Y solo después de que terminaba una jugada dramática, o el partido, salíamos a regañadientes a hacer el mandado.

El país debatiéndose entre el narcotráfico, la corrupción y la impunidad, el país cayéndose a pedazos, y nosotros creciendo medidos en un idioma que no iba más allá de las trescientas palabras, de las cuales doscientas cincuenta, o un poco más, eran para nombrar algo relacionado con el fútbol, y nosotros prestándonos sudores de terreno de juego y aporreones y peleas que nos dejaban de enemigos con el otro por un gol que nunca fue o por una falta, y reconciliaciones en el partido siguiente, y nosotros de espaldas a la escuela, porque si algo se acercaba a la felicidad de un partido de

fútbol era no tener clases, lo que ocurría con frecuencia, dados los incesantes paros de maestros de nuestra escuela pública y pobre. Éramos una familia de muchos apellidos y de uno solo: Fútbol. “¿Alguien sabe qué significa gol?”. “Sí, marica, gol significa que eres alguien en esta vida”.

Hasta que llegó, seguramente dando pasos de gato, aquel día en que me fui de mi calle, me imagino que a estudiar algo, me imagino que a intentar derrotar mi miseria, y desde entonces no volví a ser el mismo. Casi todos mis amigos se quedaron allí. ■





En un día de espuma y nada más, otra vez



WITTON BECERRA MAYORGA
PAIPA

Me gusta la literatura por una condena extraña que no termino de entender; mi mamá compraba libros para armar una biblioteca que recogiera una visión general del conocimiento y la cultura, preferí los de literatura, aquellas obras que traían historias que no tenían nada que ver con la objetividad y la obviedad. Recuerdo que las deudas de los libros que mi mamá asumía a veces superaban las cuentas del mercado, pero me consta que los

pagó todos. Esa fue la manera de acercarme a los libros. Este cuento es un homenaje a aquellas personas que han intervenido para que yo escriba, para que siga amando la literatura y también para aquellas que sufren, aún hoy, la constante ruina de la violencia en Colombia.

Docente de Literatura,
Universidad Tecnológica de
Colombia, UPTC, Tunja, Boyacá

En un día de espuma y nada más, otra vez

WITTON BECERRA MAYORGA

El país seguía igual, como en la época de mis abuelos, aunque los autores y los personajes cambiáramos. El comandante llegó en la camioneta grandota, atravesó la cancha donde una semana antes sus hombres, borrachos de muerte, jugaban baloncesto con las cabezas de los que mataron.

La camioneta pasó muy rápido. Yo estaba en el patio de la casa con la maestra de la escuela, quien tenía un lobanillo que, según me dijo, le salió porque el comandante la cogió muy fuerte de la mano para sacarla del salón de clase aquella tarde en la que mostraron en el patio de la escuela los cuerpos. No acudió a mis manos rápido, yo sobaba las secuelas.

La mañana despertó como todas esas en las que toca vivir. En aquel caserío de muertos y más muertos se respiraba todavía el olor a sangre. Estaba sobando a la maestra cuando llegó mi hijo:

—Papá, el comandante lo busca, dice que lo necesita urgente, que si no viene ya, lo mata.

A pesar de mí mismo, a pesar de todo el tiempo que anduve clandestino y que los sentires de mi alma intentaban elevarse para salvar a alguien de las fuerzas de la muerte, me decaía en silencio, sin lograr nada contra ellos. Nadie sabía lo que hacía, debía sobre-

vivir con el secreto, contárselo a alguien era el puntazo para mi muerte y lo peor, matarían a mi familia, al fin y al cabo yo sabía en qué andaba y si me mataban sabría por qué, ellos no.

—Y qué es lo que quiere —grité desde el patio.

—Que me componga el brazo ya cabrón —gritó el comandante entrando a la casa enfurecido.

A veces uno, como el señor que atiende la farmacia, tiene complejo de médico y ayuda a la gente en cuestiones del cuerpo. Pero cómo ayudar a un miserable como él. El comandante venía solo, sin sus perros cuidanderos, los matones de siempre debieron haber quedado embolatados la noche anterior. Ahora entendía los bombazos que se escucharon antes de la medianoche. Traía el codo corrido, volteado.

—Me caí anoche y me jodí este puto brazo, me lo tiene que arreglar —gritó. Su ropa traía rastros de sangre.

—¿Trajo aguardiente? —le pregunté.

—No, si no hay, me aguanto el dolor que sea con tal de que me componga el brazo —me respondió.

—¿Y sus hombres?

—Qué le importa —me dijo pateando una de las sillas, esperando que yo hiciera lo que tenía que hacer.

Levanté la silla que había pateado y allí lo hice sentar, le descubrí el brazo, la maestra pasó por el pasillo con la mano sin terminar de sobar.

—¿Y esta también se jodió la mano?

La maestra salió corriendo. Él nunca la quiso matar. Muchas veces pudo hacerlo cuando llegaba a la escuela a exhibir sus trofeos de la muerte, a castigar a los que supuestamente estaban del otro lado. Hoy todavía me pregunto de qué otro lado, diferente al de la muerte se podía estar allí. También la retuvo varias veces cuando

ella intentó huir del caserío, no la dejaba ir porque la consideraba como una especie de administradora del lugar en el que exhibía la muerte. La escuela era el único sitio público que quedaba, las tiendas y estancos los habían cerrado hacía rato. La gente se la pasaba encerrada, esperando el momento para huir, muy pocos aguardaban con resignación la muerte.

—Tengo que correrle el codo, espero que aguante —le dije sabiendo que el dolor que iba a padecer cobraría por lo menos algún muerto.

—Mande a alguien por el aguardiente —me dijo.

—No se consigue, todo el que llega es para ustedes —le respondí mirándolo por primera vez a la cara, como reclamándole.

—Maldita sea —dijo, entendiendo que no había otra opción sino hacer la curación sin la anestesia alcohólica.

—Si hubiera venido con sus hombres le podría pedir a alguno que se lo trajera.

—Que no se meta, no quiera saber más de lo debe —me contestó con la advertencia de no volver a preguntar.

Lo veía humillado, apurado por el dolor. El comandante, al comprender que con su orgullo y prepotencia aumentaba el tiempo del dolor, me llamó por mi nombre, me dijo:

—Don Juan, por favor, arrégleme ese brazo.

Su mirada de escopeta, maligna, destructora, había cambiado por una ingenua, calmada y necesitada. Lo tenía allí, sentado dentro de mi casa, calmado, sin sus hombres, sin furia, sin la violencia del que mata, del que jode la vida en un día cualquiera sin más ni más. Lo apreciaba detenidamente, sufría y ahora yo lo tenía dominado. Yo temblaba, estaba confundido, todo se me enredaba, se pasaban las exhibiciones de la muerte por mi cabeza. Lo tenía allí

agachado, gimiendo de dolor. Le pedí que me esperara, que para ayudarlo necesitaba un trapo como venda y la pomada que estaba usando con la maestra.

Me fui hacia el patio, mis pensamientos revivían con los muertos que vi, con los años de mi clandestinidad que borrosamente querían contener las maldades de los armados; mi afán era sacar a la gente de allí. Mi cuerpo se ponía como gelatinoso, ansioso, lo tenía solo en mi casa y acongojado en el dolor de un simple codo corrido, que no se podía comparar con lo que él hacía. Vi un cuchillo en el mesón de la cocina, lo tomé. Me fui hacia él, no se dio cuenta. Lo miré de nuevo a la cara, su dolor era enorme, no sé cómo hizo para manejar la camioneta hasta mi casa con una sola mano. Yo sudaba frío. Cogí el cuchillo, me ubiqué detrás de él. Era el momento de vengar tantos muertos.

Como siempre, hacía bien mi oficio. Corté el pedazo de tela para vendarlo, le pedí que extendiera el brazo. Hacía mucho que no arreglaba un codo corrido; debía sujetar el antebrazo, tomar el brazo abajo del hombro y darle el giro al codo para acomodarlo.

—Téngase fuerte —le dije, observando su cara asustada y sudorosa.

Luego de un fuerte traqueteo, el codo acomodó, faltaba vendarlo. Un grito llenó el lugar de muerte que nos rodeaba, esta vez no era de un inocente asesinado. Vi rodar una lágrima por su rostro, le sujeté el brazo al cuello con un cabestro improvisado que corté con el cuchillo. Lo despedí.

—Listo, tome agua de caléndula para la inflamación y aplíquese esta pomada —terminé diciéndole.

Me botó unos billetes sobre la silla, que muy poco servían por acá, y salió.

—Sobar es fácil, ¿cierto? —me dijo—, matar, no.

Años después le conté esta historia a alguien, me dijo que lo mismo le había pasado a un barbero que prefirió dejar rodar espuma y no sangre, y a un dentista a quien un día cualquiera visitó un militar asesino con una muela podrida. ■



Acta del jurado

QUINTO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO
RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL,
MANUEL MEJÍA VALLEJO

El Concurso Nacional de Cuentos, auspiciado por RCN Radio y RCN Televisión y el Ministerio de Educación Nacional, tiene como objetivo estimular la capacidad creativa del alumnado en lo que a expresión escrita se refiere, contribuyendo con ello a que la calidad de la educación en Colombia, y por ende de la vida, sea cada vez mejor. No olvidemos que la calidad de nuestra vida es directamente proporcional a la calidad del relato que somos capaces de construir de ella... y que a relatar, se aprende.

En esta quinta edición han participado 25 333 estudiantes desde primer grado hasta universitarios, además de docentes y directivos de instituciones públicas y privadas de todas las regiones del país. Estos autores, jóvenes en su mayoría, nos han impresionado a todos los miembros del jurado por la gran imaginación y la libertad con que acometen la tarea de escribir. Esa libertad les permite jugar con las imágenes sin miedo y sin pretensiones de seguir o de imitar el estilo de los grandes de la literatura nacional y universal. Tentación esta poderosa en un país de sobra conocido en el mundo por la enorme calidad de sus escritores.

La sorpresa fue mayor cuanto más pequeños eran los participantes. En sus cortos textos aparecen grandes temas, tan valiosos como la exaltación de la amistad y de la ternura, la incursión del elemento sobrenatural fantasmagórico, tan en boga en la literatura actual para jóvenes, los conflictos familiares. ¡Hasta un poema narrativo con moraleja! Excelentemente rimado, por cierto. Sorprende lo bien resueltos que están narrativamente. También sorprende la presencia de algunos temas que suelen estar ausentes de la literatura infantil y juvenil y que son tratados desde la óptica de los niños con mucha naturalidad: el marido cornudo, la violencia de los grupos “militares” y el consiguiente desconcierto de los niños ante su horror, el desarraigo de los desplazados. Quizá se deba a que la narración oral está todavía muy presente en los hogares, y que estos temas, ausentes de las páginas impresas por la presión de la escuela y los formadores, por considerarse poco ejemplares, son frecuentes en los relatos de los conversadores familiares. Los cuentos de estos niños son toda una lección de cómo tratar cuestiones que están presentes en su vida con absoluta normalidad, sin hacer de ellas un tabú. Parece que la literatura estará más cerca de la vida en los textos de esta nueva generación de narradores. Ojalá que así sea. Su aporte seguramente contribuirá a que la literatura suene menos a letra y más a voz.

No obstante, en esta categoría también surge el relato de mundos fantásticos o aparentemente inverosímiles, o aquel donde se mezclan realidad y ficción. También hay narraciones sobre la naturaleza y los animales. Pero sobre todo, destacan la descripción de lo vivido, de lo que se ha de recordar porque nos constituye, la añoranza de los paisajes infantiles, perdidos

por la búsqueda de nuevos horizontes ante la cruel realidad, ante los conflictos sociales, vistos con la propia mirada, no a través de la crónica periodística.

En la segunda categoría se destacan sobre todo los cuentos de miedo, cuyo objetivo es causar la desazón del lector, lo que consiguen con creces. Aparecen dementes que nos hacen partícipes de su locura o que descubren a la par que el lector lo va descubriendo que están locos. Alienados que no distinguen entre realidad y ficción o sueño y que activan el resorte que nos pone a pensar cuán tenue es la línea entre ambas y si nosotros no estaremos también confundiendo entre cuento y vida. Personas angustiadas por la soledad, víctimas de la violencia, de una violencia de la que no se puede hablar y que por ello es más feroz, violencia que se calla o que se niega, y de la que estos jóvenes concursantes se atreven a hablar en las páginas de sus relatos. Relatos atrevidos y valientes que nos dejan con la piel erizada y con una nube de pena por no haber sabido darles una realidad más habitable. El humor no suele estar presente, solo la desazón, el miedo, la soledad, la incomprensión. También escasea la ternura. Relatos escritos de una forma prodigiosa en la que no se malgastan los adjetivos y cada palabra llega directa a donde tiene que llegar: al corazón. Imaginario cruel, crónica de un tiempo convulso, que encoge el corazón e instaura el silencio porque sobran las palabras ante la necesidad de acción. Ha sido muy difícil escoger solo diez.

La tercera categoría es más variada en cuanto a los temas que trata: hay más cuentos de humor, más relatos donde lo que predomina es la ternura... Pero a veces los relatos están un poco huecos, se nota poca libertad expresiva y mucho estereotipo.

Quizá también esta impresión se produzca por el contraste con los excelentes textos de la categoría anterior. También es cierto que en estos relatos hay un aumento de la percepción crítica del mundo exterior, que se refleja en una mayor preocupación de los hechos cotidianos, aunque no sea muy dominante el tema de la violencia derivada del conflicto. Quizá cuanto más adultos somos más entrenados estamos en el silencio y en el disimulo. Hace su aparición en este grupo, con gran pujanza, el humor como forma de redención de las tragedias cotidianas.

En la última categoría, la cuarta, aparece la muerte como tema presente en los mejores de estos magníficos cuentos, muy bien escritos y muy bien puntuados. También se da el juego de realidad y apariencia, en el que se resuelven bien las situaciones que plantean, la trama del relato apoya a lo que se pretende contar y se resuelven con un final que te deja algo en los labios: una sonrisa, un sabor amargo, un rictus de ironía. No te dejan estos relatos impasible, sino que mueven y conmueven. En general no son didácticos, en el sentido de que no sacrifican el relato al mensaje que se pretende inculcar, recurso al que los docentes suelen recurrir (valga la redundancia) quizá por deformación profesional. No pretenden enseñar nada y sin embargo enseñan o más bien muestran cosas fundamentales, vitales, como la propia muerte. No tienen moraleja, pero sí mensaje, aunque en este mensaje en lo que se incide es en la belleza de las imágenes que nos causan. Cumplen, pues, el objetivo de cualquier manifestación artística: la búsqueda de la belleza.

Y para que conste, a los efectos oportunos, y quede constancia de nuestro parecer, el jurado del V Concurso Nacional de Cuentos firmó esta acta en Cartagena de Indias, el día veintiséis de enero del año dos mil doce.

FIRMAN EN CARTAGENA DE INDIAS, EL 26 DE ENERO DE 2012, LOS JURADOS:
ANA CRISTINA HERREROS, PEP DURÁN, ÓSCAR COLLAZOS,
EDMUNDO PAZ, JUAN ESTEBAN CONSTAÍN

QUINTO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO
RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL
HOMENAJE A MANUEL MEJÍA VALLEJO



CUENTOS
GANADORES
2011